(47)

JULIO VERNE.

LAS TRIBULACIONES DE UN CHINO

EN CHINA.

LAS

TRIBULACIONES

DE UN CHINO EN CHINA.

OBRA ESCRITA EN FRANCES

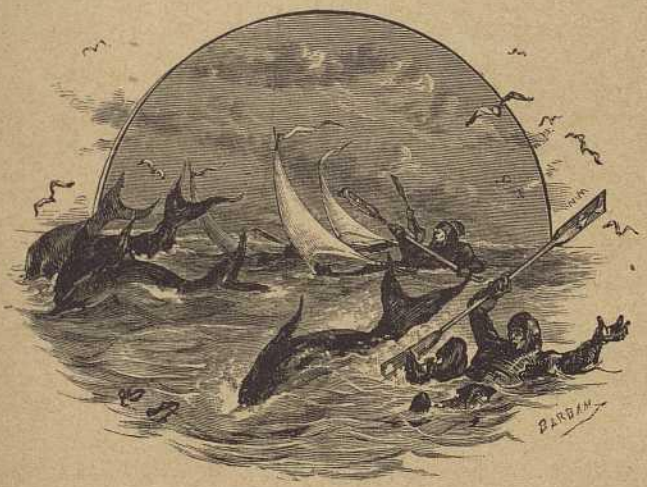
POR

JULIO VERNE,

TRADUCIDA AL ESPAÑOL

POR D. N. F. CUESTA.

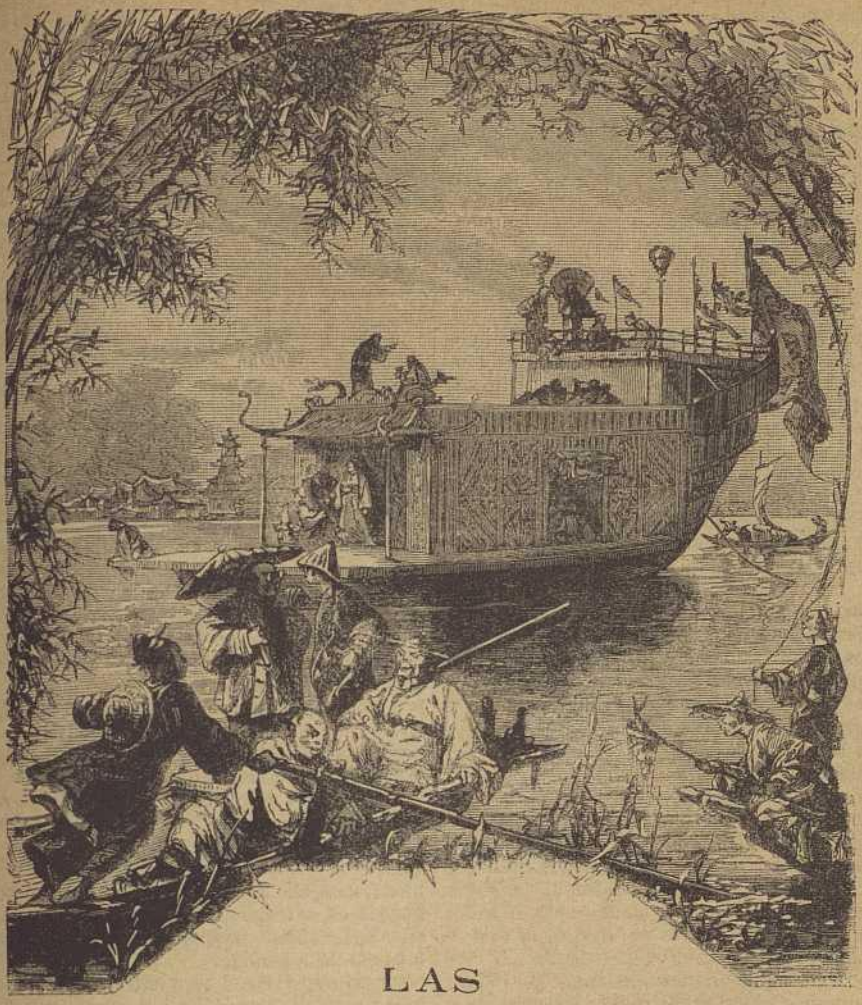
2.ª EDICION ILUSTRADA CON GRABADOS.



AGUSTIN JUBERA, EDITOR,
ALMACENES DE LIBROS.
10, CALLE CAMPOMANES, 10.
MADRID.—1885.

Es propiedad de los Editores.

MADRID, 1885.—Establecimiento Tipográfico «Sucesores de Rivadeneyra», impresores de la Real Casa.
Paseo de San Vicente, número 20.



LAS

TRIBULACIONES DE UN CHINO EN CHINA.

CAPITULO PRIMERO.

DONDE SE VAN CONOCIENDO POCO Á POCO LA FISONOMÍA Y LA PATRIA DE LOS PERSONAJES.

Sin embargo es preciso convenir en que la vida tiene cosas buenas, dijo uno de los convidados que tenia los codos sobre los brazos de su asiento de respaldo de mármol y estaba chupando una raiz de nenúfar con azúcar.

—Y malas tambien, respondia entre dos accesos de tos otro que habia estado á punto de ahogarse con una espina de aleta de tiburon.

—Seamos filósofos, dijo entonces un personaje de mas edad cuya nariz sostenia un enorme par de anteojos de grandes cristales montados sobre armadura de madera. Hoy corre uno el riesgo de ahogarse y mañana todo pasa como pasan los sorbos de este suave néctar. Esta es la vida, ni mas ni menos.

Esto diciendo aquel epicúreo de génio acomodaticio, se bebió una copa de excelente vino tibio, cuyo ligero vapor se escapaba lentamente de una tetera metálica.

—A mí, dijo otro convidado, la existencia me parece muy aceptable cuando no se hace nada y se tienen los medios de estar ocioso.

—¡Error! repuso el quinto comensal. La felicidad consiste en el estudio y en el trabajo. Adquirir la mayor suma posible de conocimientos es buscar la dicha.....

—Y llegar á saber que en resumidas cuentas no se sabe nada.

—¿No es ese el principio de la sabiduría?

—¿Y cuál es el fin?

—La sabiduría no tiene fin, respondió filosóficamente el de los anteojos. La satisfaccion suprema seria tener sentido comun.

Entonces el primero de los comensales se dirigió

al anfitrion que ocupaba la cabecera de la mesa, es decir, el sitio mas malo como lo exigian las leyes de la cortesía. El anfitrion indiferente y distraido escuchaba, sin decir nada, aquella disertacion *inter pocula*.

—Veamos, ¿qué piensa nuestro huésped de esas divagaciones entre copa y copa? ¿Encuentra la existencia buena ó mala? ¿Está en favor ó en contra de ella?

El anfitrion estaba comiendo negligentemente pepitas de sandía y se contentó por toda respuesta con adelantar desdeñosamente los lábios como hombre á quien no interesa la conversacion.

—¡Pse! dijo.

Esta es la exclamacion por excelencia de los indiferentes. Dice todo, y no dice nada; es propia de todas las lenguas, y debe de figurar en todos los diccionarios del globo; es un gesto articulado. Los cinco convidados á quienes daba de comer aquel aburrido personaje le estrecharon entonces con sus argumentos cada uno en favor de su tésis. Querian de todos modos saber su opinion. Al principio se negó á responder; pero al fin concluyó por decir que la vida ni era buena, ni era mala. A su entender era una *invencion* bastante insignificante y en suma poco agradable.

—Esa opinion pinta á nuestro amigo.

—¿Y como puede usted hablar así cuando ni una hoja de rosa ha turbado jamás su descanso?

—¡Y cuando es jóven!

—¡Y cuando además tiene buena salud!

—¡Y cuando sobre todo es rico!

—¡Muy rico!

—¡Riquísimo!

—¡Demasiado rico tal vez!

Estas interpelaciones se cruzaron como petardos de un fuego artificial sin producir siquiera una sonrisa en la impasible fisonomía del anfitrion. Se habia contentado con encogerse ligeramente de hombros como hombre que ni por una hora siquiera habia querido nunca hojear el libro de su propia vida y que no habia abierto ni las primeras páginas.

Sin embargo, aquel indiferente tenia todo lo mas treinta y un años, salud robustísima, gran caudal y un talento regularmente cultivado. Su inteligencia era mas que mediana; tenia en fin todo lo que falta á tantos otros para ser uno de los felices de este mundo. ¿Por qué no lo era?

¿Por qué?

La voz grave del filósofo se levantó entonces y hablando como un corifeo del coro antiguo, dijo:

—Amigo, si no eres feliz en este mundo es porque hasta aquí tu felicidad ha sido negativa. Sucede con la felicidad lo que con la salud; para gozar bien de ella es preciso haber sentido su falta alguna vez. Ahora bien; tú no has estado nunca enfermo, ni has sido tampoco desdichado. Eso es lo que falta á tu vida. ¿Cómo puede apreciar la dicha quien no ha conocido la desgracia ni siquiera por un solo instante?

Hecha esta sábia observacion, el filósofo alzando la copa llena de champagne de la mejor marca, exclamó:

—Bebo á que se presente alguna mancha en el sol de nuestro huésped y tenga algunos dolores en su vida.

Despues de lo cual vació la copa de un trago.

El anfitrion hizo un ademan de sentimiento y volvió á caer en su apatía habitual.

¿Dónde ocurria esta conversacion? ¿Era en un comedor europeo en París, en Lóndres, en Viena, ó en San Petersburgo? ¿Los seis convidados conversaban en el salon de una fonda del antiguo ó del nuevo mundo? ¿Quiénes eran aquellos hombres que trataban semejantes cuestiones en una comida sin haber bebido mas de lo que era de razon?

En todo caso no eran franceses, pues que no hablaban de política.

Los seis convidados estaban sentados á la mesa en un salon de regular estension, lujosamente adornado. Al través de los cristales azules ó naranjados de la habitacion pasaban á aquella hora los últimos rayos del sol. Exteriormente la brisa de la tarde movia guirnaldas de flores naturales ó artificiales, y algunos farolillos multicolores mezclaban sus resplandores pálidos con la luz moribunda del dia. Sobre las ventanas se veian arabescos con diversas esculturas representando bellezas celestes y terrestres, animales ó vegetales de una fauna y de una flora fantásticas.

En las paredes del salon, cubiertas de tapices de seda, resplandecian grandes espejos, y en el techo una *punka* agitaba sus alas de percal pintado haciendo soportable la temperatura.

La mesa era un gran cuadrilátero de laca negra. No tenia mantel, y su superficie reflejaba la vajilla de plata y porcelana como hubiera podido hacerlo una mesa del mas puro cristal. No habia servilletas. Hacian el oficio de tales, cuartillas de papel adornadas de divisas, de las cuales cada convidado tenia cerca de sí una cantidad suficiente. Alrededor de la mesa habia sillas con respaldo de mármol, muy preferibles en aquella latitud á los respaldos almohadillados del mueblaje moderno. Servian á la mesa muchachas muy amables, cuyos cabellos negros estaban adornados de azucenas y crisantemos y llevaban brazaletes de oro ó de azabache en los brazos. Risueñas y alegres ponian ó quitaban los platos con una mano, mientras que con la otra agitaban graciosamente un grande abanico que reanimaba las corrientes de aire movidas por la punka del techo.

La comida no habia dejado nada que desear. No podia imaginarse cosa mas delicada que aquella cocina á la vez aseada y científica. El cocinero á la moda, sabiendo que daba de comer á estómagos conocedores, se habia escedido á sí mismo en la confeccion de los ciento cincuenta platos de que se componia el *menú* de la comida.

Al principio, como para entrar en materia, figuraban tortitas azucaradas de caviar, langostas fritas, frutas secas y ostras de *Ning-po*. Despues se sucedieron en cortos intervalos huevos escalfados de ánade, de paloma y de ave-fria, nidos de golondrina con huevos revueltos fritos de *Ging-seng*, agallas de sollo en compota, nervios de ballena con salsa de azúcar, renacuajos de agua dulce, huevas de cangrejo guisadas, mollejas de gorrion, picadillo de ojos de carnero con punta de ajo, macarrones con leche de almendra de albaricoque, holoturias á la marinera, yemas de bambú con salsa, ensaladas de raicillas tiernas con azúcar, etc. Anades de Singapore, almendras garapiñadas, almendras tostadas, mangues sabrosos, frutos del *Long yen* de carne blanca y de *Lit-chi*, pulpa pálida, castañas, naranjas de Canton en confitura, formaban el último servicio de aquella comida que duraba desde tres horas antes, acompañada de gran cantidad de cerveza, champagne, vino de *Chao-Chigne* y cuyo arroz indispensable puesto entre los lábios de los convidados por medio de palitos iba á coronar á los postres aquella lista científica de manjares.

Llegó al fin el momento en que las jóvenes sirvientes llevaran, no esos vasos á la moda que contienen un líquido perfumado, sino servilletas empapadas en agua caliente que cada uno de los convidados se pasó por la cara con la mayor satisfaccion.

Aquel, sin embargo, no era mas que un entreacto de la comida. Una hora de *farniente* para escuchar los acentos de la música.

En efecto, una compañía de cantantes é instrumentistas entró en el salon. Las cantantes eran lin-

das jóvenes, de aspecto modesto y decente. ¡Pero qué música y qué canto! Maullidos, graznidos sin método y sin tono se elevaban en notas agudas hasta los últimos límites de la percepcion del sentido auditivo. En cuanto á los instrumentos eran violines, cuyas cuerdas se enredaban entre los hilos del arco, guitarras cubiertas de piel de culebra, clarinetes chillones, armónicas que parecian pequeños pianos portátiles que eran dignos del canto y de las cantantes á quienes acompañaban con gran estrépito.

El jefe de aquella orquesta, ó mejor dicho, de aquella cencerrada, habia presentado al entrar el programa de su repertorio. El anfitrion hizo un gesto que queria decir que tocaran lo que quisieran y los músicos tocaron *el ramillete de las diez flores*, fantasía muy á la moda de que gustaba mucho la sociedad elegante.

Despues la compañía cantante y ejecutante, bien pagada de antemano, se retiró saludada por muchos bravos, pasando á otras casas en cuyos salones esperaba recoger nueva cosecha de aplausos.

Los seis convidados se levantaron de sus asientos; pero únicamente para pasar de una mesa á otra, lo cual hicieron no sin grandes ceremonias y cumplimientos de toda especie.

En aquella segunda mesa, cada cual encontró delante de sí una tacita con tapadera, adornada del retrato de Budhidharama, el célebre monge budista en pié sobre su balsa tradicional. Cada cual recibió tambien un puñadito de té y le echó en infusion sin azúcar en el agua hirviente que contenia la taza, bebiéndolo casi inmediatamente.

¡Pero qué té! No era de temer que la casa de Gibb-Gibb y compañía que lo habia vendido, lo hubiese falsificado con la mezcla deshonrosa de hojas estrañas, ni que hubiera sufrido ya otra infusion y no sirviese mas que para lavar las alfombras, ni que un preparador poco delicado le hubiera teñido de amarillo por medio de la curcunina, ni de verde por medio del azul de Prusia. Era el té imperial en toda su pureza; eran esas hojitas preciosas semejantes á la misma flor, esas hojas de la primera recoleccion del mes de marzo, que raras veces se hace porque mata al árbol á consecuencia de ella, esas hojas en fin que solo tienen derecho á recoger los niños con las manos cuidadosamente cubiertas de guantes.

Un europeo no habria tenido bastantes interjecciones laudatorias para celebrar aquella bebida que los seis convidados tomaron á sorbitos sin extasiarse porque eran conocedores, que ya tenian la costumbre de tomar aquel té.

En efecto, no era la primera vez que podian apreciar las delicadezas de aquel excelente brevaje. Personas de buena sociedad, ricamente vestidas con la *jan-chaol*, ligera camiseta, con el *ma-cual*, túnica corta, y con la *jaol*, larga túnica que se abotonaba al costado: calzados con babuchas amarillas y calcetines calados; vestidos de pantalones de seda sujetos á la cintura con una faja de borlas; llevando sobre el pecho el escudo de seda bordado de labores finas, en el cinturon el abanico, habian nacido en el mismo país en que el árbol del té da una vez al año su cosecha de hojas odoríferas. Los manjares de aquel banquete, entre los que figuraban nidos de golondrina, holoturias, nervios de ballena y aletas de tiburon, los habian saboreado como merecian por la delicadeza de sus platos. Un extranjero le hubiera admirado; mas para ellos no era cosa sorprendente.

Sin embargo, ninguno esperaba la comunicacion que les hizo el anfitrion en el momento de ir á dejar la mesa. Entonces supieron por qué les habia convidado aquel dia.

Las tazas estaban todavía llenas; y en el momento de vaciar la suya por la última vez, el indiferente poniendo los codos sobre la mesa y con la mirada distraida, se espresó en estos términos:

—Amigos mios: oidme sin reir. La suerte está echada; voy á introducir en mi existencia un elemento nuevo que tal vez disipará su monotonía. ¿Será un bien? ¿Será un mal? El porvenir lo dirá. Esta comida, á la cual os he invitado, es mi banquete de despedida de la vida de soltero. Dentro de quince dias estaré casado y....

—Y serás el hombre mas dichoso del mundo, exclamó el optimista. Mira; los pronósticos te favorecen.

En efecto, mientras las lámparas chisporroteaban despidiendo pálidos resplandores, las maricas chillaban en los arabescos de las ventanas y las hojillas de té flotaban perpendicularmente en las tazas: otros tantos agüeros felices que no podian engañar. Todos felicitaron á su huésped, el cual recibió los cumplimientos con la mas completa frialdad; pero como no habia nombrado á la persona destinada á desempeñar el papel de elemento nuevo, ninguno tuvo la indiscrecion de preguntárselo.

El filósofo no habia contribuido con su voz al concierto. Con los brazos cruzados, los ojos medio cerrados y sonriendo irónicamente, parecia no aprobar ni á los felicitadores, ni al felicitado.

Este se levantó entonces, le puso la mano en el hombro y con voz que parecia menos tranquila que de costumbre, le dijo:

—¿Soy, por ventura, demasiado viejo para casarme?

—No.

—¿Demasiado jóven?

—Tampoco.

—¿Te parece que hago mal?

—Quizá.

—La persona elegida, y á quien tú conoces, tiene todo lo que necesita para hacerme feliz.

—Lo sé.

—¿Y entonces?...

—Eres tú el que no tienes lo que necesitas para serlo. Aburrirse solo en la vida es malo; pero aburrirse en compañía es peor.

—¿No podré ser nunca feliz?

—No, mientras no hayas conocido la desgracia.

—La desgracia no puede alcanzarme á mí.

—Tanto peor, porque entonces serás incurable.

—¡Qué filósofos! exclamó el mas jóven de los convidados. No hay que hacerles caso; son máquinas de teorías y á cada momento las están fabricando de toda especie: camelote puro que no vale nada cuando se usa. Cásate, amigo mio, cásate; yo haria otro tanto si no me lo impidiese el juramento que he prestado de no hacerlo. Cásate y, como dicen los poetas, que los dos fénix te se aparezcan siempre tiernamente unidos. Amigos mios, brindo á la felicidad de nuestro huésped.

—Y yo, dijo el filósofo, brindo á la próxima intervencion de alguna divinidad protectora, que para hacerle feliz le haga pasar por la prueba de la desgracia.

Con éste brindis bastante estraño, los convidados se levantaron, juntaron los puños como hubieran hecho los pugilistas en el momento de la lucha, y despues de haberlos bajado y subido, sucesivamente inclinando la cabeza se despidieron los unos de los otros. Por la descripcion del comedor en que se daba este banquete; por la lista de los platos exóticos de que se componia; por el trage de los convidados; por su modo de hablar y tal vez por la singularidad de sus teorías, habrá adivinado el lector que eran chinos, no de esos chinos que parecen arrancados de un biombo ó de un vaso de porcelana, sino de esos modernos habitantes del celeste imperio ya *europeizados* por efecto de sus estudios, de sus viajes y

Bebo, exclamó el filósofo, á que se presente alguna mancha en el sol de nuestro huésped.

de frecuentes comunicaciones con los hombres civilizados del Occidente.

En efecto, era en un salon de uno de los *barcos-flores* del rio de las Perlas de Canton donde el rico *Kin-Fo*, acompañado de su inseparable *Wang*, el filósofo, acababa de dar de comer á cuatro de los mejores amigos de su juventud, que eran Pao-Shen, mandarin de cuarta clase y boton azul, In-Pang, rico negociante en sederías de la calle de los Farmacéuticos, Tsin, el epicúreo endurecido y Hual, el literato.

Esto pasaba el dia 27 de la cuarta luna en la primera de las cinco vísperas en que tan poéticamente se distribuyen las horas de la noche china.

CAPITULO II.

EN EL CUAL SE PRESENTAN DE UN MODO MAS CLARO LOS CARACTERES DE KIN-FO Y DEL FILÓSOFO WANG.

Kin-Fo, que acababa de dar aquella comida de despedida á sus amigos de Canton, habia pasado en esta capital de provincia una parte de su adolescencia. De los muchos compañeros que cuenta un jóven rico y generoso, los cuatro convidados del barco-flor eran los únicos que le quedaban en aquella época. Le hubiera sido imposible reunir á los demás que se habian dispersado segun las vicisitudes de la vida.

Habitaba entonces en Shang-Hai y para pasear su aburrimiento y divertirle con un cambio de aires, habia ido á residir unos cuantos dias en Canton. Pero aquella noche misma debia tomar el vapor que hace escala en los puntos principales de la costa y volver tranquilamente á su *Yamen*.

Si Wang habia acompañado á Kin-Fo, era porque el filósofo no se separaba nunca de su discípulo, prodigándole con frecuencia sus lecciones, de las cuales éste, por lo demás, no hacia ningun caso. Eran otras tantas máximas y sentencias perdidas; pero la máquina de teorías, como le habia llamado el epicúreo Tsin, no se cansaba de producirlas.

Kin-Fo era el tipo de esos chinos del Norte, cuya raza tiende á transformarse y que jamás se ha fun

dido con los tártaros. No se hubiera podido encontrar un hombre semejante en las provincias del Sur, donde las clases altas y bajas se han mezclado mas íntimamente con la raza manchú. Ni por su padre, ni por su madre, cuyas familias estaban retraidas desde la conquista, tenia una sola gota de sangre tártara en sus venas. Alto, bien formado, mas blanco que amarillo, con las cejas trazadas en línea recta y los ojos casi horizontales, inclinándose apenas en línea diagonal hacia las sienes, la nariz recta, la cara achatada, habria sido notable aun entre los mejores mozos de las poblaciones de Occidente.

En efecto, Kin-Fo, si parecia chino, era tan solo por su cráneo cuidadosamente afeitado, su frente y su cuello sin un pelo y su magnífica coleta, que naciendo en el occipucio, se desarrollaba sobre su espalda como una serpiente de azabache. Muy aseado en su persona, llevaba un bigote fino que formaba un semicírculo alrededor de su labio superior y una perilla que figuraba exactamente por debajo una nota de música. Sus uñas se alargaban hasta mas de un centímetro; prueba de que pertenecia á esa clase de personas afortunadas que pueden vivir en la ociosidad.

Quizá tambien su andar negligente y su actitud altiva contribuian á darle aquel aspecto aristocrático que rodeaba toda su persona.

Por otra parte habia nacido en Pekin, ventaja de que los chinos se muestran muy orgullosos y podia contestar orgullosamente al que le interrogaba: «yo soy de arriba.» En efecto, cuando nació, su padre, Chung-heu, vivia en Pekin y el jóven Kin-Fo tenia seis años cuando pasó á establecerse definitivamente en Shang-Hai.

Aquel digno chino, de una excelente familia del Norte del imperio, poseia, como sus compatriotas, una aptitud notable para el comercio. Durante los primeros años de su carrera, todo lo que produce aquel rico territorio tan poblado, papeles de Swatow, sederías de Su-cheu, azúcar cande de Formosa, té de Han-ku y de Fu-chú, hierros de Horán, cobre rojo ó amarillo de la provincia de Yunan, todo fue elemento de negocio y materia de tráfico. Su principal casa de comercio ó sea su Hong, estaba en Shang-Hai; pero tenia factorías en Nan-King, en Tien-Tsin, en Macao y en Hong Kong. Teniendo frecuentes comunicaciones con los europeos, los vapores ingleses transportaban sus mercancías y el cable eléctrico le daba los precios de las sederías en Lyon y del opio en Calcuta. Ninguno de esos agentes del progreso que se llaman el vapor y la electricidad le habia encontrado refractario como á la mayor parte de los chinos que están bajo la influencia de los mandarines y del gobierno, cuyo prestigio se va disminuyendo poco á poco á medida que se introducen en el país los adelantos de la vida civilizada.

En una palabra, Chung-heu se manejó tan hábilmente asi en el comercio con el interior del imperio como en sus tratos con las casas portuguesas, francesas, inglesas ó norte-americanas de Macao y de Hong-Kong, que en el momento en que Kin-Fo vino al mundo, su caudal pasaba ya de cuatrocientos mil duros.

Durante los años que siguieron, este capital debia duplicarse por la creacion de un nuevo tráfico, que podia llamarse el comercio de coolies del nuevo mundo.

En efecto, sabido es que la poblacion de la China es superabundante y desproporcionada para la estension de su vasto territorio, llamado poéticamente Celeste Imperio, imperio del centro, imperio ó tierra de las flores.

No se calcula esta poblacion en menos de 360 millones de habitantes, lo cual equivale á casi una tercera parte de la poblacion de toda la tierra. Ahora bien; por poco que coma el chino pobre, come, y la China aun con sus muchos arrozales y sus inmensos campos de mijo y de trigo no basta para alimentar á todos.

De aquí que la poblacion sobrante tenga que escaparse y se escape voluntariamente por las brechas que los cañones ingleses y franceses han hecho en las murallas materiales y morales del Celeste Imperio.

Esta poblacion sobrante se dirige principalmente hácia la América del Norte y sobre todo al Estado de California; pero se ha precipitado allá con tal violencia, que el Congreso de los Estados-Unidos ha tenido que adoptar medidas restrictivas contra esta invasion, llamada, bastante descortésmente, peste amarilla.

Algun observador ha dicho que cincuenta millones de emigrantes chinos en los Estados-Unidos no habrian causado disminucion sensible en la poblacion china y sin embargo habrian absorbido la raza anglo-sajona en provecho de la raza mogola.

Sea de esto lo que quiera, el éxodo se verificó en grande escala y los coolies viviendo con un puñado de arroz, una taza de té y una pipa de tabaco, y siendo aptos para todos los oficios, prosperaron rápidamente en el lago Salado, en Virginia, en el Oregon y sobre todo en el Estado de California, donde hicieron bajar considerablemente el precio de los jornales.

Formáronse, pues, compañías para el transporte de estos emigrantes tan baratos y desde luego hubo cinco de ellas que los recogian en las cinco provincias del Celeste Imperio y una sexta que se fijó en San Francisco. Las primeras enviaban y la última recibia la mercancía y una agencia llamada la Ting-Tong la reexportaba.

Esto exige una explicacion.

Los chinos consienten de buena gana en expatriarse para buscar fortuna entre los *melicanos*, nombre que dan á los americanos; pero con la condicion de que sus cadáveres serán fielmente devueltos á la tierra natal para ser enterrados en ella. Esta es una de las condiciones principales del contrato, una cláusula *sine qua non* que obliga á las compañías y que no es posible eludir.

La Ting-Tong, ó por otro nombre la agencia de los muertos que dispone de fondos particulares, está encargada de fletar buques para los cadáveres. Estos buques salen cargados de San Francisco para Shang-Hai, Hong-Kong, ó Tien-Tsin, y forman un nuevo ramo de comercio, una nueva fuente de ganancia.

El hábil y emprendedor Chung-heu lo comprendió asi y cuando murió en 1866 era director de la compañía Kuang-Thon en la provincia de su nombre y sub-director de la caja de fondos de los muertos de San Francisco.

Kin-Fo, huérfano de padre y madre, heredó un caudal de 4.000,000 de francos colocados en acciones del Banco Central de California que tuvo el buen acuerdo de conservar.

El jóven heredero tenia cuando murió su padre diez y nueve años y se habria encontrado solo si no hubiera tenido á su inseparable Wang para hacer las veces de mentor y de amigo.

¿Quién era este Wang? Hacia diez y siete años que vivia en el Yamen de Shang-Hai y habia sido comensal del padre antes de serlo del hijo. ¿Pero de dónde venia? ¿Qué antecedentes tenia? Estas eran cuestiones bastante oscuras á las cuales solo Chung-heu y Kin-Fo habrian podido responder. Si hubieran juzgado conveniente hacerlo, lo cual no era probable, se habria sabido lo siguiente:

Nadie ignora que la China es por excelencia el país donde las insurrecciones pueden durar muchos años y sublevar centenares de miles de hombres.

En el siglo XVII hacia ya trescientos años que reinaba la célebre dinastía de los Ming, de orígen chino, cuando en 1644 el jefe de esta dinastía demasiado débil contra los rebeldes que amenazaban su capital, pidió auxilio á un rey tártaro.

Este no se hizo de rogar, acudió á China, derrotó á los rebeldes, se aprovechó de la situacion para derribar al emperador que habia implorado su socorro y proclamó á su propio hijo Chun-Che.

Desde aquella época la autoridad tártara reemplazó á la autoridad china y quedó el trono ocupado por emperadores manchúes.

Poco á poco, sobre todo en las clases inferiores de la poblacion, las dos razas se confundieron; pero entre las familias ricas del Norte la separacion entre chinos y tártaros se mantuvo mas estrictamente, y los diversos tipos se distinguen todavía, sobre todo en las provincias septentrionales del imperio, donde se establecieron los irreconciliables que continuaron fieles á la dinastía caida.

El padre de Kin-Fo era de estos últimos y no desmintió las tradiciones de su familia que se habia negado á entrar en pactos con los tártaros. Una sublevacion contra la dominacion estranjera, á pesar de haber pasado trescientos años, le habria encontrado dispuesto á favorecerla.

Inútil es añadir que su hijo Kin-Fo participaba por completo de sus opiniones políticas.

En 1860 reinaba todavía aquel emperador Shien-Fong que declaró la guerra á Inglaterra y Francia, guerra terminada por el tratado de Pekin, firmado en 25 de octubre de aquel año.

Pero antes de esta época, una insurreccion formidable amenazaba ya á la dinastía reinante. Los Chang-Mao ó Tai Ping, ó sean los *rebeldes de largas cabelleras* se habian apoderado de Nan-King en 1853 y de Shang-Hai en 1855. Shien-Fong murió y su pobre hijo tuvo que hacer grandes esfuerzos para rechazar á los Tai-Ping; y sin el vi-rey Li, sin el príncipe Kong y sobre todo sin el coronel inglés Gordon, quizá no hubiera podido salvar su trono.

Los Tai-Ping, enemigos declarados de los tártaros y fuertemente organizados para la rebelion, querian reemplazar á la dinastía de los Tsing con la de los Wang.

Formaban cuatro ejércitos distintos: el primero, que llevaba bandera negra, estaba encargado de matar; el segundo, reunido bajo la bandera roja, tenia la comision de incendiar; el tercero, con bandera amarilla, se entregaba al pillaje, y el cuarto, bajo la bandera blanca, estaba encargado de proporcionar provisiones á los otros tres.

Hubo operaciones militares importantes en el Kiang-Su. Las ciudades de Su-Chen y de Kia-Hien, situadas á cinco leguas de Shang-Hai, cayeron en poder de los insurrectos, y no sin gran trabajo, pudieron recobrarlas las tropas imperiales. Shang-Hai, muy atacada y amenazada en 1868, en el momento en que los generales Grant y Montauban tomaron el mando del ejército anglo-francés, cañoneaba los fuertes del Pei-ho.

Ahora bien, en aquella época Chun-heu, el padre de Kin-Fo, ocupaba una habitacion cerca de Shang-Hai, no lejos del magnífico puente que los ingenieros chinos habian construido sobre el rio de Su-Chen. No habia visto con malos ojos la sublevacion de los Tai-Ping, pues que se dirigia principalmente contra la dinastía tártara; y en esta situacion en la noche del 18 de agosto, luego que los rebeldes fueron rechazados de Shang-Hai, se abrió bruscamente la puerta de la habitacion de Chun-heu.

Un fugitivo que habia podido librarse de los que le perseguian, vino á caer á sus piés. El desgraciado no tenia arma ninguna para defenderse, y si aquel en cuya casa habia buscado asilo le entregaba á la soldadesca imperial, estaba perdido.

El padre de Kin-Fo no era hombre capaz de entregar á un Tai-ping, que habia buscado refugio en su casa.

Volvió á cerrar la puerta, y dijo:

—No quiero saber, ni sabré jamás quién eres, ni lo que has hecho, ni de dónde vienes. Eres mi huésped y basta; estás seguro en mi casa.

El fugitivo quiso hablar para espresar su gratitud, pero no tuvo fuerzas para tanto.

—¿Cómo te llamas?, le preguntó Chun-heu.

—Wang.

Era Wang, en efecto, salvado por la generosidad de Chun-heu, generosidad que hubiera costado cara á este último si se hubiera sospechado que habia dado asilo á un rebelde. Pero Chun-heu era uno de esos hombres á la antigua para quien todo huésped era sagrado.

Pocos dias despues la sublevacion quedaba definitivamente reprimida, y en 1864 el emperador de los Tai-Ping, sitiado en Nankin, se envenenaba para no caer en manos de los imperiales.

Wang permaneció desde aquel dia en la casa de su bienhechor. Jamás tuvo que responder de su vida pasada; nadie le preguntó nada sobre este punto; quizá temian saber demasiado. Las atrocidades cometidas por los rebeldes, segun se decia, habian sido espantosas. ¿Bajo qué bandera habia servido Wang, bajo la amarilla, la roja, la negra ó la blanca? Mas valia ignorarlo en último resultado, y conservar la ilusion de que habia pertenecido á la columna de provisiones.

Wang, contento con su suerte, permaneció, pues, siendo comensal de aquella casa hospitalaria. Despues de la muerte de Chun-heu, su hijo, no quiso separarse de él: tan acostumbrado estaba á la compañía de aquel amable personaje.

Pero á la verdad, en la época en que comienza esta historia ¿quién hubiera podido descubrir un antiguo Tai-Ping, un asesino, ladron ó incendiario, segun se quiera, en aquel filósofo de cincuenta y cinco años, en aquel moralista de anteojos, en aquel chino tan chino, de ojos tan oblícuos que subian hácia las sienes y de bigote y coleta tradicionales? Con su larga túnica de color oscuro, su cinturon levantado sobre el pecho á causa de un principio de obesidad, su bonete arreglado segun el decreto imperial; es decir, una especie de sombrero de alas que rodeaba un casquete de donde se escapaban unos flecos rojos, presentaba el aspecto de un honrado profesor de filosofía, de uno de esos doctores que pueden hacer uso corriente de los ochenta mil caracteres de la escritura china, de un letrado de dialecto superior, de un primer laureado en el exámen de doctores con derecho á pasar por la gran puerta de Pekin reservada á los *Hijos del Cielo*. Quizá en resumidas cuentas el rebelde, olvidando su horroroso pasado, se habia mejorado al contacto del honrado Chun-heu y abandonando su primer camino habia tomado el de la filosofía especulativa.

Y véase por qué aquella noche Kin-Fo y Wang, que nunca se separaban, se hallaban en Canton, y por qué despues de aquel banquete de despedida ambos se dirigieron á los muelles en busca del vapor que debia llevarles rápidamente á Shang-Hai.

Kin-Fo caminaba en silencio un poco pensativo. Wang miraba á derecha é izquierda filosofando sobre la luna y las estrellas; pasaba bajo la puerta de la Eterna Pureza, que no le parecia demasiado alta para él, bajo la puerta de la Eterna Alegría, cuyas hojas le parecian abiertas sobre su propia existencia, y llegó al fin á perderse en la sombra de las torres de

la pagoda de las Quinientas Divinidades. El vapor *Perma* estaba allí, dispuesto á marchar. Kin-Fo y Wang se instalaron en los dos camarotes que habian alquilado. La rápida corriente del rio de las Perlas, que arrastra diariamente con el fango de sus orillas los cadáveres de los ajusticiados, imprimió al barco una gran velocidad. El vapor pasó como una flecha entre las ruinas que habian dejado los cañones franceses delante de la pagoda de nueve pisos llamada de la Mitad del Camino, delante de la punta Jardyine, cerca de Wampoa, donde anclan los buques de mayor porte entre los islotes y las estacadas de bambues de las dos orillas. Los 150 kilómetros ó sean los 375 *lis* que separan á Canton de la embocadura del rio, fueron recorridos aquella noche.

Al salir el sol, el *Perma* pasaba por la *Boca del Tigre;* despues atravesaba las dos barras del Estuario; luego apareció entre la bruma matinal el pico Victoria de la isla de Hong-Kong, de 125 pies de altura; y por último, despues de una feliz travesía, Kin-Fo y el filósofo, cortando las aguas amarillas del rio Azul, desembarcaban en Shang-Hai en la costa de la provincia de Kiang-Nan.

CAPITULO III.

DONDE EL LECTOR, SIN CANSARSE, PODRA DIRIGIR UNA OJEADA A LA CIUDAD DE SHANG-HAI.

Un proverbio chino dice:

«Cuando los sables están enmohecidos y las rejas »del arado relucientes;

»Cuando las cárceles están vacías y los graneros »llenos;

»Cuando los escalones de los templos están gastados por el paso de los fieles y los patios de los tribunales cubiertos de yerba;

»Cuando los médicos van á pié y los panaderos á »caballo;

»El imperio está bien gobernado.»

El proverbio es bueno. Prodria aplicarse justamente á todos los Estados del viejo y del nuevo mundo. Pero si hay un país en que este bello ideal se encuentre lejos de la realidad, es precisamente el Celeste Imperio. Allí son los sables los que relucen y los arados los que se enmohecen; las cárceles, las que están llenas, y los graneros los que están vacíos; allí los panaderos huelgan mas que los médicos; y si las pagodas atraen á los fieles, en cambio los tribunales están llenos de pleiteantes y de acusados.

Por lo demás, un reino de 180,000 millas cuadradas, que desde el Norte al Sur tiene una estension de mas de 800 leguas, y del Este al Oeste mas de 900 y que cuenta 18 grandes provincias, sin hablar de los países tributarios como la Mogolia, la Manchuria, el Tibet, el Ton-king, la Corea, las islas Liu-chu, etc., no puede menos de estar muy mal administrado. Si los chinos lo sospechan, los estranjeros no pueden hacerse ilusiones sobre este punto. Solamente, quizá, el Emperador encerrado en su palacio, cuyas puertas no traspasa sino muy rara vez, y protegido por las murallas de una triple ciudad; solamente aquel Hijo del Cielo, padre y madre de sus súbditos, que hace y deshace las leyes á su voluntad, que tiene derecho de vida y muerte sobre todos, y á quien pertenecen por derecho de nacimiento las rentas del imperio; solamente aquel soberano ante el cual se arrastran las frentes en el polvo, encuentra que todo va bien en el mejor de los mundos posibles, y no aconsejaríamos á nadie que tratase de demostrarle su error. Un Hijo del Cielo no se engaña jamás. ¿Habia tenido Kin Fo alguna razon para pensar que vale mas ser gobernado á la europea que á la china? Parecia probable porque habitaba, no en Shang-Hai, sino fuera de la poblacion, en una parte de la concesion inglesa que se mantiene en una especie de autonomía muy apreciada.

Shang-Hai, la ciudad propiamente dicha, está situada en la orilla izquierda del pequeño rio Huang-Pú, que reuniéndose en ángulo recto con el Wusung, va despues á mezclar sus aguas con las del Yang-Tse-Kian ó rio Azul, y desde allí se pierde en el mar Amarillo.

Es un óvalo formado de Norte á Sur, rodeado de altas murallas é interrumpido por cinco puertas que se abren sobre sus arrabales. Forma un laberinto de callejuelas cubiertas de losas que estropearian muchas barrederas mecánicas para poderlas limpiar. Sus infinitas tiendas no tienen mostradores ni escaparates; en ellas los tenderos están desnudos hasta la cintura. No se ve un carruaje ni un palanquin, y apenas se encuentra gente á caballo; hay algunos templos indígenas y algunas capillas estranjeras; por todo paseo hay un jardin de té y un campo de maniobras bastante pantanoso establecido sobre un suelo de aluvion que cubre antiguos arrozales y está sujeto á emanaciones palúdicas. Al través de aquellas calles y en el fondo de aquellas casas estrechas, pulula una poblacion de doscientos mil habitantes, formando una ciudad poco envidiable para habitacion, pero de grande importancia comercial.

Allí, en efecto, despues del tratado de Nan-King, los estranjeros obtuvieron por primera vez el derecho de establecer factorías. Aquella fue la gran puerta abierta en China, al comercio europeo. Por eso, fuera de Shang-Hai y de sus arrabales, el gobierno, mediante una renta anual, concedió tres lotes de territorio á los franceses, á los ingleses y á los norte-americanos que viven allí en número de mas de dos mil personas.

De la concesion francesa hay poco que decir; es la menos importante. Confina casi con el recinto Norte de la ciudad y se estiende hasta el arroyo de Yang-King-Pang que la separa del territorio inglés. Allí se levantan las iglesias de los lazaristas y de los jesuitas, y á 4 millas de Shang-Hai poseen tambien el colegio de Tsi-Kave, donde forman bachilleres chinos. Pero esta pequeña colonia francesa no tiene la importancia que sus vecinas, ni mucho menos. De las veinte casas de comercio fundadas en 1861, no quedan mas que tres, y la Caja de Descuentos ha preferido establecerse en el territorio inglés.

El norte-americano ocupa el recodo que forma el Wu-sung y está separado del territorio inglés por la ensenada del Su-Cheu, sobre la cual se ha echado un puente de madera. Allí están el hotel Astor y la iglesia de las Misiones; y allí se abren los arsenales instalados para la reparacion de los buques europeos.

Pero de las tres concesiones, la mas floreciente sin disputa, es la concesion inglesa. Habitaciones suntuosas en los muelles; casas con balcones corridos y jardines; palacios de los príncipes del comercio; el Banco Oriental, el Hong de la célebre casa Dent con su razon social de Lao-Chi-Chang, las factorías de los Jardyne, de los Russell y de otros grandes negociantes; el club inglés, el teatro, el juego de pelota, el parque, el hipódromo, la biblioteca; tal es el conjunto de esa rica creacion de los anglo-sajones, que ha merecido justamente el nombre de *Colonia Modelo*.

Por eso, como dice M. Leon Rousset, no hay que admirarse de encontrar en aquel territorio privilegiado y bajo el patrocinio de una administracion liberal, una ciudad china de un carácter especial y que no tiene semejante en ninguna parte.

En aquel rincon de tierra, el estranjero que llega por el camino pintoresco del rio Azul, ve ondear cuatro pabellones al soplo de la brisa: el tricolor francés, el *yacht* del Reino-Unido, las estrellas america-

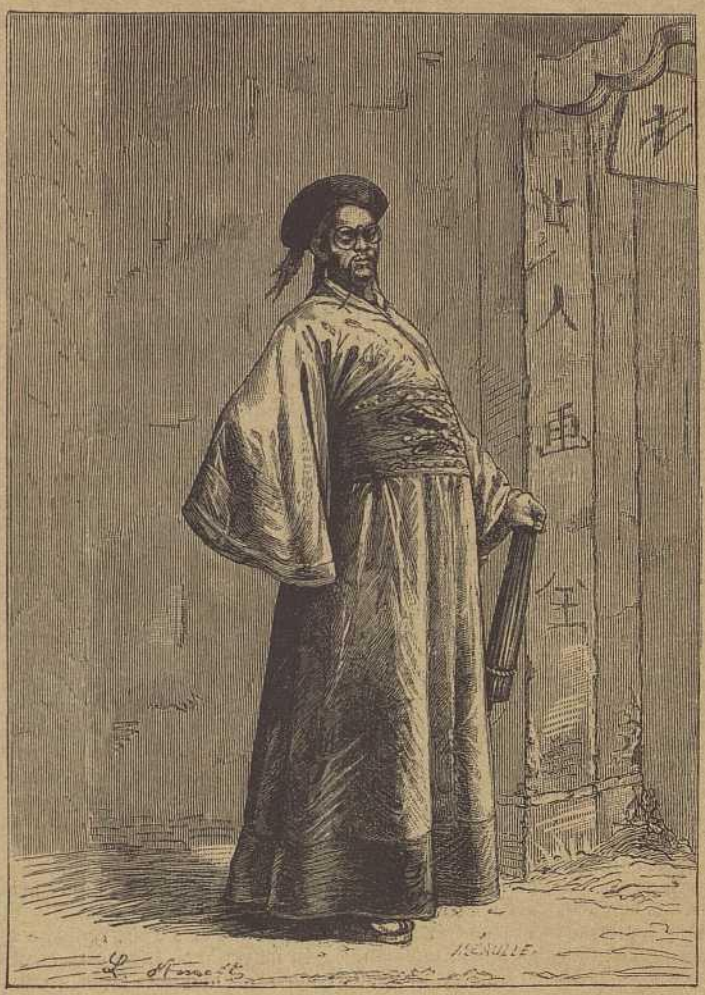
Kin-Fo.

nas, y la cruz de San Andrés, amarilla sobre fondo verde, del Imperio de las Flores.

En cuanto á los alrededores de Shang-Hai, el país llano, sin un árbol, cortado por estrechos caminos empedrados y por senderos trazados en ángulo recto, agujereado por cisternas y por acequias que distribuyen el agua á inmensos arrozales, surcado de canales por donde navegan juncos, que atraviesan los campos como los barquichuelos al través de las campiñas de Holanda, constituye una especie de gran cuadro, de tonos muy verdes, al cual faltara el marco. El *Perma* á su llegada, atracó al muelle del puerto indígena delante del arrabal de Shang-Hai. y allí desembarcaron Wang y Kin-Fo antes del medio dia. El movimiento de gente apresurada era enorme en la orilla é indescriptible en el rio. Los juncos por centenares, los barcos-flores, los sampans, especie de góndolas conducidos por medio de la espadilla, los gigs y otras embarcaciones de varios tamaños, formaban una ciudad flotante donde vivian por lo menos cuarenta mil almas, poblacion que no sale de una situacion inferior, y cuya parte mas acomodada no puede levantarse hasta la clase de letrados ó mandarines.

Los dos amigos pasearon un poco por el muelle entre aquella multitud heterogénea compuesta de mercaderes de toda especie, vendedores de naranjas, de nueces de arec ó de pamplenusas, marinos de todas las naciones, aguadores, adivinos, bonzos, lamas, sacerdotes católicos vestidos á la china con coleta y abanico, soldados, indígenas, *ti-paos*, agentes de policía del país y *compradores*, especie de corredores que hacen los negocios de los comerciantes europeos.

Kin-Fo, con el abanico en la mano, paseaba su mirada indiferente sobre la muchedumbre y no tomaba interés ninguno en lo que pasaba en torno suyo. Ni el sonido metálico de los duros mejicanos, ni el de los taeles de plata, ni el de los zapeques de cobre; (el tael vale 30 reales, y el zapeque medio céntimo de peseta), que vendedores y chalanes cambiaban entre sí, no habian podido distraerle: verdad es que él tenia dinero bastante para comprar el arrabal entero.



Wang.

Wang por su parte habia desplegado su gran quitasol amarillo adornado de mónstruos negros, y *orientado* sin cesar como debe serlo un chino de raza, buscaba en todas partes materia para alguna observacion.

Al pasar por delante de la puerta del Este, su mirada se detuvo por casualidad en una docena de jaulas de bambú donde estaban las cabezas de los criminales que habian sido ejecutados la víspera.

—Quizá, dijo, habria otra cosa mejor que hacer que cortar cabezas, y es darles mayor solidez y mayor juicio.

Kin-Fo no oyó, sin duda, la reflexion de Wang, que ciertamente le habria admirado procediendo de un antiguo Tai-Ping.

Ambos continuaron por el muelle dando vuelta á los muros de la ciudad china.

Al estremo del arrabal, en el momento en que iban á poner el pié en la concesion francesa, vieron un indígena vestido de una larga túnica azul, el cual daba golpes con un palito sobre un cuerno de búfalo que producia un ruido estridente. En torno de aquel indígena se habia formado un corro de gente

—Allí tenemos un Sien-Chang, dijo el filósofo.

—¿Qué nos importa? exclamó Kin-Fo.

—Vamos á que te diga la buenaventura. Te vas á casar y es oportuno preguntar por tu suerte.

Kin-Fo quiso continuar su camino, pero Wang le detuvo.

El Sien-Chang es una especie de profeta popular que por algunos zapeques predice el porvenir. No tiene mas utensilios profesionales que una jaula que contiene un pajarillo y que lleva colgada de un boton de su túnica, y una baraja de sesenta y cuatro cartas que representan figuras de dioses, hombres ó animales. Los chinos de todas clases generalmente supersticiosos no desdeñan las predicciones del Sien-Chuang, que por su parte no las toma por lo serio probablemente.

Wang hizo señas al adivino y este estendió por tierra una alfombra de algodon, dejó en ella su jaula, sacó las cartas, las barajó y las estendió sobre la alfombra de modo que las figuras fueran invisibles.

Entonces abrió la puerta de la jaula; salió el pajarillo; eligió una de las cartas y se volvió á entrar

despues de haber recibido un grano de arroz por recompensa.

El Sien-Chang volvió la carta, la cual tenia una figura de hombre y una divisa escrita en kunan-runa, la lengua de los mandarines del Norte; lengua oficial que es la de las personas instruidas.

Entonces dirigiéndose á Kin-Fo le predijo lo que los adivinos de todos los paises predicen invariablemente sin comprometerse, á saber: que despues de alguna prueba próxima, gozaria de diez mil años de felicidad.

—Con uno, respondió Kin-Fo, me contento y te doy de barato los demás.

Despues arrojó al suelo un tael de plata, sobre el cual el profeta se precipitó como un perro hambriento sobre un hueso sustancioso. Semejante propina era para él muy extraordinaria.

Wang y su discípulo se dirigieron hácia la colonia francesa, el primero pensando en la prediccion que concordaba con sus propias teorías sobre la felicidad, y el segundo persuadido de que no podria alcanzarle ninguna desgracia.

Así pasaron delante del consulado de Francia, subieron hasta el puente construido sobre el Yang-King Pang, atravesaron el riachuelo y torcieron al través del territorio inglés para llegar al muelle del puerto europeo.

Daban entonces las doce. Los negocios, muy activos durante la mañana, cesaron como por encanto. El dia comercial, por decirlo así, habia concluido y la calma iba á suceder al movimiento hasta en la ciudad inglesa que bajo este concepto era ciudad china.

En aquel momento llegaron al puerto varios buques extranjeros, la mayor parte con pabellon del Reino-Unido. Debemos decir que de cada diez de estos buques, nueve iban cargados de ópio, sustancia embrutecedora, veneno con que la Inglaterra inunda la China y que produce el 300 por 100 de beneficio, empleándose en este negocio un capital que pasa de 260 millones de francos. En vano el gobierno chino ha querido impedir la importacion de ópio en el Celeste Imperio; la guerra de 1841 y el tratado de Nan-King han dado libre entrada á la mercancía inglesa y sentenciado el pleito á favor de los príncipes del comercio. Debemos añadir tambien, por otra parte, que si el gobierno de Peking llegó hasta imponer pena de muerte á todos los chinos que vendieran ópio, hay acomodamientos con los depositarios de la autoridad que hacen la vista gorda mediante alguna cantidad y hasta se cree que el mandarin gobernador de Shang-Hai se embolsa anualmente un millon de francos, solo por cerrar los ojos sobre la conducta de sus administrados en este punto.

Ni Kin-Fo, ni Wang se dedicaban á la detestable costumbre de fumar ópio, costumbre que destruye todos los resortes del organismo y conduce rápidamente á la muerte.

Jamás habia entrado una onza de esta sustancia en la rica habitacion á donde los dos amigos llegaron una hora despues de haber desembarcado en el muelle de Shang-Hai.

Wang, cosa que hubiera sorprendido de parte de un Tai-ping, habia dicho:

—Quizá habria otra cosa mejor que hacer que importar el embrutecimiento á todo un pueblo. Bueno es el comercio; pero la filosofía es mejor. Seamos filósofos ante todo, seamos filósofos.

CAPITULO IV.

EN EL CUAL KIN-FO RECIBE UNA CARTA IMPORTANTE QUE TIENE YA OCHO DIAS DE RETRASO.

Un Yamen es un conjunto de edificios diversos situados en dos líneas paralelas cortadas perpendicularmente por otra línea de kioskos y de pabellones. Por lo general sirve de habitacion á los mandarines de elevada categoría y pertenece al Emperador; pero no está prohibido á los chinos ricos poseer un Yamen en propiedad, y uno de estos era el que habitaba el opulento Kin-Fo.

Wang y su discípulo se detuvieron á la puerta principal, abierta en el frente del vasto recinto que rodeaba las diversas construcciones del Yamen, sus jardines y sus patios.

Si en vez de la morada de un simple particular hubiera sido la de un magistrado ó mandarin, habria habido en el portal pintarrajeado un gran tambor donde dia y noche habrian llegado á dar golpes los que hubieran tenido que reclamar justicia. Pero en lugar del *tambor de las reclamaciones* habia grandes jarrones de porcelana que contenian té frio, incesantemente renovado, gracias al cuidado del mayordomo. El contenido de aquellos jarrones estaba á disposicion de los transeuntes, generosidad que hacia honor á Kin-Fo, el cual por lo mismo estaba muy bien quisto entre sus vecinos del Este y del Oeste.

A la llegada del amo, la familia de la casa corrió á la puerta para recibirle. Ayudas de cámara, lacayos, porteros, mozos de sillas de mano, palafreneros, cocheros, criados, vigilantes nocturnos, cocineros, toda la gente que compone la servidumbre china, formaron calle á las órdenes del mayordomo, y detrás habia una docena de coolies alquilados por meses para los trabajos mas penosos.

El mayordomo dió la bienvenida al amo, el cual hizo apenas una señal con la mano y pasó rápidamente.

—¿Sun? preguntó Kin-Fo.

—¡Sun! respondió Wang sonriéndose; si Sun estuviese ahí, no seria Sun.

—¿Dónde está Sun? repitió Kin-Fo.

El mayordomo tuvo que confesar que ni él, ni nadie sabia lo que se habia hecho de Sun.

Sun era nada menos que el primer ayuda de cámara, especialmente agregado á la persona de Kin-Fo y sin el cual éste no podia pasar un momento.

¿Era Sun un criado modelo? No; al contrario, era imposible servir peor. Distraido, torpe de manos y de lengua, glotón, cobarde, un verdadero chino de biombo; pero fiel en suma y el único al fin y al cabo que tenia el don de conmover á su amo. Kin-Fo encontraba veinte ocasiones al dia de enfadarse contra Sun y no le castigaba mas que diez; pero á lo menos estas diez le hacian salir de su indiferencia habitual y ponian su bilis en movimiento. Era, pues, como se ve, un servidor higiénico.

Por lo demás, Sun, como sucede á la mayor parte de los criados chinos, tomaba por sí mismo la iniciativa, sometiéndose al castigo cuando lo habia merecido. Su amo entonces le castigaba; llovian los palos sobre sus espaldas; pero Sun no hacia caso y solamente se mostraba sensible á los cortes sucesivos que Kin-Fo imponia á su coleta, que le caia sobre la espalda, cuando se trataba de alguna falta grave.

Nadie ignora, en efecto, lo mucho que se cuidan los chinos de este apéndice estravagante. La pérdida de la coleta es el primer castigo que se aplica á los criminales; es un deshonor para toda la vida. Así el desgraciado sirviente nada temia mas que el ser condenado á perder una punta de su coleta. Hacia

cuatro años, cuando entró al servicio de Kin-Fo, su trenza era una de las mas hermosas del Celeste Imperio, pues media un metro y 25 centímetros; pero en el momento en que le presentamos al lector no le quedaban mas que 57 centímetros. A continuar así dentro de dos años Sun debia estar completamente pelon.

Wang y Kin-Fo, seguidos de la servidumbre de la casa, atravesaron el jardin, cuyos árboles, la mayor parte colocados en tiestos de barro y cortados con arte sorprendente pero lamentable, presentaban formas de animales fantásticos. Despues dieron vuelta al estanque poblado de guramis y de peces colorados, y sus aguas límpidas desaparecian bajo las anchas flores rojas del *nelumbo*, el mas hermoso de los nenúfares originarios del Imperio de las Flores. Saludaron un gerog'ífico cuadrúpedo pintado con colores vivísimos en una pared construida *ad hoc* como un fresco simbólico y llegaron al fin á la puerta de la habitacion principal del yamen.

Era una casa compuesta de un piso bajo y otro principal y levantada sobre un terrero al cual daban acceso seis escalones de mármol. Persianas de bambú colocadas delante de las puertas y las ventanas, hacian soportable la temperatura ya escesiva, favoreciendo la circulacion del aire en lo interior. El techo plano contrastaba con los tejados fantásticos de los pabellones esparcidos acá y allá en todo el recinto, y cuyas tejas multicolores y cuyos ladrillos labrados de finos arabescos divertian la vista.

En lo interior, á excepcion de los cuartos reservados para Wang y Kin-Fo, no habia mas que salones rodeados de gabinetes de tabiques transparentes adornados de guirnaldas de flores pintadas ó de inscripciones que contenian esas sentencias morales de que son tan pródigos los habitantes del Celeste Imperio. Por todas partes habia sillas de estrañas figuras de barro, de porcelana, de madera ó de mármol, cubiertas de cogines; por todas partes lámparas ó faroles de diversas formas, de vidrios matizados, de colores suaves y adornados de bellotas, franjas y penachos como una mula española; por todas partes tambien mesitas para tomar té, llamadas cha-ki, complemento indispensable de un mueblaje chino. En cuanto á las cinceladuras de marfil, á los bronces, á las lacas con filigrana de oro en relieve, á los jarrones de un color blanco lechoso ó verde esmeralda, á los vasos redondos ó prismáticos de la dinastía de los Ming ó de los Tsing, á las porcelanas, mas buscadas aun, de la dinastía de los Yen, á los esmaltes de color de rosa ó amarillo trasluci lo, cuyo secreto no se ha podido encontrar, se hubieran necesitado muchas horas para contarlos. Aquella lujosa habitacion contenia todas las comodidades europeas unidas á todos los objetos de la fantasía china.

En efecto, Kin-Fo, como ya hemos dicho y como lo probaban sus aficiones, era un hombre de progreso. Ninguna invencion moderna de las occidentales le encontraba refractario; pertenecia á la categoría de esos Hijos del Cielo demasiado raros todavía, á quienes seducen las ciencias físicas y químicas. No era de aquellos bárbaros que cortaron los primeros hilos eléctricos que la casa Reynolds quiso establecer hasta Wusung, con el objeto de saber mas rápidamente la llegada de los correos ingleses y norteamericanos; ni era tampoco de aquellos mandarines atrasados, que por no dejar que el cable submarino de Shang Hai á Hong-Kong se fijase en ningun punto del territorio, obligaron á los encargados de tenderlo á fijarle en un barco flotante en medio del rio.

No. Kin-Fo se unia á aquellos compatriotas suyos, que habian aprobado que el gobierno fundase los arsenales de Fu-chao bajo la direccion de ingenieros franceses. Poseia acciones de la compañía de vapores chinos que hacen el servicio entre Tien-Sing y Sang Hai en interés puramente nacional, y estaba tambien interesado en la empresa de esos buques de gran celeridad que iban y venian á Singapur, y que adelantan tres ó cuatro dias al correo inglés. El progreso material se habia introducido hasta en su interior. En efecto, aparatos telegráficos ponian en comunicacion los diversos edificios de su yamen. Campanillas eléctricas unian los aposentos diversos de su casa. Durante la estacion fria mandaba encender fuego y se calentaba sin vergüenza, mas juicioso en esto que sus conciudadanos que se hielan delante del hogar vacío, bajo su cuádruple ó quíntuple vestido. Se alumbraba con gas, como el inspector general de aduanas de Peking, ó como el riquísimo Yang, principal propietario de los Montes de Piedad del Celeste Imperio. En fin, abandonando el uso anticuado de la escritura en su correspondencia íntima, habia adoptado, como se verá muy pronto, el fonógrafo recientemente perfeccionado por Edison.

Así, pues, el discípulo del filósofo Wang, tenia en la parte material de la vida, tanto como en la parte moral, todo lo que necesitaba para ser feliz. Sin embargo, no lo era. Tenia á Sun para sacarle de su apatía cuotidiana; pero el mismo Sun no bastaba para darle la felicidad.

Es verdad que por el momento, á lo menos, Sun, que jamás estaba donde debia estar, no se presentó. Sin duda habia cometido alguna grave falta, alguna torpeza de marca mayor, en ausencia de su amo; y si no temia por sus costillas, habituadas al róten doméstico, todo inducia á creer que temblaba por su trenza de pelo.

—¡Sun! habia esclamado Kin-Fo, al entrar en el vestíbulo, al cual daban los salones de derecha é izquierda, y su voz indicaba una impaciencia grande.

—¡Sun! habia repetido Wang, cuyos buenos consejos y reprensiones no producian el menor efecto en el incorregible criado.

—Que me descubran á Sun y le traigan aquí, dijo Kin-Fó, dirigiéndose al mayordomo que envió toda su gente en busca del criado.

Wang y Kin-Fo se quedaron solos.

—La sabiduría, dijo entonces el filósofo, exige que el viajero que vuelve á su casa tome algun descanso.

—Seamos sabios, respondió simplemente el discípulo de Wang.

Y despues de haber estrechado la mano del filósofo, se dirigió á su cuarto, mientras Wang se encaminaba al suyo.

Kin-Fo, viéndose solo, se tendió sobre uno de los blandos divanes de construccion europea, cuyo mullido no hubiera podido arreglar jamás un tapicero chino. Allí estuvo soñando despierto en su matrimonio con la amable y linda jóven que iba á ser la compañera de su vida; y esto no puede sorprender á nadie, porque estaba en vísperas de ir á buscarla. Aquella graciosa persona no vivia en Shang Hai, sino en Peking, y Kin-Fo se dijo á sí propio que seria conveniente anunciarla al mismo tiempo que su vuelta á Shang-Hai, su próximo viaje á la capital del Celeste Imperio. Creyó tambien que no estaria demás mostrar en la carta cierta impaciencia ligera, cierto deseo de volverla á ver. Sin duda experimentaba un verdadero afecto hácia ella. Wang le habia demostrado con todas las reglas indiscutibles de la lógica, que aquel elemento nuevo que iba á introducir en su existencia, podria producir lo desconocido... esto es, la felicidad que... que... cuya... Con estos pensamientos Kin-Fo se habia dormido insensiblemente, si no hubiera sentido una especie de cosquilleo en la mano derecha.

Inmediatamente sus dedos se cerraron, y entre ellos se encontró un cuerpo cilíndrico, ligeramente

nudoso, de un tamaño regular, que sin duda tenia la costumbre de manejar.

Kin-Fo no podia engañarse. Era un róten, que se habia introducido en su mano derecha. Al mismo tiempo oyó pronunciar, y en tono resignado, estas palabras:

—Cuando el señor quiera.

Kin-Fo se levantó y por un movimiento instintivo blandió el róten corrector.

Sun estaba delante de él medio encorvado, en la postura de un paciente que presenta sus espaldas. Con una mano se apoyaba sobre la alfombra de la habitacion, y en la otra tenia una carta.

—Al fin has venido, dijo Kin-Fo.

—Sí, sí señor, respondió Sun. No esperaba á mi amo hasta la tercera víspera de la noche. Cuando el señor quiera.

Kin-Fo arrojó al suelo el róten. Sun, aunque naturalmente muy amarillo, se puso pálido.

—Si me ofreces la espalda sin otra esplicacion, dijo el amo, es señal de que mereces mas. ¿Qué ha pasado?

—Esta carta...

—Habla, exclamó Kin-Fo, tomando la carta que le presentaba Sun.

—Se me olvidó dársela al señor antes que saliera para Canton.

—¡Ocho dias de retraso, tunante!

—He hecho mal, amo mio.

—Ven aquí.

—Soy como un pobre cangrejo sin patas, que no puede andar. ¡Ay, ay, ay!

Aquel último grito era de desesperacion. Kin-Fo habia cogido á Sun por la coleta, y con unas tijeras bien afiladas acababa de cortarle la punta.

Sin duda al desgraciado cangrejo le nacieron las patas inmediatamente, porque se alejó con presteza, no sin haber recogido de la alfombra el trozo cortado de su precioso apéndice, que de 57 céntimetros quedó reducido á 54.

Kin-Fo, que habia vuelto á su perfecta tranquilidad habitual, se sentó de nuevo en el divan y examinó como hombre desocupado la carta que habia llegado hacia ocho dias. No estaba irritado contra Sun nada mas que por su negligencia, no por el retraso. ¿Qué interés podia tener para él una carta cualquiera? Solamente podria interesarle si le proporcionara alguna emocion.

Miraba, pues, la carta distraidamente.

El sobre, que era de una tela almidonada, mostraba por uno y otro lado diversos sellos de color vinoso y de chocolate, en los cuales, debajo de un retrato de hombre, se veian números de centavos y de seis centavos.

Esto indicaba que la carta procedia de los Estados-Unidos de América.

—Bueno, dijo Kin-Fo encogiéndose de hombros, una carta de mi corresponsal de San Francisco.

Y la dejó sobre el divan.

En efecto, ¿qué podia decirle su corresponsal? Que los títulos que componian parte de su caudal, dormian tranquilamente en las cajas del Banco Central de California, que sus acciones habian subido un 15 ó 20 por 100, y que los dividendos activos serian superiores á los del año precedente, etc. Algunos miles de duros, de mas ó de menos, no podian conmoverle.

Sin embargo, pocos minutos despues volvió á tomar la carta y rompió maquinalmente el sobre; pero en vez de leerla desde luego, buscó con la vista la firma.

—Es, en efecto, una carta de mi corresponsal, dijo. No puede hablarme sino de negocios. Dejemos los negocios para mañana.

Y por segunda vez iba á dejar la carta, cuando atrajo sus miradas una palabra subrayada con varias rayas en la segunda página. Era la palabra *pasivo*, hácia la cual el corresponsal de San Francisco habia querido evidentemente llamar la atencion de Kin-Fo.

Leyó entonces la carta desde el principio hasta el fin, no sin cierto sentimiento de curiosidad, muy estraño en él.

Por un instante sus cejas se fruncieron; pero cuando acabó la lectura se agitó en sus labios una sonrisa desdeñosa.

Despues se levantó, dió unos veinte pasos por su cuarto y se acercó al tubo acústico que le ponia en comunicacion directa con Wang. Llevóle á la boca y estuvo á punto de lanzar el silbido de atencion; pero despues se contuvo, dejó caer la manga de goma y se volvió á tender sobre el divan diciendo:

—¡Bah!

Esta interjecion pintaba el carácter de Kin-Fo. Despues dijo:

—¿Y ella? Ella está mas interesada que yo en todo esto.

Se acercó entonces á una mesita de laca, en la cual habia una caja oblonga preciosamente cincelada; pero antes de abrirla se detuvo su mano.

—¿Qué me decia en su última carta? murmuró.

Y en vez de levantar la tapa de la caja, apoyó el dedo en un resorte fijado en uno de sus estremos. Inmediatamente se oyó una voz suave, que decia:

«Mi hermanito mayor: ¿no soy para tí como la flor mei-hua, en la primera luna, como la flor del albaricoque en la segunda, como la flor del melocoton en la tercera? Corazon mio de piedras preciosas, te deseo mil y mil felicidades.»

Era la voz de una jóven, cuyas tiernas palabras repetia el fonógrafo.

—¡Pobre hermanita menor! dijo Kin-Fo.

Despues, abriendo la caja, sacó del aparato el papel cubierto de ranuras que acababa de reproducir todas las inflexiones de la voz de la jóven de Peking, y le reemplazó por otro. El fonógrafo estaba entonces tan perfeccionado, que bastaba hablar en voz alta para que la membrana quedara impresionada y el cilindro, movido por un movimiento de relojería, registrara las palabras sobre el papel del aparato.

Kin-Fo habló por espacio de un minuto. En su voz, siempre tranquila, no hubiera podido encontrarse la impresion de alegría ni de tristeza con que formulaba su pensamiento.

Apenas si pronunció tres ó cuatro frases; y hecho esto, suspendió el movimiento del fonógrafo, retiró el papel especial sobre el cual la aguja, influida por la membrana habia trazado ranuras oblícuas, correspondientes á las palabras pronunciadas, y despues, metiéndolo en un sobre, lo selló, y escribió de derecha á izquierda lo que sigue:

«Señora Le-u,
»Carrera de Cha-cua,
»Peking.»

Tocó un timbre eléctrico, á cuyo sonido acudió inmediatamente el criado encargado de la correspondencia, el cual recibió órden de llevar inmediamente aquella carta al correo.

Una hora despues Kin-Fo dormia tranquilamente teniendo entre los brazos el *chu-fu-yan*, especie de almohada de bambú trenzado que mantiene en las camas chinas una temperatura muy apreciable en aquellas latitudes.

CAPITULO V.

EN EL CUAL LE-U RECIBE UNA CARTA QUE HUBIERA PREFERIDO NO RECIBIR.

—¿No ha venido carta ninguna todavía para mí?

—No señora.

Wang y Kin-Fo, seguidos de la servidumbre de la casa, atravesaron el jardin.

—¡Qué largo me parece el tiempo, buena madre!

Así hablaba por décima vez en aquel dia la graciosa Le-u en su tocador de la carrera de Cha-Cua, en Peking. La buena madre que le respondia, y á la cual daba este nombre aplicado en China á las criadas de edad respetable, era la gruñona y desagradable señorita Nan.

Le-u se habia casado á los diez y ocho años de edad, con un letrado de primer órden que colaboraba en el famoso *Se-Khu-Tsuan-Chu* (1). Aquel sabio tenia tres veces la edad de su esposa. Murió tres años despues de aquella union desproporcionada.

La jóven viuda se encontró, pues, sola en el mundo á los veintiun años de edad. Kin-Fo la vió en un viaje que hizo á Peking por aquel tiempo, y Wang que la conocia llamó la atencion de su indiferente discípulo hácia su linda persona. Kin-Fo se dejó conducir y aceptó la idea de modificar las condiciones de su vida, casándose con la hermosa jóven. Le-u no fue insensible á la proposicion que se le hizo, y el matrimonio arreglado con gran satisfaccion del filósofo, debia celebrarse luego que Kin-Fo volviese á Peking despues de haber hecho en Shang-Hai los preparativos necesarios.

No es comun en el Celeste Imperio que las viudas vuelvan á casarse, no porque no lo deseen tanto como las de los paises occidentales, sino porque de este deseo no suelen participar los hombres. Si Kin-Fo era una excepcion de la regla, es porque Kin-Fo, como ya hemos dicho, pasaba por un ente original.

Es verdad que Le-u, casada en segundas nupcias, no tendria derecho á pasar por debajo de los *pae-lus*, arcos conmemorativos que el emperador manda levantar algunas veces en honor de las mujeres célebre por su fidelidad al marido difunto, tales como la viuda Sung que no quiso abandonar jamás la tumba de su marido, la viuda Kung Kiang que se cortó un brazo, la viuda Yen-Chiang que se desfiguró en señal de dolor conyugal; pero Le-u pensó que podria sacar mejor partido de sus veintiun años. Iba á volver á aquella vida de obediencia que constituye la mision de la mujer en la familia china, á renunciar á ha-

(1) Esta obra que principió en 1793 debe componerse de 160,000 tomos y no se han publicado mas hasta ahora que 78,758.

blar de las cosas que pasan fuera de la familia, á conformarse con los preceptos del libro *Li-nun* sobre las virtudes domésticas y del libro *Nei-tse-pien* sobre los deberes del matrimonio, á recobrar, en fin, aquella consideracion de que goza la esposa, que en las clases elevadas no es una esclava como se cree generalmente. Así Le-u, inteligente, instruida, comprendiendo el lugar que ocuparia en la vida de aquel rico aburrido, y sintiéndose atraida hácia él por el deseo de demostrarle que hay felicidad en este mundo, estaba enteramente resignada á su suerte.

El sabio á su muerte habia dejado á la jóven viuda en una situacion bastante desahogada, aunque mediana. La casa de la carrera de Cha-cua, era, pues, modesta; la insoportable Nan componia toda su servidumbre; pero Le-u se habia acostumbrado á sus modales, que no son exclusivos de los criados del Imperio de las Flores.

En el tocador, donde la hemos presentado, era donde la jóven solia estar con mas frecuencia. El mueblaje hubiera parecido muy sencillo á no haber sido por los ricos regalos que desde dos meses antes llegaban de Sang-Hai. Colgaban de las paredes algunos cuadros, entre otros una obra maestra del antiguo pintor Haum-Tse-Nen (1), que hubiera llamado la atencion exclusivamente de los conocedores entre una multitud de acuarelas demasiado chinescas donde se veian caballos verdes, perros de color de violeta y árboles azules pintados por algun artista novel. Sobre una mesa de laca se veian, como grandes mariposas de alas estendidas, unos abanicos procedentes de la célebre escuela de Swatow. De un jarron de porcelana se escapaban elegantes festones de esas flores artificiales tan admirablemente fabricadas con la médula del *arabia papyrifera* de la isla Formosa, y que rivalizaban con los blancos nenúfares, los crisantemos amarillos y los lirios rojos del Japon, de que estaban llenos varios canastillos de madera con labores finas. Sobre todo este conjunto las cortinas de bambú trenzado de las ventanas no dejaban pasar mas que una luz ténue que desgranaba, digámoslo así, los rayos solares. Una magnífica pantalla hecha de grandes plumas de gavilan, cuyas manchas artísticamente dispuestas, figuraban una gran peonía, emblema de la hermosura en el Imperio de las Flores, dos pajareras en forma de pagoda, verdaderos kaleidoscopios de los pájaros de la India de mas brillantes colores, algunos *tiemaoles* eolios, cuyas láminas de vidrio vibraban al impulso de la brisa, mil objetos en fin que recordaban al ausente, completaban el curioso adorno de aquella habitacion.

—¿No hay carta todavía Nan?

—¡Eh! no señora, todavía no.

La jóven Le-u era una muchacha encantadora. Bonita aun para ojos europeos, blanca y no amarilla, tenia dulce mirada en sus ojos que apenas se inclinaban un poco hácia las sienes; negros cabellos adornados con algunas flores de melocoton fijas por alfileres de cristal verde; dientes pequeños y blancos; cejas apenas teñidas por un pequeño toque de tinta china; no se ponia colorete ni blanquete como generalmente lo hacen las hermosuras del Celeste Imperio, ni carmin en el labio inferior, ni una pequeña raya vertical entre los dos ojos, ni ninguna capa de ese aceite en el cual gasta todos los años la córte imperial unos diez millones de zapeques. No necesitaba ninguno de aquellos ingredientes artificiales: salia poco de su casa y podia desdeñar aquella máscara de que fuera de casa hace uso toda mujer china.

En cuanto á su tocado, no le habia ni mas sencillo, ni mas elegante. Llevaba un vestido largo, de cuatro aberturas, orlado de un ancho galon bordado. Bajo aquella túnica tenia un jubon plegado y un peto con adornos de filigrana; desde la cintura bajaba un pantalon que se anudaba sobre la calceta de seda de Nan-King y en los pies lindas zapatillas adornadas de perlas.

No necesitaba mas la jóven viuda para estar lindísima, si se añade que sus manos eran finas y que conservaba sus uñas largas y sonrosadas en estuchitos de plata construidos con arte esquisito.

¿Y sus pies? ¡Ah! sus pies eran pequeños, no por esa costumbre de compresion bárbara que por fortuna tiende á perderse, sino porque la naturaleza les habia hecho así. Aquella moda dura ya desde hace setecientos años y se debió probablemente á alguna princesa estropeada. En su aplicacion mas sencilla, haciendo la flexion de los cuatro dedos bajo la planta, dejando el talon intacto, hace de la pierna una especie de tronco de cono, dificulta absolutamente el andar, predispone á la anemia y no tiene siquiera, como ha podido creerse, la escusa de los celos maritales. Así es que se va perdiendo poco á poco desde la conquista de los tártaros, y ya de diez chinas apenas se encuentran tres que hayan sido sometidas desde su infancia á esa série de operaciones dolorosas que desfiguran el pie.

—No es posible que no haya carta hoy, dijo otra vez Le-u. Véalo usted, buena madre.

—Ya lo he visto, respondió muy irrespetuosamente Nan, que salió del cuarto gruñendo.

Le-u se puso entonces á trabajar para distraerse, aunque el trabajo le traia tambien á la memoria á Kin-Fo, porque estaba bordándole un par de zapatillas de tela cuya fabricacion está reservada casi únicamente á la mujer en las casas chinas, cualquiera que sea la clase á que pertenezca; pero en breve se le cayó la labor de las manos. Se levantó, tomó de una bombonera dos ó tres almendras que mordió entre sus finos dientes, despues abrió un libro el *Nushum*, código de instrucciones que debe leer habitualmente toda esposa honrada.

«Así como la primavera es la estacion mas favorable para el trabajo, el amanecer es el momento mas propicio para la labor del dia.

Levántate temprano y no te dejes dominar de los atractivos del sueño.

Cuida la morera y el cáñamo.

Hila con cuidado la seda y el algodon.

La virtud de las mujeres consiste en la actividad y en la economía.

Deja á los vecinos hacer tu elogio...»

En breve Le-u cerró el libro porque no pensaba en lo que leia.

—¿Dónde está? se preguntó. Ha debido ir á Canton. ¿Habrá vuelto á Shang-Hai? ¿Cuando llegará á Peking? ¿Le habrá ocurrido algo en el mar? ¡Protéjale la diosa Koanin!

Así decia la inquieta jóven. Despues sus ojos se fijaron distraidamente sobre un tapete hecho artísticamente de mil pedacitos de tela reunidos formando una especie de mosáico á la moda portuguesa donde estaban dibujados el pato mandarin y su familia, símbolo de felicidad. Despues se acercó á uno de los canastillos de flores y tomó una al acaso.

—¡Ah! dijo; no es esta la flor del sauco, emblema de la primavera, de la juventud y de la alegría: es el crisantemo amarillo, emblema del otoño y de la tristeza.

Para desechar la ansiedad que iba creciendo y apo-

(1) La fama de los grandes maestros se ha trasmitido hasta nosotros por medio de tradiciones, que no por ser anecdóticas dejan de llamar la atencion. Se dice, por ejemplo que en el siglo III un pintor llamado Tsao-Puh-Ying, habiendo concluido una pantalla para el emperador, se divirtió en pintar en ella acá y allá algunas moscas y tuvo la satisfaccion de ver á S. M. coger su pañuelo para espantarlas. No menos célebre fue Haum-Tse-Nen que floreció hacia el año 1000. Encargado de la pintura mural de una sala del palacio, pintó en ella varios faisanes; y habiendo llegado unos enviados extranjeros que llevaban de regalo alcones al emperador, al entrar en aquella sala, los alcones al ver los faisanes pintados, se lanzaron sobre ellos con mas detrimento de sus cabezas que satisfaccion de sus instintos voraces.

J. Thompson. (Viaje á China).

derándose de su espíritu, tomó su laud, recorrió las cuerdas con los dedos, y sus labios murmuraron las primeras palabras del canto de las *manos unidas*; pero no pudo continuar.

Sus cartas, esclamó, no se retrasaban tanto en otro tiempo. Las leia con el alma conmovida; ó bien, en vez de esas líneas que se dirigen tan solo á los ojos, era su voz la que solia oir; ese aparato me hablaba como si él hubiera estado cerca de mí.

Y Le-u miraba un fonógrafo que estaba en un velador de laca y que era en todo semejante al que usaba Kin-Fo en Shang-Hai. Ambos podian asi hablarse y oir mútuamente su voz, á pesar de la distancia que les separaba... pero aquel dia, como los anteriores, el aparato permanecia mudo y no comunicaba á Le-u los pensamientos del ausente.

En aquel momento entró la vieja diciendo:

—Aquí está esa carta.

Nan salió despues de haber puesto en manos de Le-u una carta con el sello de Shang Hai.

La jóven se sonrió y sus ojos brillaron vivamente; rompió con presteza el sobre sin tomarse tiempo para contemplarle como tenia de costumbre.

La cubierta no contenia carta ninguna, sino uno de esos papeles de ranuras oblícuas que ajustadas al aparato fonográfico reproducen todas las inflexiones de la voz humana.

—¡Ah! mas me gusta así, esclamó alegremente Le u. Le oiré por lo menos.

Colocó el papel sobre el cilindro del fonógrafo que por un movimiento de relojería comenzó á dar vueltas, y Le-u, aproximando su oido, oyó una voz muy conocida que decia:

«Hermanita menor: la ruina se ha llevado todas mis riquezas como el viento del Este se lleva las hojas secas del otoño. No quiero hacerte miserable asociándote á mi miseria. Olvida al hombre abrumado de diez mil desgracias.

Tu desesperado Kin-Fo.»

¡Qué golpe para la jóven! En adelante la esperaba una vida mas amarga que la amarga genciana. Sí, el viento del oro se llevaba sus ultimas esperanzas con la riqueza de aquel á quien amaba. El amor que Kin-Fo la tenia ¿habia volado para siempre? ¿No creia su amigo que la felicidad consistiera mas que en la riqueza? ¡Pobre Le-u! Parecia una cometa cuyo hilo se ha roto y que cae destrozada sobre el suelo.

Nan entró en el cuarto llamada por su señora, se encogió de hombros y la trasladó á su hang. Pero aunque este era una de esas camas estufas que se caldean artificialmente, pareció fria á la desgraciada Le-u. ¡Cuán largas le parecieron las cinco vísperas de aquella noche sin sueño.

CAPITULO VI.

EL CUAL DARA QUIZA AL LECTOR GANA DE HACER UNA VISITA A LAS OFICINAS DE LA «CENTENARIA.»

A la mañana siguiente Kin-Fo, cuyo desprecio de las cosas de este mundo no se desmentia un solo instante, salió de su casa y con paso igual bajó por la orilla derecha del torrente y al llegar al puente de madera que pone la concesion inglesa en comunicacion con la norte-americana, atravesó la corriente y se dirigió hacia una casa de hermosa apariencia levantada entre la iglesia de las Misiones y el consulado de los Estados-Unidos.

En la fachada de aquella casa se ostentaba una gran muestra de cobre en letras tumulares:

LA CENTENARIA.

Compañía de seguros sobre la vida.

Capital de garantía: 20 *millones de duros.*

Agente principal: WILLIAM J. BIDULPH.

Kin-Fo empujó la puerta, defendida por una mampara, y se encontró en un despacho dividido en dos partes por una sencilla balaustrada á la altura del brazo. Algunos estantes para legajos, libros con abrazaderas de nikel, una caja americana de secretos que se defendia por sí misma, dos ó tres mesas donde trabajaban los empleados de la agencia, y una complicada mesa de despacho reservada para el ilustre William J. Bidulph componian el mueblaje de aquella pieza que parecia pertenecer á una casa de la *calle Ancha* de Nueva-York (Broadway) mas que á un edificio construido á orillas del Wusung.

William J. Bidulph era el agente principal en China de la compañía de seguros contra incendios y sobre la vida, que tenia su residencia social en Chicago. *La Centenaria* (buen título que debia atraer á los clientes) famosa en los Estados-Unidos, tenia sucursales y representantes en las cinco partes del mundo, y hacia negocios enormes, merced á sus estatutos audaz y liberalmente redactados que la autorizaban á dar seguros contra toda clase de riesgos.

Asi los habitantes del Celeste Imperio comenzaban á seguir esas corrientes modernas de ideas que llenan las cajas de las compañías de este género. Gran número de casas chinas estaban aseguradas contra el incendio, y los contratos de seguros en caso de muerte con las múltiples combinaciones á que dan lugar, tenian muchas firmas chinas. Las placas de la *Centenaria* se veian en gran número en los dinteles de las puertas de Shang-Hai y tambien sobre las columnas del rico yamen de Kin-Fo. Este por consiguiente no llevaba la intencion de asegurar su posesion contra el incendio al visitar al ilustre William J. Bidulph.

—¿El señor Bidulph? preguntó al entrar.

William J. Bidulph estaba presente como un fotógrafo que opera por sí mismo, se encuentra siempre á la disposicion del público, y era un hombre de cincuenta años, correctamente vestido de negro, con frac, corbata blanca, toda la barba, menos los bigotes, y aire completamente americano.

—¿A quien tengo el honor de hablar? preguntó William J. Bidulph.

—Al señor Kin-Fo de Shang-Hai.

—Kin-Fo... uno de los asegurados en la *Centenaria*... póliza número veintisiete mil doscientos.....

—El mismo.

—¿En qué puedo servir á usted, caballero?

—Deseo hablar á usted particularmente, respondió Kin-Fo.

La conversacion entre los dos personajes debia ser tanto mas fácil cuanto que William J. Bidulph hablaba tan perfectamente el chino como Kin-Fo el inglés.

El rico cliente fue introducido con las consideraciones que le eran debidas en un gabinete cubierto de sordos tapices, cerrado con dobles puertas, donde habria podido conspirarse para derribar la dinastía de los Tsin, sin temor de ser oidos por los mas finos tipaos del Celeste Imperio.

—Caballero, dijo Kin-Fo, luego que se hubo sentado en una mecedora delante de una chimenea calentada con gas, desearia tratar con la compañía para asegurar á mi muerte el pago de un capital cuyo importe diré á usted en seguida.

—Nada mas sencillo, respondió William J. Bidulph. Con dos firmas, la de usted y la mia al pie de una póliza, quedará hecho el seguro despues de algunas formalidades preliminares. Pero permítame usted que le haga una pregunta. Supongo que tendrá usted el deseo, muy natural por otra parte, de no morir sino á una edad muy avanzada.

—¿Por qué razon? preguntó Kin-Fo. Por lo general el seguro sobre la vida indica en el asegurado el temor de una muerte próxima.

Kin Fo, con unas tijeras bien afiladas, cortó á Sun la punta de la coleta.

—¡Oh! dijo William J. Bidulph con gran serenidad, ese temor no existe jamás en los clientes de la *Centenaria*. Su mismo nombre lo indica. Asegurarse en su compañía es tomar patente de larga vida. Es muy raro que nuestros clientes no vivan por lo menos cien años... Muy raro... muy raro... Por su propio interés deberiamos quitarles la vida... Por eso hacemos tantos y tan grandes negocios. Así, pues, prevengo á usted que asegurarse en la *Centenaria* es tener casi la certidumbre de vivir cien años.

—¡Ah! dijo tranquilamente Kin-Fo, dirigiendo una mirada fria á William J. Bidulph.

El agente principal, serio como un ministro, no parecia dispuesto á chancearse.

—De todos modos, repuso Kin-Fo, deseo asegurarme por 200,000 duros.

—Capital, 200,000 duros, dijo William J. Bidulph escribiendo en un cuaderno aquella suma, cuya importancia no le hizo siquiera pestañear.

Ya sabe usted, añadió, que el seguro es nulo y todas las primas pagadas, cualquiera que sea su número, quedan á favor de la compañía, si la persona asegurada pierde la vida á manos del que debe obtener los beneficios del contrato.

—Lo sé.

—¿Y contra qué riesgos quiere usted asegurar su vida?

—Contra todos.

—¿Tambien los riesgos de viaje por tierra y por mar y los de residencia fuera de los límites del Celeste Imperio?

—Sí señor.

—¿Y los de una condenacion judicial?

—Sí señor.

—¿Y los de un desafío?

—Sí señor.

—¿Y los del servicio militar?

—Si señor.

—Entonces las primas serán bastante altas.

—Pagaré lo que sea necesario.

—Adelante.

—Pero, añadió Kin-Fo, hay otro riesgo muy importante del cual no he hablado á usted.

—¿Y cual es?

—¿Conoce usted á Deparcieux? preguntó J. Bidulph.

—El suicidio. Yo creia que los estatutos de la *Centenaria* autorizaban á asegurarse tambien contra los riesgos del suicidio.

—Es verdad, caballero, es verdad, respondió William J. Bidulph restregándose las manos. Esa es para nosotros una gran fuente de beneficios. Usted comprenderá que nuestros clientes son generalmente personas que aman la vida y los que por una prudencia exagerada se aseguran contra el suicidio no se matan jamás.

—No importa, respondió Kin-Fo. Por razones particulares deseo asegurarme tambien contra ese riesgo.

—Como usted guste; pero la prima será grande.

—Repito á usted que pagaré lo que sea preciso.

—Convenido. Decíamos, pues, añadió William J. Bidulph continuando sus notas en el cuaderno, riesgos de mar, de viaje, de suicidio...

—¿Y en estas condiciones qué prima tengo que pagar? preguntó Kin-Fo.

—Caballero, respondió el agente principal, nuestras primas están establecidas con una precision matemática que honra á la compañía. No se fundan como en otro tiempo en las tablas de Deparcieux... ¿Conoce usted á Deparcieux?

—No señor, no le conozco.

—Un notable profesor de estadística; pero ya antiguo... tan antiguo que ha muerto. En la época en que estableció sus famosas tablas, que sirven todavía para determinar la escala de primas de la mayor parte de las compañías europeas que están muy atrasadas, la vida media era inferior á lo que es ahora, gracias al progreso que se ha verificado en todos los ramos. Nosotros nos fundamos sobre una vida media mas elevada y por consiguiente mas favorable al asegurado que paga menos caro y vive mas tiempo.

—¿Pero cual es el importe de mi prima? preguntó de nuevo Kin-Fo, deseoso de poner término á la verbosidad del agente que no desperdiciaba ocasion de cantar las alabanzas de la *Centenaria*.

—Si no soy indiscreto deseo saber cuantos años tiene usted.

—Treinta y uno.

—Pues bien, á los treinta y un años si no se tra-

tase mas que de asegurar la vida de usted contra los riesgos comunes, pagaria en toda compañía un 2,83 por 100; pero en la *Centenaria* no pagaria mas que un 2,70: lo que importa anualmente para un capital de 200,000 duros 5,400 duros.

—¿Y en las condiciones que yo deseo? preguntó Kin-Fo.

—Asegurándose contra todo riesgo, incluso el suicidio...

—El suicidio sobre todo.

—En ese caso, dijo William J. Bidulph despues de haber consultado una tabla impresa en la última página de su cuaderno, no podemos asegurar á usted por menos de un 25 por ciento.

—¿Lo cual importa?...

—Cincuenta mil duros.

—¿Y en qué plazos debe entregarse esa suma?

—En un plazo, ó fraccionada por meses; á voluntad del asegurado.

—Es decir que los dos primeros meses importarian...

—Ocho mil trescientos treinta y dos duros, que si se entregan hoy, 30 de abril, darán á usted derecho á los beneficios de la compañía hasta el 30 de Junio del presente año.

—Me convienen esas condiciones, dijo Kin-Fo. Aquí tiene usted los dos primeros meses de la prima.

Y dejó sobre la mesa un gran legajo de papel moneda que sacó del bolsillo.

—Bien.... caballero.... muy bien, dijo William J. Bidulph. Pero antes de firmar la póliza hay que llenar una formalidad.

—¿Cual?

—Tiene usted que recibir la visita del médico de la compañía.

—¿Y para qué?

—Para saber si está usted sólidamente constituido, si no tiene ninguna enfermedad orgánica que abrevie su vida, y en fin, si da usted garantía de existencia.

—¿Y para qué? Pues ¿no aseguro la vida contra el duelo y aun contra el suicidio? observó Kin-Fo.

—Amigo mio, respondió William J. Bidulph sonriéndose, una enfermedad cuyo gérmen tuviera usted y que le llevara al sepulcro dentro de algunos meses, nos costaria 200,000 duros.

—Supongo que mi suicidio les costaria á ustedes lo mismo.

—¡Pse! respondió el amable agente tomando la mano de Kin-Fo y dándole suaves palmaditas en ella. Ya he tenido el honor de decir á usted que muchos clientes nuestros se aseguran contra el suicidio, pero que no se suicidan nunca. Además no nos está prohibido vigilarles, si bien lo hacemos con la mayor discrecion.

—¡Ah! dijo Kin-Fo.

—Añadiré una observacion que me es personal, á saber, que de todos los clientes de la *Centenaria* los que se aseguran contra el suicidio son los que pagan mas tiempo sus primas. Veamos, aquí para entre los dos. ¿Por qué se habia de suicidar el rico Kin-Fo?

—¿Por que se habia de asegurar?

—¡Oh! respondió William J. Bidulph, para tener la seguridad de vivir hasta una vejez muy avanzada como cliente de la *Centenaria*.

No habia medio de discutir con el agente principal de la célebre compañía; ¡estaba tan seguro de lo que decia!

—Y ahora, añadió, ¿en beneficio de quién se hace el seguro de los 200,000 duros? ¿A quién han de entregarse á la muerte de usted?

—A dos personas, respondió Kin-Fo.

—¿Por partes iguales?

—No; por partes desiguales. La una recibirá 50,000 duros y la otra 150,000.

—¿Quién debe recibir los 50,000 mil duros?

—El señor Wang.

—¿El filósofo Wang?

—El mismo.

—¿Y los 150,000 mil duros?

—La señora Le-u de Peking.

—¿De Peking? dijo William J. Bidulph, acabando de escribir los nombres de los interesados en el contrato. Despues dijo: ¿qué edad tiene la señora Le-u?

—Veintiun años, respondió Kin-Fo.

—¡Oh! esa jóven ya será vieja cuando llegue á recibir el importe de la suma asegurada.

—¿Por qué?

—Porque usted vivirá mas de cien años, amigo mio. En cuanto al filósofo Wang...

—Ese tiene 55 años.

—Pues bien, ese amable filósofo puede estar seguro de no recibir nada.

—Ya se verá.

—Caballero, respondió William J. Bidulph, si á los cincuenta años fuese yo heredero de un hombre de treinta y uno que debe morir centenario, no cometeria la inocentada de contar con semejante herencia.

—Buenos dias caballero, dijo Kin-Fo, dirigiéndose á la puerta del gabinete.

—Servidor de usted, respondió el ilustre William J. Bidulph que se inclinó ante el nuevo cliente de la *Centenaria*.

Al dia siguiente el médico de la compañía hizo á Kin-Fo la visita de reglamento y escribió su informe que decia: cuerpo de hierro, músculos de acero, pulmones como fuelles de órgano. Nada se oponia por consiguiente, á que la compañía tratase con un asegurado de salud tan robusta. Se firmó, pues, la póliza con aquella fecha por Kin-Fo en beneficio de la jóven viuda y del filósofo Wang, y por William J. Bidulph como representante de la compañía.

Ni Le-u, ni Wang, á no ser en circunstancias improbables, debian saber lo que acababa de hacer por ellos Kin-Fo antes del dia en que la *Centenaria* tuviera que entregar aquel capital, última generosidad del ex-millonario.

CAPITULO VII.

QUE SERIA MUY TRISTE SI NO TRATARA DE USOS Y COSTUMBRES PARTICULARES DEL CELESTE IMPERIO.

Por mas que pensara y dijera el ilustre William J. Bidulph la caja de la *Centenaria* estaba muy seriamente amenazada en sus fondos, porque el plan de Kin-Fo no era de aquellos que despues de reflexionados se aplazan indefinidamente. Arruinado del todo, habia resuelto concluir con su existencia, la cual aun en tiempo de su riqueza no le proporcionaba mas que tristezas y disgustos.

La carta que le habia dado Sun ocho dias despues de su llegada, procedia de San Francisco y anunciaba la suspension de pagos del Banco Central californiano. Ahora bien; el caudal de Kin-Fo se componia casi en totalidad de acciones de aquel Banco célebre tan sólido hasta entonces. Pero no habia fundamento para dudar: por inverosímil que pudiera parecer la noticia, desgraciadamente era cierta. La suspension de pagos del Banco Central de California habia sido confirmada por los periódicos recibidos en Shang-Hai. Se habia declarado en quiebra y Kin-Fo estaba completamente arruinado.

En efecto, fuera de las acciones de aquel Banco ¿qué le quedaba? Nada, ó casi nada. Su casa en Shang-Hai, cuya venta casi irrealizable no le hubiera dado suficientes recursos. Los ocho mil duros pagados á la caja de la *Centenaria*, algunas acciones de la compañía de barcos de Tien-Tsin que vendidas el

mismo dia le dieron apenas recursos para arreglar sus asuntos *in extremis*, era todo lo que le quedaba de su hacienda.

Un occidental, un francés, un inglés habria quizá emprendido filosóficamente una nueva existencia y procurado rehacer su caudal por medio del trabajo; pero un chino debia creerse con derecho para pensar y proceder de otra manera. Kin-Fo como verdadero chino queria salir del paso por medio de la muerte voluntaria sin escrúpulo de conciencia y con aquella indiferencia típica que caracteriza á la raza amarilla.

El chino no tiene mas que un valor pasivo; pero le posee en el mas alto grado. Su indiferencia respecto de la muerte es verdaderamenre extraordinaria: enfermo, la ve venir sin temor; sentenciado y entre las manos del verdugo, no manifiesta temor alguno; las ejecuciones públicas tan frecuentes en aquel país: la vista de los horribles suplicios que componen la escala penal en el Celeste Imperio han familiarizado desde su niñez á los Hijos del Cielo con la idea de abandonar sin sentimiento las cosas de este mundo.

Así no es estraño que en todas las familias el pensamiento de la muerte esté siempre pres nte á la imaginacion, forme el objeto de muchas conversaciones y se asocie á todos los actos ordinarios de la vida. El culto de los antepasados se encuentra hasta en las familias mas pobres. No hay una habitacion rica donde no esté reservado una especie de santuario doméstico, ni una cabaña por miserable que sea donde no haya un rincon consagrado á las reliquias de los abuelos, cuya fiesta se celebra en el segundo mes del año. Por eso en los mismos almacenes donde se venden cunas de niños y canastillas de boda, se encuentra un variado surtido de ataudes que forma un artículo corriente del comercio chino.

La compra de un ataud es en efecto uno de los constantes cuidados de los chinos. El mueblaje de una casa estaria incompleto si faltase el ataud. El hijo se cree en la obligacion de ofrecer uno en vida á su padre y ésta se tiene por una prueba delicada de ternura filial. Se deposita el ataud en una habitacion especial; se le adorna; se le cuida con frecuencia, y cuando ha recibido el despojo mortal, se le conserva durante largos años con piadoso esmero. En suma: el respeto á los muertos constituye el fondo de la religion china y contribuye á estrechar mas y mas los lazos de la familia.

Así, pues, Kin-Fo, mas que ningun otro á causa de su temperamento, debia contemplar con perfecta tranquilidad la idea de poner fin á sus dias. Habia asegurado la suerte de los dos séres á quienes tenia afecto: ¿qué podia temer ya? Nada. El suicidio no debia causarle remordimiento: lo que es un crímen en los paises civilizados del Occidente, no es sino un acto legítimo, por decirlo así, en la civilizacion extraña del Asia Oriental.

Kin-Fo habia tomado su partido y ninguna influencia habia que pudiera disuadirle de su proyecto, ni siquiera la del filósofo Wang.

Además éste debia ignorar absolutamente los designios de su discípulo y Sun no habia observado sino una cosa, y era que Kin-Fo desde su vuelta á Shang-Hai se mostraba mas tolerante con sus torpezas diarias.

Sun estaba por esto muy contento creyendo que no podria encontrar mejor amo, y su preciosa coleta se movia sobre su espalda con toda libertad y seguridadad.

Un proverbio chino dice:

«Para ser feliz en la tierra es necesario vivir en Canton y morir en Liao-Cheu.»

En Canton, en efecto, se encuentran todas las comodidades y opulencias de la vida, y en Liao-Cheu se hacen los mejores ataudes.

Kin-Fo no podia menos de comprar aquel mueble indispensable en la mejor casa, de manera que su lecho de reposo llegara á tiempo oportuno. Estar correctamente tendido en su ataud para el supremo sueño es el pensamiento constante de todo chino que sabe vivir.

Al mismo tiempo Kin-Fo mandó comprar un gallo blanco, que tiene, como es sabido, la propiedad de atraer los espíritus que revolotean en torno de un muerto y podrian apoderarse al paso de los siete elementos de que se compone un alma china.

Se ve, pues, que si el discípulo de Wang, el filósofo, se mostraba indiferente respecto de los pormenores de la vida, no lo era tanto respecto de los de la muerte.

Hechos estos preparativos, no le quedaba mas que redactar el programa de sus funerales. Tomó en el mismo dia un hermoso pliego de papel llamado papel de arroz, sin embargo de que el arroz no entra para nada en su elaboracion, y en él escribió sus últimas voluntades.

Depues de haber legado á la jóven viuda su casa de Shang-Hai y á Wang un retrato del Emperador Tai-ping, que el filósofo miraba siempre con cierta complacencia, además de los capitales asegurados en la *Centenoria*, trazó con mano firme el órden y el ceremonial que habian de observar los personajes que asistieran á sus exequias.

En primer lugar, á falta de parientes que no tenia, debian figurar á la cabeza de la comitiva algunos amigos que tenia todavía, todos vestidos de blanco, que es el color de luto en el Celeste Imperio. A lo largo de las calles hasta el sepulcro levantado hacia largo tiempo en la campiña de Shang-Hai, se formarian dos filas de criados de los que asisten á los entierros llevando diferentes atributos, como quitasoles azules, alabardas, manos de justicia, pantallas de seda, carteles con los pormenores de la ceremonia, estando todos estos criados cubiertos con una túnica negra y un cinturon blanco y llevando en la cabeza un gorro negro con penacho rojo. Detrás del primer grupo de amigos debia marchar un guia vestido de escarlata de piés á cabeza, tocando el gong y precediendo al retrato del difunto puesto en una especie de ataud ricamente adornado. Iria despues un segundo grupo de amigos encargados de desmayarse á intervalos regulares sobre almohadones preparados para el caso. En fin, un tercer grupo de jóvenes que marcharian debajo de un palio azul y oro, iria sembrando por el camino pedacitos de papel blanco agujereados como zapeques y destinados á distraer á los malos espíritus que pudieran tener intencion de unirse á la comitiva.

Despues vendria el catafalco, enorme palanquin tapizado de seda color violeta y bordado de figuras de dragones de oro, llevado en hombros de cincuenta lacayos y en medio de dos filas de bonzos. La voz de estos sacerdotes cubiertos de túnicas grises, rojas y amarillas, rezando las oraciones de los difuntos, alternaria con el sonido atronador de los gongs, el chillido de las flautas y el ruido estrepitoso de las trompetas de seis piés de longitud.

Por último, á la cola de la comitiva vendrian los coches de luto, cubiertos de paños blancos cerrando el convoy, cuyos gastos deberian absorber los últimos recursos del difunto. En suma: aquel programa no ofrecia nada de extraordinario. Por las calles de Canton, de Shang Hai ó de Peking, circulan muchos entierros de esta clase, en los cuales los chinos no ven mas que un homenaje natural tributado á la persona que ya no existe.

El 20 de octubre llegó de Liao-Cheu una caja dirigida á Kin-Fo en Shang Hai, la cual contenia cui-

Despues vendria el catafalco, llevado en hombros de cincuenta lacayos.

dadosamente colocado el ataud encargado para el funeral. Ni Wang, ni Sun, ni ninguno de los criados del yamen tenian motivo para extrañar aquella llegada porque, como hemos dicho, no hay ningun chino que no quiera poseer en vida el lecho en el cual le han de tender para siempre.

Aquel ataud, obra maestra del artista de Liao-Cheu, fue depositado en la sala de los antepasados. Allí, cepillado y cuidado con esmero, debia esperar largo tiempo, segun la opinion general, el dia en que el discípulo del filósofo Wang pudiera utilizarlo.... No pensaba lo mismo Kin-Fo. Sus dias estaban contados y se aproximaba la hora que debia relegarle entre los antepasados de la familia.

En aquella noche, en efecto, Kin-Fo habia resuelto definitivamente salir de esta vida.

Durante el dia llegó una carta de la desconsolada Le-u.

La jóven viuda ponia á disposicion de Kin-Fo lo poco que poseia. Las riquezas no eran nada para ella; sabria vivir pobre; le amaba. No necesitaba mas. ¿No podrian ser felices en una situacion mas modesta?

Aquella carta en que brillaban los sentimientos mas puros del afecto mas sincero, no modificó la resolucion de Kin-Fo.

—Solo mi muerte puede enriquecerla, dijo para sí.

Faltaba decidir dónde y cómo se consumaria el acto supremo. Kin-Fo experimentaba una especie de placer en arreglar estos pormenores y esperaba en el último momento tener alguna emocion, por pasajera que fuese, que hiciera palpitar su corazon.

En el recinto del yamen se levantaban cuatro kioskos adornados con toda el gusto que distingue el talento fantástico de los adornistas chinos. Tenian nombres significativos; se llamaban: el pabellon de la Felicidad, donde Kin-Fo no entraba nunca; el pabellon de la Riqueza, al cual no miraba sino con el mas profundo desprecio; el pabellon del Placer, cuyas puertas desde hacía largo tiempo estaban cerradas para él, y el pabellon de Larga vida, que habia resuelto mandar derribar.

A este último le llevó su instinto determinando encerrarse en él al anochecer para que por la mañana le encontrasen ya feliz en el seno de la muerte.

Decidido este punto, faltaba resolver el género de muerte que habia de darse. ¿Se abriria el vientre como un japonés? ¿Se ahorcaria como un epicúreo de la Roma antigua? No. Estos procedimientos tenian á su juicio algo de brutales y de poco atentos para con sus amigos y servidores. Uno ó dos granos de ópio mezclados con un veneno sutil bastarian para hacerle pasar de este mundo al otro sin sentirlo ó quizá en medio de uno de esos ensueños que transforman un pasajero dormir en un dormir eterno.

El sol comenzaba ya á bajar por el horizonte y Kin-Fo no tenia sino pocas horas de vida. Quiso ver por última vez la campiña de Shang-Hai y aquellas orillas del Huang-Pu por donde tantas veces habia paseado su aburrimiento. Solo y sin haber visto en aquel dia á Wang salió del yamen para volver á entrar despues y no volver á salir jamás.

Atravesó el territorio inglés, el puentecillo sobre el torrente y la concesion francesa con el paso indolente de costumbre sin apresurarle en aquella hora suprema. Siguió por el paseo á lo largo del puerto indígena y dió vuelta á la muralla de Shang-Hai, hasta la catedral católica romana cuya cúpula domina el arrabal del Sur. Allí torció á la derecha y subió tranquilamente por el camino que conduce á la pagoda de Lung-Hao.

Allí se encontró en una campiña plana y estensa que se desarrolla hasta las alturas sombrías que limitan el valle del Min, inmensa llanura pantanosa que la industria agrícola ha convertido en arrozales. Acá y allá una red de canales que se llenaban en la alta marea, algunas aldeas miserables cuyas cabañas de bambú estaban cubiertas de barro amarillo, dos ó tres campos de trigo en terrenos levantados y al abrigo de las aguas: tal era el espectáculo que tenia delante. Por los estrechos senderos de aquellos campos se veian gran número de perros, de cabritillos blancos, de patos y de gansos que huian cuando alguno pasaba junto á ellos y turbaba sus juegos.

Aquella campiña recientemente cultivada, cuyo aspecto no podia admirar á un indígena, habria atraido sin embargo la atencion y quizá suscitado la repulsion de un extranjero. En efecto, por todas partes se veian ataudes á centenares. Prescindiendo de los montecillos que cubrian definitivamente los cadáveres allí enterrados, por todos lados se veian pilas de cajas oblongas, pirámides de ataudes colocados como los ladrillos dispuestos para la construccion de un edificio. La llanura china en las inmediaciones de las ciudades no es mas que un vasto cementerio. Los muertos cubren el territorio lo mismo que los vivos. Se dice que está prohibido enterrar los ataudes mientras una dinastía ocupe el trono del Hijo del Cielo, y hay dinastías que duran siglos. Sea verdadera ó falsa esta prohibicion, lo cierto es que los cadáveres tendidos en sus ataudes pintados de vivos colores ú oscuros y modestos, los unos nuevos y los otros ya deteriorados, esperan durante años el dia de la sepultura.

Kin-Fo no podia estrañar aquel estado de cosas y por otra parte caminaba como un hombre que no mira nada de lo que le rodea, sin que atrajesen siquiera su atencion dos hombres vestidos á la europea que le habian seguido desde su salida del yamen y que no le perdian de vista manteniéndose á cierta distancia, siguiendo á Kin-Fo cuando andaba y deteniéndose cuando se detenia. A veces se dirigian mútuamente una mirada, ó dos ó tres palabras, y era indudable que estaban allí para espiar á Kin-Fo. Eran de mediana estatura, de unos treinta años de edad, ágiles y parecian dos perros de ojos vivos y piernas lijeras.

Kin-Fo, despues de haber andado como una legua por el campo, volvió piés atrás hácia las orillas del Huang-Pú.

Los dos sabuesos le siguieron.

Kin-Fo al volver encontró dos ó tres mendigos del aspecto mas miserable y les dió limosna.

Luego se cruzaron por su camino algunas mujeres chinas cristianas, de esas que han sido educadas para este oficio piadoso por las hermanas de la caridad francesas. Llevaba cada una un cuévano á la espalda y en él conducian á la Inclusa pobres niños abandonados. Se ha llamado, con justicia á estas mujeres las *traperas de niños;* y, en efecto, estos desgraciados no son más que trapos humanos arrojados á la calle.

Kin-Fo vació su bolsa en la mano de una de aquellas caritativas hermanas.

Los dos extranjeros parecieron muy sorprendidos de aquel acto por parte de un chino.

Llegó la noche; Kin-Fo, de regreso á Shang-Hai tomó el camino del muelle.

La poblacion flotante todavía no se habia entregado al sueño y por todas partes se oian gritos y cánticos.

Kin-Fo escuchó; tenia curiosidad de saber cuáles serian las últimas palabras que habia de oir.

Una jóven tankadera que conducia su sampan al través de las oscuras aguas del Huang-Pú, cantaba de esta manera:

Mi barca de colores
Está adornada
De mil y cien mil flores
En enramada.
No te detengas:
Dios abrevie el camino
Por donde vengas.

—Ese vendrá quizá mañana; ¿y dónde estaré yo mañana? pensó Kin-Fo moviendo la cabeza.

La jóven tankadera volvió á cantar:

Ausentóse, y mi mente
Se le imagina
Allá entre los manchúes
Fuera de China.
¡Ay qué tormento
Cuando le ví una noche
Salir del puerto!

Kin-Fo siguió escuchando, pero esta vez no dijo nada.

La tankadera continuó:

¿Quién á correr te obliga
Tras la fortuna
Cuando brilla en el cielo
De amor la luna?
Deja ilusiones:
Ven, que nos eche el bonzo
Las bendiciones.

—Sí, murmuró Kin-Fo, tal vez la riqueza no es el todo en este mundo; pero la vida no vale la pena de probarlo.

Media hora despues Kin-Fo entró en su casa. Los dos estranjeros, que le habian seguido hasta allí, tuvieron que detenerse.

Kin-Fo tranquilamente se dirigió hácia el kiosko de la Larga vida, abrió la puerta, la volvió á cerrar y se halló solo en una salita iluminada por la luz ténue de un farol de cristal esmerilado.

Sobre una mesa, hecha de un solo trozo de porcelana, se hallaba un cofrecito que contenia algunos granos de ópio mezclados con un veneno mortal,

cofrecillo que Kin-Fo tenia siempre á mano para algun caso estremo.

Tomó dos de aquellos granos, los introdujo en una de esas pipas de barro rojo que usan habitualmente los fumadores de ópio y despues se dispuso á encenderla.

—¡Y ni una sola emocion, esclamó, en el momento de dormirme para no despertar jamás!

Vaciló un instante.

—No, dijo arrojando la pipa que se rompió en el suelo; quiero tener esa suprema emocion, aunque no sea mas que la de la incertidumbre del momento de la muerte.... la quiero y la tendré.

Salió del kiosko y con paso mas apresurado que de ordinario, se dirigió al cuarto de Wang.

CAPITULO VIII.

DONDE KIN-FO HACE A WANG UNA PROPOSICION SÉRIA Y WANG LA ACEPTA NO MENOS SÉRIAMENTE.

El filósofo no se habia acostado todavía. Tendido sobre un divan leia el último número de la *Gaceta de Peking*. Sus cejas estaban fruncidas, lo cual indicaba que el periódico dirigia algunos cumplimientos á la dinastía reinante de los Tsin.

Kin-Fo empujó la puerta, entró en el cuarto se arrojó sobre un sillon y sin mas preámbulo dijo:

—Wang, vengo á pedirte un favor.

—¡Diez mil que quieras! respondió el filósofo arrojando el periódico oficial. Habla, habla, hijo mio, habla sin temor. Cualquiera que sea ese favor, yo te le otorgo de antemano.

—El que espero de tí, dijo Kin-Fo, es de aquellos que un amigo no puede hacer mas que una vez. Cuando me lo hayas hecho te perdono los 9999 restantes, y añado que no debes esperar que te dé las gracias.

—El mas hábil esplicador de las cosas inesplicables, no te entenderia. ¿De qué se trata?

—Wang, dijo Kin-Fo, estoy arruinado.

—¡Ah! esclamó el filósofo, con el tono de un hombre á quien dan una noticia que considera mas bien buena que mala.

—La carta que he encontrado á mi vuelta de Canton, añadió Kin-Fo, me comunica la noticia de que el Banco Central de California ha quebrado. Fuera de este yamen y de unos 1.000 duros con los cuales podria vivir uno ó dos meses, no me queda nada.

—¿Es decir, preguntó Wang, despues de haber mirado fijamente á su discípulo; es decir, que la persona que me habla no es ya el rico Kin Fo?

—No; es el pobre Kin-Fo, á quien por lo demás no asusta la pobreza.

—Bien respondido, hijo mio, dijo el filósofo levantándose. Esa respuesta me indica que no he perdido el tiempo ni el trabajo en enseñarte filosofía. Hasta aquí habias vegetado sin gustos, sin pasiones, sin luchas: de aquí en adelante vas á vivir. El porvenir ha cambiado, pero ¿qué importa? Confucio y el Talmud dicen que nunca suceden tantas desgracias como las que se temen. Vamos, en fin, á ganar nuestro arroz de cada dia. El *Nun-Shum* nos lo enseña: en la vida hay altos y bajos; la rueda de la fortuna da vueltas sin cesar, y el viento de la primavera es variable. Seas rico ó pobre, aprende á cumplir con tu deber.

Marchemos.

Y, en efecto, Wang, como filósofo práctico, estaba dispuesto á salir de la suntuosa habitacion.

Kin-Fo le detuvo.

—Ya he dicho que la pobreza no me espanta; pero, añado, que es porque no estoy dispuesto á sufrirla.

—¡Ah! dijo Wang; entonces quieres...

—Morir.

—¡Morir! respondió tranquilamente el filósofo. El hombre que está decidido á quitarse la vida, no dice nada á nadie.

—Ya me la habria quitado, repuso Kin-Fo con una calma que no cedia en nada á la del filósofo, si no hubiese querido que mi muerte me causara por lo menos una primera y última emocion. Por eso cuando iba á fumar uno de esos granos de ópio que tú sabes, mi corazon palpitaba con tanta tranquilidad, que he arrojado el veneno y he venido á buscarte.

—Querrás, sin duda, que muramos juntos, respondió Wang sonriéndose.

—No, dijo Kin-Fo; necesito que vivas.

—¿Para qué?

—Para que me mates con tu propia mano.

Al oir esta proposicion inesperada, Wang se quedó tan tranquilo como siempre; pero Kin-Fo, que le miraba bien á la cara, vió brillar un relámpago en sus ojos.

¿Se despertaba en él el instinto de los Tai Ping? ¿Cómo no vacilaba en encargarse de la comision que le daba su discípulo? ¿Habrian pasado por él diez y ocho años sin estinguir los instintos sanguinarios de su juventud? ¿No tendria inconveniente en matar al hijo del que le habia dado asilo? ¿Aceptaria sin vacilar el encargo de librarle de la existencia? Wang, el filósofo, ¿haria una cosa semejante?

Pero aquel relámpago se apagó al momento. Wang recobró su fisonomía ordinaria de hombre modesto, un poco, quizá, mas sério que de costumbre.

Volvió á sentarse, y dijo:

—¿Es ese el servicio que me pedias?

—Sí, dijo Kin-Fo; y con este servicio habrás recompensado todo lo que puedas creer que debes á Chung-Heu y á su hijo.

—¿Qué debo hacer? preguntó sencillamente el filósofo.

—De aquí al 25 de Junio, dia 28 de la sesta luna, en que cumpliré 31 años, debo haber cesado de vivir. Quiero que me mates por delante ó por detrás; de dia ó de noche; no importa dónde ni cómo; de pie, sentado, acostado, despierto, dormido; por medio del hierro ó por medio del veneno. Quiero que en cada uno de los 80.000 minutos que median hasta ese dia, ó lo que es lo mismo, de los 55 dias que faltan hasta el 25 de Junio, tenga yo el pensamiento, ó quizá el temor, de que mi vida va á concluir bruscamente. Quiero tener esas ochenta mil emociones: de suerte que, en el momento en que se separen los siete elementos de mi alma, pueda esclamar:—¡Al fin he vivido!

Kin-Fo, contra su costumbre, habia hablado con cierta animacion. Habia fijado en seis dias antes de espirar el plazo de su póliza el límite estremo de su existencia; y era obrar como hombre prudente, porque si no pagaba el nuevo plazo perderian sus herederos el derecho á los beneficios del seguro.

El filósofo le habia escuchado gravemente, dirigiendo á hurtadillas una rápida mirada al retrato del rey Tai-Ping que adornaba su cuarto, retrato que debia heredar, cosa que ignoraba todavía.

—¿No retrocederás ante la obligacion que vas á tomar de matarme? preguntó Kin-Fo.

Wang, con un gesto, indicó que no retrocederia. ¡Habia visto morir á tantos cuando militaba bajo las banderas de los Tai-Ping! Pero queriendo apurar todas las objeciones antes de comprometerse, añadió:

—Entonces renuncias á la probabilidad que el adivino te anunció de llegar á una estrema vejez.

—Renuncio.

—¿Sin sentimiento?

—Sin sentimiento, respondió Kin-Fo. ¡Vivir viejo, parecerse á un trozo de madera carcomido! Aunque

fuera rico no lo desearia; ¿cómo quieres que lo desee pobre?

—¿Y la viudita de Peking? dijo Wang. ¿Olvidas el proverbio, la flor con la flor, el sauce con el sauce. ¿La inteligencia de dos corazones forma una primavera de cien años?

—Sí, y trescientos años de otoño, de verano y de invierno, respondió Kin-Fo encogiéndose de hombros. No: Le-u, pobre, seria desgraciada conmigo. Por el contrario, mi muerte le asegura la riqueza.

—¿Le has asegurado la riqueza?

—Sí, y á tí mismo, Wang; tú tendrás 50.000 duros el dia que yo muera.

—¡Ah! dijo lacónicamente el filósofo: tienes respuesta para todo.

—Para todo; hasta para una objecion que no me has hecho todavía.

—¿Cuál?

—El peligro que podrias correr despues de mi muerte, de ser perseguido por asesinato.

—¡Oh! dijo Wang; solo los torpes y los cobardes se dejan prender. Por otra parte, ¿qué mérito habria en ese último servicio, si no me arriesgase á nada?

—Pero no quiero que te arriesgues, Wang. Prefiero darte la seguridad de que nadie pensará en molestarte.

Y diciendo esto Kin-Fo, se acercó á una mesa, tomó un pliego de papel, y con letra clara trazó las líneas siguientes:

«Me he dado la muerte voluntariamente, por disgusto y cansancio de la vida.

»Kin Fo.»

Y entregó el papel á Wang.

El filósofo le leyó al principio para sí; despues le leyó de nuevo en alta voz, y por último le dobló cuidadosamente y le puso en un cuaderno de notas que llevaba siempre consigo.

Durante este tiempo su mirada se iluminó con otro relámpago.

—En fin, dijo mirando fijamente á su discípulo, ¿hablas verdaderamente en sério?

—Y muy en sério.

—Pues yo tambien.

—¿Tengo tu palabra?

—La tienes.

—¿Es decir que antes del 25 de junio, lo mas tarde, habré cesado de vivir?

—No sé si habrás cesado de vivir, en el sentido que tú lo entiendes, respondió gravemente el filósofo; pero de seguro habrás muerto.

—Gracias. Adios, Wang.

—Adios, Kin-Fo.

Con esto Kin-Fo salió tranquilamente del cuarto del filósofo.

CAPITULO IX.

CUYA CONCLUSION, POR SINGULAR QUE SEA, NO SORPRENDERA QUIZA AL LECTOR.

—¿Qué hay, señores? preguntó al dia siguiente por la mañana el ilustre William J. Bidulph, á los señores Craig y Fry, agentes especialmente encargados de vigilar al nuevo cliente de la *Centenaria*.

—Le seguimos ayer, dijo Craig, durante todo el largo paseo que dió por la campiña de Shang-Hai.

—No parecia llevar intencion ninguna de matarse, añadió Fry.

—Cuando llegó la noche le escoltamos hasta su puerta.

—Por desgracia no pudimos entrar.

—¿Y esta mañana? preguntó William J. Bidulph.

—Hemos sabido que estaba tan firme...

—Como el puente de Palikao, añadió Fry.

Los agentes Craig y Fry, dos norte-americanos de pura sangre, dos primos al servicio de la *Centenaria*, no formaban mas que un sér en dos personas. Era imposible estar mas identificado uno con otro, que estaban estos dos personajes, hasta tal punto, que el uno concluia invariablemente las frases que el otro habia comenzado. Tenian el mismo cerebro, el mismo pensamiento, el mismo corazon, el mismo estómago, la misma manera de proceder en todo: eran cuatro manos, cuatro brazos, cuatro piernas y dos cuerpos fusionados; en una palabra, eran dos hermanos siameses, cuyo lazo de union hubiera cortado algun hábil cirujano.

—¿Es decir, preguntó William J. Bidulph, que todavía no han podido ustedes penetrar en la casa?

—Todavía... dijo Craig.

—No, concluyó Fry.

—Será difícil, observó el agente principal; pero es preciso intentarlo. Se trata de que la *Centenaria*, no solamente gane una prima enorme, sino que no pierda 200.000 duros. Así, pues, tenemos dos meses de vigilancia y quizá mas si nuestro cliente renueva su póliza.

—Hay un criado... dijo Cray.

—Que quizá podrá servirnos, añadió Fry.

—Para saber todo lo que pasa... continuó Cray.

—En la casa de Shang-Hai, concluyó Fry.

—Bien, dijo William J. Bidulph, seduciremos al criado. Cómprenle ustedes; debe gustarle la música de los taeles y taeles no faltarán, y aunque tengan ustedes que apurar las tres mil fórmulas de cortesía que tiene la etiqueta china, apúrenlas. Su trabajo no quedará sin recompensa.

—Haremos... dijo Craig.

—Lo posible, añadió Fry.

Y véase por qué razon Craig y Fry trataron de ponerse en relaciones con Sun. Ahora bien, Sun no era hombre que pudiese resistir al atractivo seductor de los taeles, ni tampoco á la oferta cortés de algunas copas de licores americanos.

Craig y Fry supieron, pues, por Sun, todo lo que tenian que saber, lo cual se reducia á esto:

¿Habia cambiado Kin-Fo en algo su manera de vivir?

No; el único cambio que se notaba, era que no castigaba á su fiel lacayo; que las tijeras estaban quietas, con gran ventaja de su trenza y que el róten se veia caer con menos frecuencia sobre sus espaldas.

¿Tenia Kin-Fo á su disposicion alguna arma destructora?

Tampoco, porque no pertenecia á la respetable clase, de los aficionados de esos instrumentos de muerte.

¿Qué tomaba en sus comidas?

Algunos platos, sencillamente preparados, que en nada se parecian á los que confecciona la fantástica cocina de los chinos.

¿A qué hora se levantaba?

A la quinta víspera, al salir el alba, al canto del gallo.

¿Se acostaba pronto?

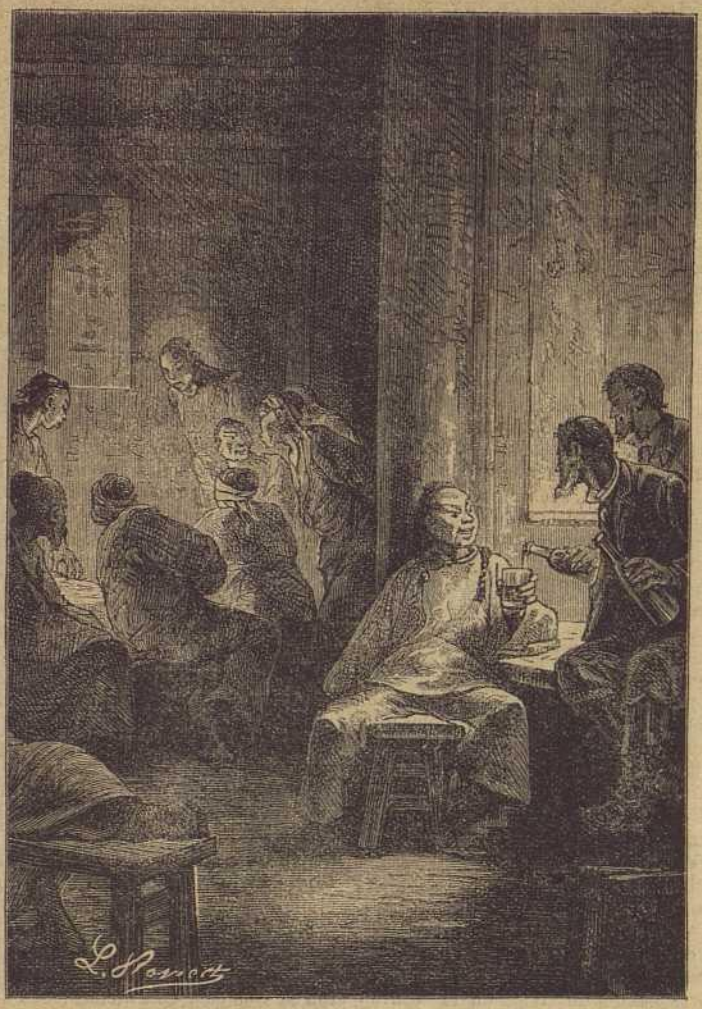
A la segunda víspera, segun la costumbre que siempre le habia conocido Sun.

¿Parecia triste, pensativo, aburrido, cansado de la vida?

No era realmente un hombre alegre. Sin embargo, desde hacia unos cuantos dias, parecia complacerse algo mas que antes en las cosas de este mundo. Sí: Sun le hallaba menos indiferente; parecia esperar alguna cosa; pero no le habia sido posible saber qué era lo que esperaba.

¿Tenia alguna sustancia venenosa de que poder echar mano?

No era probable, porque aquella misma mañana



Sun no podia resistir la oferta de algunas copas de licores americanos.

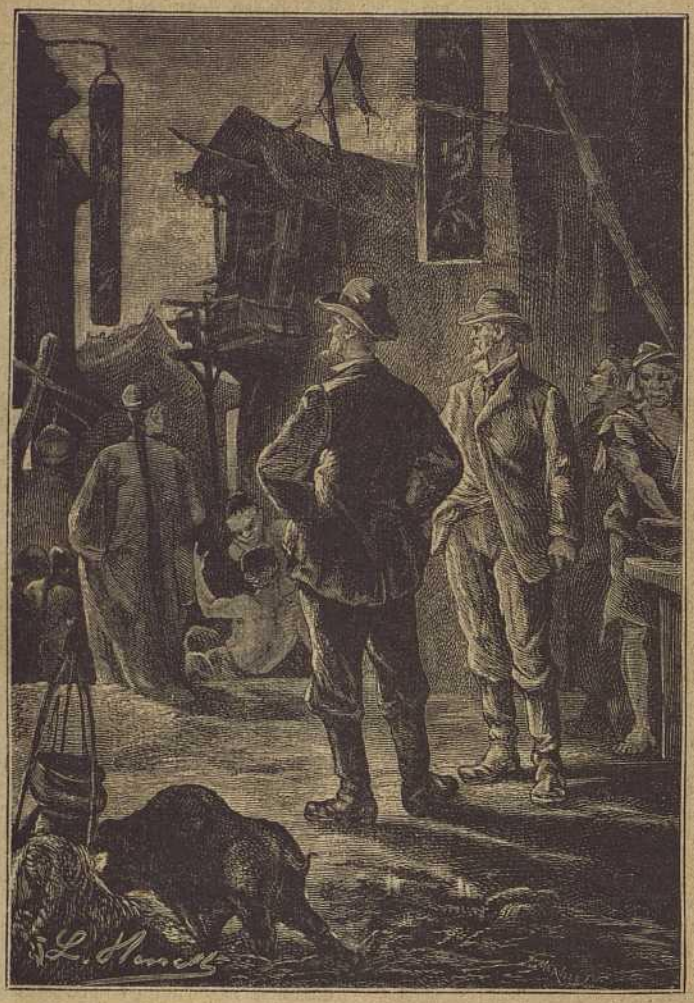
habia arrojado por órden suya al Huang-Pu una docena de globulillos, que debian ser cosa mala.

A la verdad, en esto no habia nada que pudiera alarmar al agente principal de la *Centenaria*. No: jamás habia parecido mas contento con la vida el rico Kin-Fo, cuya situacion no era conocida de nadie mas que de Wang. De todos modos, Craig y Fry continuaron informándose de todo lo que hacia su cliente y siguiéndole en sus paseos, porque era muy posible que no quisiera atentar á su vida en su propia casa. Así continuaron por algun tiempo; ellos siguiendo á Kin-Fo, y Sun hablando con tanto mas abandono, cuanto que tenia mucho que ganar con la conversacion de personas tan amables.

Seria exagerar demasiado decir que el héroe de esta historia se interesaba mas en vivir desde que habia resuelto quitarse la vida; pero durante los primeros dias á lo menos no se vió defraudada su esperanza de tener frecuentes emociones. Se habia puesto una espada de Damocles suspendida precisamente encima de su cabeza, y aquella espada debia un dia ú otro romperle el cráneo. ¿Seria aquel dia? ¿Seria el siguiente? ¿Seria por la mañana? ¿Seria por la tarde? Sobre todos estos puntos habia dudas, y de aquí las emociones de su corazon, nuevas para él.

Desde su última conversacion Wang y Kin-Fo se veian poco. El filósofo ó salia de casa con mas frecuencia que antes, ó permanecia encerrado en su cuarto. Kin-Fo no iba á buscarle; no era este su papel; ignoraba en que pasaba Wang el tiempo. Quizá estaba ocupado en prepararle una emboscada. Un antiguo Tai Ping deberia tener muchas maneras de despachar hombres. De aquí la curiosidad de Kin-Fo y por consecuencia un nuevo elemento de emociones.

Sin embargo, el maestro y el discípulo se encontraban casi diariamente á la misma mesa. Inútil es decir que no se hacia ninguna alusion á su situacion futura de asesino y asesinado. Hablaban de cosas indiferentes, pero poco. Wang, mas sério que de costumbre, apartaba de Kin-Fo sus ojos, imperfectamente ocultos detras del vidrio de sus gafas, y no conseguia disimular su estado de meditacion constante. Su buen humor, que le hacia antes tan comu-



Craig y Fry seguian obstinadamente á Kin-Fo, prontos á socorrerle en caso de necesidad.

nicativo, habia desaparecido y se habia puesto triste y taciturno. Su apetito, tan bueno en otro tiempo como el de todo filósofo que tiene buen estómago, habia desaparecido tambien; no escitaban su interés los manjares delicados, ni le seducia el vino de Chao-Chin.

En todo caso Kin-Fo procuraba tranquilizarle. Comia el primero de todos los platos y se creia obligado á no dejar retirar ninguno sin haberlo probado á lo menos. Consecuencia de esto era que Kin-Fo comia mas que de ordinario, que su paladar gastado esperimentaba algunas sensaciones, que tenia buen apetito y digeria fácilmente. De seguro el veneno no debia ser el arma elegida por el antiguo asesino Tai-Ping; pero su víctima no debia descuidarse en nada. Por lo demas, Kin-Fo daba á Wang toda clase de facilidades para consumar su obra; la puerta de su habitacion estaba siempre abierta, y el filósofo podia entrar dia y noche á herirle despierto ó durmiendo. Solo pedia una cosa, y era que su mano fuese rápida y le hiriese en el corazon.

Pero nada sucedió, y despues de las primeras noches Kin-Fo se habia habituado á esperar el golpe fatal, de tal suerte que dormia con el sueño del justo y todas las mañanas se despertaba sano y salvo. Aquello no podia continuar así. Ocurrióle que quizá repugnaba á Wang herirle en aquella casa donde tan hospitalariamente habia sido recibido y resolvió quitarle ese escrúpulo. Para ello se dió á pasear por el campo buscando los sitios mas solitarios, hallándose hasta la cuarta víspera en los barrios de peor fama de Shang-Hai, verdaderos antros de malhechores, donde se cometen todas las noches asesinatos con perfecta seguridad. Vagaba por aquellas calles estrechas y oscuras, tropezando con los borrachos de todas las naciones, solo, en las últimas horas de la noche, cuando los vendedores de pastillas de opio gritaban *mantú*, *mantú*, haciendo resonar su campanilla para avisar á los fumadores. No volvia á su casa sino al amanecer, y volvia salvo y vivo, sin haber visto siquiera á los dos inseparables Craig y Fry, que le seguian obstinadamente, prontos á socorrerle en caso de necesidad. Si las cosas continuaban de esa manera, Kin-Fo acabaria por acostumbrarse á su nueva existencia y

no tardaria en volver á su habitual aburrimiento.

¡Cuántas horas pasaban ya sin que le ocurriera la idea de que era un sentenciado á muerte!

Sin embargo, un dia, el 12 de mayo, la casualidad le proporcionó alguna emocion. Al entrar, sin hacer ruido, en el cuarto del filósofo, le vió que probaba con la yema del dedo la punta afilada de un puñal, y que enseguida le introducia en un frasco de cristal azul de apariencia sospechosa.

Wang no habia oido entrar á su discípulo, y despues que hubo humedecido el puñal, le blandió á un lado y á otro, como para cerciorarse de que tenia bien segura la mano. A la verdad, su fisonomía no era tranquilizadora; en aquel momento parecia que se le habia agolpado la sangre á los ojos.

—Hoy me mata, dijo para sí Kin-Fo.

Y se retiró discretamente sin haber sido visto ni oido.

En todo aquel dia no salió de su cuarto... pero el filósofo no se presentó.

Kin-Fo se acostó; pero á la mañana siguiente tuvo que levantarse tan vivo como puede estarlo un hombre bien constituido.

¡Cuántas emociones para nada!

Aquello iba siendo ya insoportable.

Diez dias habian trascurrido ya. Es verdad que Wang tenia dos meses para cumplir su palabra.

—Decididamente es un holgazan, dijo Kin-Fo. Le he dado dos veces mas tiempo del que necesita.

Y pensó que el antiguo Tai-Ping se habia debilitado en cierto modo á consecuencia de las delicias de Shang-Hai.

Desde aquel dia, sin embargo, Wang pareció mas agitado. Iba y venia por el yamen, sin poder estar quieto en ningun sitio. Observó que el filósofo hacia visitas reiteradas al salon de los antepasados, donde estaba el precioso ataud procedente de Liao-Chen y supo por Sun, no sin interés, que Wang habia recomendado mucho á los criados que frotaran, cepillaran y quitaran bien el polvo á aquel mueble; en una palabra, que le tuvieran en buen estado de servicio.

—¡Qué bien estará mi amo ahí! añadió el fiel servidor; casi da envidia de probarlo.

Observacion que valió á Sun una pequeña señal de benevolencia.

Asi pasaron los dias 13, 14 y 15 de mayo, sin que ocurriera nada nuevo.

¿Pensaba Wang aguardar al último dia del plazo y no pagar su deuda sino como un comerciante, al vencimiento y sin anticiparse? Pero entonces no habia sorpresa, y por consiguiente no habia emocion.

Un hecho muy significativo llegó á noticia de Kin-Fo en la mañana del 15 de mayo en el momento del mao-che, es decir, hácia las seis de la mañana.

La noche habia sido mala, y Kin-Fo al despertar se hallaba todavía bajo la impresion de un sueño desagradable.

El príncipe Yen, soberano juez del infierno chino, acababa de condenarle á no presentarse delante de él hasta que pasaran 1.200 lunas sobre el horizonte del Celeste Imperio. ¡Es decir, que tenia que vivir todavía un siglo!

Kin-Fo estaba, pues, de muy mal humor, porque parecia que todo conspiraba contra él. Así recibió de muy mal modo á Sun, cuando acudió como de ordinario para ayudarle á vestir.

—¡Vete al diablo! esclamó. ¡Que te sirvan de salario diez mil puntapies, animal!

—Pero amo mio...

—Vete.

—No puedo irme, dijo Sun, hasta que mi amo sepa...

—¿Qué?

—Que el señor Wang...

—¡Wang! ¿Qué ha hecho Wang? preguntó vivamente Kin-Fo, asiendo á Sun por la coleta. ¿Qué ha hecho?

—Mi amo, respondió Sun, el señor Wang, nos ha dado órden de trasladar el ataud del amo al pabellon de la Larga Vida...

—¿Ha dado esa órden? esclamó Kin-Fo radiante de alegría. Anda, Sun; anda, amigo mio, toma diez taeles para tí y que ejecuten en todas sus partes las órdenes de Wang.

Con esto Sun se separó de su amo, totalmente aturdido y repitiendo:

—Decididamente mi amo está loco; pero á lo menos tiene la locura generosa.

Aquella vez no habia duda para Kin-Fo. El Tai-Ping queria herirle en el pabellon de la Larga Vida, donde él mismo habia querido morir. Era como una cita que le daba; no faltaria á ella; la catástrofe era inminente.

¡Cuán largo le pareció aquel dia! El agua de los relojes no parecia correr con su movimiento normal. Las agujas se detenian en sus discos de porcelana. Al fin la primera víspera dejó desaparecer el sol bajo el horizonte y la oscuridad invadió todo el yamen.

Kin-Fo pasó á instalarse en el pabellon del cual esperaba no salir vivo y se tendió en un blando divan que parecia hecho para los largos descansos. Allí esperó el golpe que debia herirle.

Entonces acudieron á su memoria los recuerdos de su inútil existencia, su disgusto, su aburrimiento, todo lo que la riqueza no habia podido vencer, todo lo que la pobreza habria acrecentado.

Un solo resplandor iluminaba aquella vida, que en su período de opulencia no habia tenido atractivos para Kin-Fo, y era el afecto que tenia á la jóven viuda. Aquel afecto hacia palpitar su corazon en el momento de dejar la vida. Pero nunca haria á la pobre Le-u desgraciada obligándola á participar de su miseria.

La cuarta víspera, la que precede al nacimiento del alba y durante la cual parece que la vida universal está como suspendida, trascurrió para Kin-Fo entre las mas vivas emociones. Escuchaba ansiadamente; sus miradas querian penetrar la oscuridad; sus oidos trataban de sorprender el menor ruido, y mas de una vez creyó oir gemir la puerta empujada por una mano cautelosa; sin duda Wang esperaba encontrarle dormido y herirle durante su sueño.

Y entonces se verificaba en él una especie de reaccion. Temia y deseaba al mismo tiempo la terrible aparicion del Tai-Ping.

El alba blanqueó la altura del cénit al entrar la quinta víspera y el dia se fue presentando lentamente.

De pronto se abrió la puerta del salon.

Kin-Fo se levantó, habiendo vivido en este último segundo mas que durante su vida entera.

Sun era el que habia entrado y llevaba una carta en la mano.

—Muy urgente, dijo el criado.

Kin-Fo tuvo como un presentimiento. Tomó la carta, que llevaba el sello de San Francisco, rompió el sobre, la leyó rápidamente, y lanzándose fuera del pabellon de la Larga Vida, esclamó:

—¡Wang, Wang!

En un instante llegó al cuarto del filósofo y abrió bruscamente la puerta.

Wang no estaba allí. No habia dormido en la casa, y cuando los criados, escitados por los gritos de Kin-Fo, hubieron registrado todo el yamen, quedó demostrado que Wang habia desaparecido sin que nadie le viera y sin dejar noticias suyas.

CAPITULO X.

EN EL CUAL CRAIG Y FRY SON PRESENTADOS OFICIALMENTE AL NUEVO CLIENTE DE LA «CENTENARIA.»

—Sí, señor Bidulph; una simple maniobra de Bolsa, un golpe á la americana, dijo Kin-Fo al agente principal de la compañía de seguros.

El ilustre William J. Bidulph se sonrió como muy inteligente en estos asuntos.

—Bien hecha estuvo la jugada, dijo, porque todo el mundo cayó en el lazo.

—Incluso mi corresponsal, respondió Kin-Fo. La suspension de pagos era falsa, falsa la quiebra y falsa la noticia.

Ocho dias despues las cajas estaban abiertas para pagar á todo el mundo; el negocio estaba hecho; las acciones, que habian bajado un 80 por 100, habian sido vueltas á comprar á mas bajo precio por el Banco Central; y cuando se preguntó al director cuánto tocaria á los interesados percibir en la quiebra, contestó con aire amable: 175 por 100. Esto es lo que me ha escrito mi corresponsal en la carta que he recibido esta mañana misma en el momento en que creyéndome arruinado...

—¿Iba usted á atentar contra su vida? preguntó William J. Bidulph.

—No señor, respondió Kin-Fo, iba probablemente á ser asesinado.

—¡Asesinado!

—Con autorizacion mia escrita, asesinato convenido, jurado, y que les hubiera costado á ustedes...

—Doscientos mil duros, añadió William J. Bidulph, pues que estaban asegurados todos los casos de muerte. ¡Ah, señor Kin-Fo! mucho hubiéramos sentido su muerte de usted.

—¿Por el capital?

—Y tambien por los intereses.

William J. Bidulph tomó la mano de su cliente y la sacudió cordialmente á la americana.

—Pero no comprendo...

—Va usted á comprenderlo, dijo Kin-Fo.

Y entonces le refirió la especie de compromiso que mediaba entre él y un hombre en quien debia tener toda su confianza. Citó los términos de la carta que aquel hombre tenia en su bolsillo y que le ponia á cubierto de toda persecucion garantizándole la impunidad. Pero habia una cosa grave, y era que aquel hombre no hacia una promesa sin cumplirla y sostendria la palabra que habia dado.

—¿Ese hombre es un amigo? preguntó el agente principal.

—Sí señor, respondió Kin-Fo.

—Y entonces por amistad...

—Por amistad, ¿y quién sabe? tal vez por cálculo, porque le hice asegurar 50.000 duros á mi muerte.

—¡Cincuenta mil duros! esclamó William J. Bidulph; entonces es el señor Wang.

—El mismo.

—¡Un filósofo! Jamás consentirá...

Kin-Fo iba á responder:

—Ese filósofo es un antiguo Tai-Ping. Durante la mitad de su vida ha cometido mas asesinatos de los que bastarian para arruinar á la *Centenaria* si todos los asesinados hubieran sido clientes suyos. Desde hace diez y ocho años ha sabido poner freno á sus instintos feroces; pero hoy, cuando se le ofrece la ocasion y me cree arruinado y decidido á morir, y cuando por otra parte sabe que con mi muerte gana un capital bastante regular, no vacilará...

Pero no dijo nada de esto porque hubiera sido comprometer á Wang, á quien William J. Bidulph no hubiera dejado de denunciar al gobernador de la provincia como antiguo Tai-Ping. Aquella confesion hubiera salvado á Kin-Fo sin duda ninguna, pero hubiera perdido al filósofo.

—Pues bien, dijo el agente de la compañía de seguros, no hay mas que hacer que una cosa muy sencilla.

—¿Cuál?

—Avisar al señor Wang que queda deshecho el trato y recobrar esa carta importante que tiene en su poder.

—Eso es mas fácil de decir que de hacer, contestó Kin Fo, porque Wang ha desaparecido desde ayer y nadie sabe dónde está.

—¡Hum! dijo el agente principal perplejo.

Despues, mirando atentamente al asegurado, preguntó:

—Y ahora, amigo mio, ¿tiene usted todavia gana de morir?

—¡Pardiez! no señor, respondió Kin-Fo. La maniobra del Banco Central de California ha duplicado mi caudal, y lo que voy á hacer ahora es casarme. Pero no lo haré hasta haber encontrado á Wang ó hasta que haya trascurrido el plazo convenido entre los dos.

—¿Y cuándo concluye?

—El 25 de junio del presente año. Hasta entonces la *Centenaria* corre mucho peligro, y esta es la que debe adoptar sus medidas para evitarlo.

—Y para encontrar al filósofo, respondió el ilustre William J. Bidulph.

Paseóse el agente por algunos instantes con las manos cruzadas á la espalda y luejo dijo:

—Pues bien, le encontraremos. Daremos con ese amigo tan especial que sirve para todo, aunque estuviese oculto en las entrañas de la tierra. Hasta entonces defenderemos á usted contra toda tentativa de asesinato, como ya le defendimos contra toda tentativa de suicidio.

—¿Qué quiere usted decir? preguntó Kin-Fo.

—Que desde el 30 de abril en que firmó usted la póliza del seguro, han seguido sus pasos dos agentes mios observando cuanto usted hacia y espiando todos sus movimientos.

—No lo he notado.

—¡Oh! son personas muy discretas. Pido á usted permiso para presentárselas, ya que no tienen que ocultar sus acciones sino respecto del señor Wang.

—Los veré con mucho gusto, respondió Kin-Fo.

—Craig y Fry deben estar ahí, puesto que está usted aquí.

Y William J. Bidulph gritó:

—¡Craig-Fry!

Craig y Fry se hallaban detras de la puerta del gabinete particular. Habian seguido la pista del cliente de la *Centenaria* hasta su entrada en las oficinas y le esperaban á la salida.

—Craig-Fry, dijo entonces el agente principal, ya no tienen ustedes que defender á su precioso cliente contra sí mismo; pero es preciso que le defiendan durante toda la duracion de su póliza contra un amigo suyo, contra el filósofo Wang, que se ha comprometido á asesinarle.

Aquí los dos inseparables fueron puestos al corriente de la situacion; la comprendieron y la aceptaron. El rico Kin-Fo les pertenecia y no podria tener servidores mas fieles.

¿Qué partido tomar?

Habia dos cosas que hacer, como observó el agente principal: ó mantenerse cuidadosamente en la casa de Shang-Hai, de suerte que Wang no pudiera entrar en ella sin que Fry y Craig lo supieran, ó buscar por todos los medios al susodicho Wang y recogerle la carta, que debia ser tenida por nula y de ningun valor.

—El primer partido es inútil, respondió Kin-Fo. Wang sabria llegar hasta mí sin ser visto, pues que

—Mi amo está decididamente loco, dijo Sun alejándose del pabellon de la Larga Vida.

mi casa es la suya. Es preciso, pues, encontrarle á toda costa.

—Tiene usted razon, dijo William J. Bidulph. Lo mas seguro es buscar á Wang. Le buscaremos y le encontraremos.

—Muerto ó.. dijo Craig.

—Vivo, añadió Fry.

—No, vivo, esclamó Kin-Fo; no quiero que Wang se encuentre por un instante en peligro por causa mia.

—Craig y Fry, añadió William J. Bidulph, ustedes me responden de nuestro cliente durante setenta y siete dias. Hasta el 30 de junio próximo el señor Kin-Fo vale para nosotros 200.000 duros.

Con esto el cliente y el agente principal de la *Centenaria* se despidieron uno de otro, y diez minutos despues Kin-Fo, escoltado por sus dos guardias de corps, que no debian ya abandonarle un momento, volvió á entrar en el yamen.

Cuando Sun vió á Craig y Fry oficialmente instalados en la casa, no dejó de esperimentar algun disgusto, porque no teniendo ya nada que preguntarle ni él nada que responder, se habia secado la fuente de los taeles. Además, su amo, tomando ya mas interés en la vida, volvió á maltratar al perezoso lacayo. ¡Desgraciado Sun! ¿Qué hubiera dicho si hubiese sabido lo que le reservaba el porvenir?

El primer cuidado de Kin-Fo fue *fonografiar* á Peking, carrera de Cha-Cua, el cambio de suerte que le hacia mas rico que antes. La jóven oyó la voz del amante á quien creia perdido para siempre y que la volvia á decir mas ternezas: que pronto veria á su hermanita menor; que no pasaria la sétima luna sin que hubiera acudido á su lado para no separarse de ella nunca; pero que despues de no haber querido hacerla pobre, no queria tampoco correr el riesgo de dejarla viuda.

Le-u no entendió bien lo que significaba esta última frase; no entendió sino que recobraba su amante y que antes de dos meses se casarian.

Y aquel dia no hubo una mujer mas feliz que la jóven viuda en todo el Celeste Imperio.

En efecto, se habia verificado una completa reaccion en las ideas de Kin-Fo, cuatro veces millonario

desde la fructuosa maniobra del Banco Central californiano. Queria vivir y vivir bien: 20 dias de emociones le habian trasformado. Ni el mandarin Pao-Shen, ni el negociante Yin-Pang, ni Tim el vividor, ni Hual el letrado, habrian conocido en él al anfitrion indiferente que les habia dado su banquete de despedida en uno de los barcos-flores del rio de las Perlas. Wang, si hubiera estado allí, no habria dado crédito á sus propios ojos; pero habia desaparecido sin dejar rastro ninguno y no se presentaba en la casa de Shang-Hai. De aquí un gran cuidado para Kin-Fo y una ansiedad de todos los instantes para sus dos guardias de corps.

Ocho dias despues, el 24 de mayo, no habia ninguna noticia del filósofo, y por consiguiente ninguna posibilidad de buscarlo. En vano Kin-Fo, Craig y Fry habian registrado los territorios concedidos á los estranjeros, los bazares, los barrios sospechosos, los alrededores de Shang-Hai, y en vano los mas hábiles ti-paos de la policía se habian puesto en campaña. No habia sido posible encontrar al filósofo.

Entre tanto Craig y Fry, cada vez mas alarmados, multiplicaban sus precauciones. Ni de dia, ni de noche dejaban á su cliente. Comian á su mesa y dormian en su cuarto. Quisieron tambien obligarle á ponerse una cota de acero para evitar alguna puñalada y no comer mas que huevos pasados por agua que no podian ser envenenados.

Pero Kin-Fo, bueno es decirlo, les envió á pasear, porque no veia razon para que le encerraran durante dos meses en la caja de secretos de la *Centenaria* bajo el pretesto de que valia 200.000 duros.

Entonces William J. Bidulph, como hombre práctico, propuso á su cliente restituirle la prima que habia pagado y anular la póliza del seguro.

—Lo siento mucho, respondió Kin-Fo; pero el negocio está hecho y ustedes sufrirán las consecuencias.

—Adelante, contestó el agente principal consintiendo en lo que no podia impedir. Tiene usted razon: nunca estará usted mejor guardado que por nosotros.

—Ni á precio mas barato, respondió Kin-Fo.

CAPITULO XI.

EN EL CUAL SE VE Á KIN-FO CONVERTIDO EN EL HOMBRE MAS CÉLEBRE DEL CELESTE IMPERIO.

Continuando Wang invisible, Kin-Fo comenzó á disgustarse de aquella vida que le reducia á la inaccion, cuando deseaba á toda costa correr tras el filósofo. ¿Pero cómo lo hubiera podido hacer cuando Wang habia desaparecido sin dejar rastro de sí?

Aquella complicacion no dejaba de alarmar tambien al agente principal de la *Centenaria*. Despues de haber pensado que todo aquello no seria grave; que Wang no cumpliria su promesa; que aun en la escéntrica sociedad norte-americana no se tendrian tales caprichos, le ocurrió que nada era imposible en aquel estraño país que se llama Celeste Imperio, y en breve fue del parecer de Kin-Fo, á saber: que si no se lograba encontrar al filósofo, éste cumpliria inevitablemente la palabra que habia dado. Su desaparicion indicaba el proyecto de poner en ejecucion el convenio en el momento en que su discípulo menos lo esperase, hiriéndole como un rayo en el corazon con mano rápida y segura. Hecho esto, despues de haber puesto la carta sobre el cadáver de su víctima, acudiria tranquilamente á las oficinas de la *Centenaria* á reclamar su parte de capital asegurado.

Era, pues, preciso avisar á Wang, y no se le podia avisar directamente.

El ilustre William J. Bidulph pensó emplear los medios indirectos por medio de la prensa. A los pocos dias se enviaron anuncios á todas las gacetas chinas y telegramas á los diarios estranjeros de los dos mundos.

El *Ching-Pao*, Gaceta oficial de Pekin, los periódicos redactados en chino en Shang-Hai y en Hong-Kong y los mas célebres de Europa y de las dos Américas reprodujeron muchas veces la nota siguiente:

«Se ruega al señor Wang, de Shang-Hai, que considere como nulo y de ningun valor el convenio que tiene hecho con el señor Kin-Fo con fecha de dos de mayo último, pues que el dicho señor Kin-Fo no tiene mas que un solo y único deseo, el de morir centenario.»

Este estraño anuncio fue seguido en breve de este otro, mucho mas práctico todavía:

«Dos mil duros, ó sean 1.300 taeles, á quien dé noticia á William J. Bidulph, agente principal de la *Centenaria* en Shang-Hai, de la residencia actual del señor Wang, vecino de dicha ciudad.»

No podia ocurrirse á nadie que el filósofo hubiera salido á viajar por el mundo durante los cincuenta y cinco dias que se le habian dado para cumplir su promesa; lo probable era que estuviese oculto en los alrededores de Shang-Hai para poder aprovechar cualquiera ocasion, pero el ilustre William J. Bidulph creia que todas las precauciones que se tomasen eran pocas.

Así pasaron muchos dias sin que la situacion se modificase; pero los multiplicados anuncios reproducidos con profusion bajo la forma familiar á los americanos: WANG, WANG, WANG, por una parte; KIN-FO, KIN-FO, KIN-FO, por la otra, acabaron por llamar la atencion pública y escitar la risa general.

Todo el mundo se reia de estos anuncios, hasta en las provincias mas remotas del Celeste Imperio.

—¿Dónde está Wang?

—¿Quién ha visto á Wang?

—¿Dónde vive Wang?

—¿Qué hace Wang?

¡Wang, Wang, Wang! gritaban los chinitos en las calles, y estas preguntas se hacian los chinos en todas partes.

Kin-Fo, el digno chino cuyo deseo era llegar á ser centenario y que pretendia competir en longevidad con el célebre elefante que cumplia precisamente el vigésimo lustro en los imperiales establos de Peking, no podia tardar en hallarse enteramente á la moda.

—¿Qué tal? ¿El señor Kin-Fo sigue avanzando en edad?

—¿Cómo se encuentra? ¿Hace buena digestion? ¿Le veremos vestir la túnica amarilla de la ancianidad (1)?

Con estas palabras de zumba se saludaban los mandarines civiles ó militares, los negociantes en la Bolsa, los mercaderes en sus mostradores, los hombres del pueblo en las calles y en las plazas, y los bateleros en sus ciudades flotantes.

Son muy alegres y muy cáusticos los chinos, y hay que reconocer que habia materia para chistes. De aquí los dichos agudos de todas clases y hasta las caricaturas que traspasaban los muros de la vida privada.

Kin-Fo tuvo el disgusto de verse obligado á sufrir los inconvenientes de aquella celebridad singular. Llegaron hasta ponerle en canciones con la música de Man-Chang-hung, el viento que sopla entre los sauces. Apareció tambien un folleto que le ponia en escena con el título de las *Cinco vísperas del centenario*. ¡Qué título para atraer lectores y qué despacho hubo del folleto á tres zapeques el ejemplar!

(1) Todo chino que llega á los ochenta años tiene derecho para llevar una túnica amarilla. El amarillo es el color de la familia imperial, y la túnica de este color es una honra que se tributa á la ancianidad.

Si Kin-Fo se disgustaba de todo aquel ruido que se hacia en torno de su nombre, William J. Bidulph por el contrario se alegraba infinito; sin embargo, Wang continuaba oculto á todas las miradas. Las cosas fueron de este modo tan lejos, que la situacion de Kin-Fo se hizo insostenible. Si salia de casa, una comitiva inmensa de chinos de todas edades y de todos sexos le acompañaba por las calles, por los muelles y hasta por los territorios estranjeros y por el campo. Si no salia, una multitud de grupos de gente alegre y de la peor especie se formaba á la puerta del yamen.

Todas las mañanas tenia que salir al balcon de su cuarto, á fin de demostrar que sus cuidados no le habian tendido prematuramente en el ataud del kiosko de la Larga Vida. Las *Gacetas* publicaban maliciosamente un boletin de su salud con comentarios irónicos, como si hubiera pertenecido á la dinastía reinante de los Tsing. En suma, habia llegado á ser un personaje enteramente ridículo.

Asi un dia, el 31 de mayo, el desgraciado Kin-Fo visitó al ilustre William J. Bidulph y le manifestó su intencion de salir inmediatamente de Shang-Hai porque estaba harto de aquella ciudad y de sus habitantes.

—Quizá nos exponemos á mayores riesgos, observó justamente el agente principal.

—Poco me importa, respondió Kin-Fo; tome usted sus precauciones.

—¿Pero dónde quiere usted ir?

—A cualquiera parte.

—¿Y dónde va usted á detenerse?

—En ninguna parte.

—¿Y cuándo volverá usted?

—Nunca.

—¿Y si tengo noticias de Wang?

—Vaya Wang al diablo. ¡Qué estupidez la mia haberle dado aquella carta!

En el fondo Kin-Fo tenia el mas vivo deseo de encontrar al filósofo porque le comenzaba á irritar profundamente que su vida estuviera en manos de otro y no podia resignarse á esperar todavía un mes en semejante situacion. El cordero se convertia en perro rabioso.

—Pues bien, viaje usted por donde quiera, dijo William J. Ridulph: Craig y Fry le seguirán á donde vaya.

—Como usted guste, respondió Kin-Fo; pero le prevengo que tendrán que correr.

—Correrán, amigo mio, correrán; tienen buenas piernas.

Kin-Fo entró en el yamen y sin perder un instante hizo sus preparativos de viaje.

Sun, con gran disgusto suyo porque no le agradaban los viajes, debia acompañar á su amo; pero no se atrevió á hacer ninguna observacion por no perder una parte de su importante coleta. En cuanto á Craig y Fry, como verdaderos norte-americanos, estaban siempre prontos á marchar aunque fuese al fin del mundo. No hicieron mas que una pregunta.

—¿A dónde?...., dijo Craig.

—¿Vá usted? añadió Fry.

—Primero á Nan-King, y despues al diablo.

La misma sonrisa apareció simultáneamente en los labios de Craig y de Fry. ¡Qué gusto para ambos! ¡Al diablo! Nada podia agradarles mas. No necesitaban mas que el tiempo preciso para despedirse del ilustre William J. Bidulph y de ponerse un trage chino que atrajera menos la atencion hácia sus personas durante el viaje al través del celeste imperio.

Una hora despues Craig y Fry, con sus respectivos sacos de noche y sus rewolvers en el cinturon, volvieron al yamen. Al anochecer Kin-Fo y sus compañeros salieron ocultamente del puerto norte-americano y se embarcaron en el vapor que hace el servicio entre Shang-Hai y Nan-King. La travesía es puramente un paseo; en menos de doce horas, aprovechando el reflujo del mar, pudieron subir por el camino del rio Azul hasta la antigua capital de la China meridional.

Durante el trayecto Craig y Fry se esmeraron en servir á su precioso Kin-Fo, no sin haber reconocido préviamente el rostro de todos los viajeros. Conocian al filósolo. ¡Qué habitante de las tres concesiones estranjeras no conocia aquella cara bondadosa y simpática! Y se cercioraron de que no habia podido seguirles á bordo. Tomada esta precaucion, redoblaron sus atenciones de cada instante hácia el cliente de la *Centenaria*, tocando primero con la mano los sitios en que se apoyaba, probando con el pie las pasaderas donde á veces se ponia, llevándole lejos de las chimeneas cuyas calderas les parecian sospechosas, procurando que no se expusiera al viento frio de la noche y no se resfriara con la humedad, vigilando porque las claraboyas de su cámara estuvieran herméticamente cerradas, riñendo á Sun que nunca estaba en su puesto cuando su amo le llamaba, reemplazándole en caso de necesidad para servir el té y los bollos de la primera víspera, y en fin, acostándose á la puerta de su cámara vestidos y con el cinturon de salvamento al lado, prontos á socorrerle si por explosion ó colision el vapor venia á hundirse en las profundidades del rio. Pero ningun accidente ocurrió que pudiera poner á prueba el valor y la adhesion sin límites de Fry y Craig. El vapor bajó rápidamente por el Wusung, desembocó en el Yang-Tse-Kiang, ó rio Azul, costeó la isla de Tsang-Ming, pasó los faros de U-su y el 1.° de junio por la mañana dejó sanos y salvos sus pasajeros en el muelle de la antigua ciudad imperial.

Gracias á los dos guardias de corps, la coleta de Sun no se habia disminuido en una línea durante su viaje. El perezoso criado hubiera hecho muy mal, por consiguiente, en quejarse.

No sin motivo se habia detenido Kin-Fo en Nan-King, porque allí pensaba obtener algun indicio del filósofo.

Wang, en efecto, habia podido ser atraido por sus recuerdos á aquella desgraciada ciudad principal, centro de la rebelion de los Tai-Ping. ¿No habia sido ocupada y defendida por un modesto maestro de escuela, por aquel temible Rong-Sien-Tsien, que llegó á ser emperador de los Tai-Ping y tuvo por tan largo tiempo en jaque á la autoridad machú? ¿No era en esta ciudad donde habia proclamado la era nueva de la Gran Paz? ¿No fue allí donde se envenenó en 1864 para no caer vivo en manos de sus enemigos? ¿No fue en medio de las ruinas de la ciudad incendiada donde se sacaron sus huesos de la tumba y se arrojaron como pasto á los animales mas viles? ¿Y no fue, en fin, en aquella provincia donde fueron muertos en tres dias cien mil antiguos compañeros de Wang?

Era, pues, posible que el filósofo, acometido de una especie de nostalgia desde el cambio que habia ocurrido en su situacion, se hubiera refugiado en aquellos sitios llenos de recuerdos personales. Desde allí, en pocas horas podia volver á Shang-Hai para cumplir su promesa.

Por eso Kin-Fo se habia dirigido al principio á Nan-King y quiso detenerse en aquella primera etapa de su viaje. Si encontraba á Wang, todo habria concluido y saldria de aquella absurda situacion, y si no le encontraba, continuaria sus peregrinaciones por el Celeste Imperio hasta que, pasado el plazo, no tuviera ya nada que temer de su antiguo maestro y amigo.

Acompañado de Craig y Fry y seguido de Sun, se instaló en una fonda situada en uno de aquellos

barrios medio despoblados, alrededor de los cuales se estienden, como en un desierto las tres cuartas partes de la antigua capital.

—Viajo con el nombre de Kin-Nan, se contentó con decir á sus compañeros, y quiero que jamás se pronuncie mi nombre verdadero bajo ningun pretesto.

—Ki..., dijo Craig.

—Nan, acabó de decir Fry.

—Ki-Nan, repitió Sun.

Ya se comprenderá que Kin-Fo que queria evitar los inconvenientes de la celebridad en Shang-Hai, no habia de pensar en arrostrarlos en su camino. Por lo demás, nada habia dicho á Fry ni á Craig de la presencia posible del filósofo en Nan-King, porque aquellos agentes meticulosos hubieran desplegado un lujo de precauciones justificadas por el valor peculiar de su cliente; pero que á este le habrian disgustado mucho. En efecto, si hubieran viajado por un pais sospechoso y con un millon cada uno en el bolsillo no se habrian mostrado mas prudente; pero al fin y al cabo, ¿no era un millon de pesetas lo que la *Centenaria* habia confiado á su custodia?

El dia entero se pasó en visitar los barrios, las plazas y las calles de Nan-King. De la puerta del Oeste á la del Este, del Norte al Mediodia, fue recorrida rápidamente. Kin-Fo caminaba á paso largo hablando poco y murmurando mucho.

No vieron ningun rostro sospechoso en los canales, frecuentados por el grueso de la poblacion, ni en las calles, cubiertas de losas perdidas entre los escombros y ya invadidas por plantas silvestres; no se vió ningun estranjero errar bajo los pórticos de mármol medio destruidos entre los lienzos de paredes calcinadas que marcan el sitio que ocupó el palacio imperial, teatro de aquella lucha suprema, donde Wang sin duda habia resistido hasta el último momento. Nadie trató de evitar el encuentro de nuestros visitantes, ni alrededor del yamen de los misioneros católicos á quienes los habitantes de Nan-King quisieron asesinar en 1870, ni en la fábrica de armas nuevamente construida con los indestructibles ladrillos de la célebre torre de porcelana que los Tai-Ping habian esparcido por el suelo.

Kin-Fo, que parecia incansable, continuaba caminando seguido de sus dos acólitos tambien infatigables, y á mucha mas distancia por el infortunado Sun, poco acostumbrado á aquel género de ejercicio. Al fin salieron por la puerta del Este y se aventuraron por la campiña desierta.

A cierta distancia de la muralla se abria una calle de árboles interminable que tenia á uno y otro lado enormes animales de granito.

Kin-Fo la siguió con un paso mas rápido todavía.

Al estremo de aquella calle habia un pequeño templo y detrás se levantaba un túmulo alto como una colina bajo el cual reposaban los restos de Rong-U, el bonzo hecho emperador, uno de aquellos audaces patriotas que cinco siglos antes habian luchado contra la dominacion estranjera. ¿Habria venido el filósofo á meditar sobre aquellos gloriosos recuerdos que evocaba la tumba donde descansaba el fundador de la dinastía de los Ming?

El túmulo estaba desierto y el templo abandonado, sin mas guardias que aquellos colosos apenas bosquejados en el mármol y aquellos animales fantásticos que habia á uno y otro lado de la calle.

Pero sobre la puerta del templo Kin-Fo observó, no sin emocion, algunos signos escritos por mano de hombre. Se acercó y vió estas tres letras:

W. K-F.

Wang, Kin-Fo. No habia duda ninguna: el filósofo habia pasado por allí últimamente.

Kin-Fo, sin decir nada, miró y buscó por todas partes... no habia nadie.

Por la noche los cuatro volvieron á la posada, y á la mañana siguiente salieron de Nan-King.

CAPITULO XII.

EN EL CUAL KIN-FO, SUS DOS ACÓLITOS Y SU CRIADO SE VAN POR ESOS MUNDOS.

¿Quién es ese viajero que corre por todos los grandes caminos fluviales ó terrestres, por todos los canales y todos los rios del Celeste Imperio? Viaja continuamente sin saber el dia antes dónde estará al otro dia; atraviesa las ciudades sin verlas y no se detiene en las fondas ó en las posadas sino para dormir algunas horas, ni en las casas de comidas mas que para tomar algun alimento rápidamente. No le importa el dinero; le prodiga y le gusta sin temor para activar su marcha.

No es un negociante que se ocupa en sus tratos; no es un mandarin encargado por el ministro de alguna comision urgente é importante; no es un artista que contempla las bellezas de la naturaleza; no es un letrado ni un sabio que va en busca de antiguos documentos encerrados en los conventos de bonzos ó de lamas de la antigua China; no es un estudiante que se dirige á la pagoda de los Exámenes para conquistar sus grados universitarios, ni un sacerdote de Budha que corre la campiña para inspeccionar los altarcillos rústicos erigidos entre las raicillas del bambonero sagrado, ni un peregrino que va á cumplir algun voto á una de las cinco montañas santas del Celeste Imperio.

Es el falso Kin-Fo acompañado de Craig y Fry siempre alerta y seguido de Sun cada vez mas fatigado. Es Kin-Fo, en esa estraña disposicion de ánimo que le impulsa á evitar y á buscar á la vez al invisible Wang. Es el cliente de la *Centenaria* que busca en el movimiento incesante el olvido de su situacion y quizá una garantía contra los peligros desconocidos de que está amenazado. El mejor tirador suele errar el blanco si éste se encuentra siempre en movimiento, y Kin-Fo quiere ser el blanco que no se inmoviliza jamás.

Habia tomado en Nan-King uno de esos vapores americanos rápidos, grandes hoteles flotantes que hacen el servicio del rio Azul. Sesenta horas despues desembarcaba en Ran-Keu sin haber admirado siquiera aquella estraña roca llamada el Huerfanito que se levanta en medio de la corriente de la Yang-Tse-Kiang y que está audazmente coronada por un templo servido por los bonzos.

En Ran-Keu situada en la confluencia del rio Azul y de su importante tributario el Ran-Kiang (1) no se detuvo sino medio dia. Allí tambien habia ruinas inmensas que recordaban el paso de los Tai-Ping; pero ni en aquella ciudad comercial, que á decir verdad no es mas que una dependencia de la prefectura de Ran-Yang-Fu construida á la orilla derecha del afluente, ni en U Chang-Fu, capital de la provincia de Ru-pé, situada en la orilla derecha del rio, habia huellas del paso de Wang, ni siquiera habia puesto las terribles letras que Kin Fo habia encontrado en Nan-King en la tumba del bonzo coronado.

Si Craig y Fry pensaron alguna vez que de aquel viaje por China sacarian algun provecho para conocer las costumbres ó tomar alguna idea de las ciudades, pronto se desengañaron. Les hubiera faltado hasta el tiempo para tomar notas y sus impresiones habrian quedado reducidas á nombres de ciudades y aldeas y á saber á cuántos estaban del mes. Pero no eran ni curiosos, ni habladores No conversaban jamás entre sí. ¿Para qué? Lo que Craig pensaba, lo pensaba tambien Fry; la conversacion entre los dos

(1) En la China meridional los rios están indicados por la terminacion Kiang, y en la septentrional por la terminacion Ro.

Kin-Fo se acercó á la puerta del templo de la Larga Vida y vió escritas tres letras.

habria sido un monólogo. Por consiguiente no observaron, ni observó tampoco su cliente, la doble fisonomía que presenta la mayor parte de las ciudades chinas, muertas en el centro, pero vivas y animadas en los arrabales. Apenas en Ran-Keu notaron el barrio europeo de calles anchas y tiradas á cordel de habitaciones elegantes y de paseos sembrados de grandes árboles que se estienden á orillas del rio Azul. No tenian ojos mas que para ver un hombre y precisamente aquel hombre era invisible.

El vapor, gracias á la crecida que habia levantado las aguas del Ran-Kuang, podia subir por este afluente hasta unas 130 leguas mas ó sea hasta Lav-Ro-Keu.

Kin-Fo no era hombre que abandonase aquel género de locomocion que le agradaba; al contrario, pensaba ir hasta el punto en que el Ran-Kiang cesara de ser navegable; y mas allá ya veria lo que hubiera de hacerse. Craig y Fry por su parte preferian aquella navegacion y hubieran querido que durase todo el tiempo del viaje, porque á bordo la vigilancia les era mas fácil y los peligros eran menos inminentes. Despues, en los caminos poco seguros de la China central, ya seria otra cosa.

En cuanto á Sun aquella vida del vapor le acomodaba, porque no tenia que andar, no hacia nada y dejaba á su amo entregado á los cuidados de Craig y de Fry, sin pensar mas que en dormir en un rincon, almorzar, comer y cenar concienzudamente. Por lo demás, la cocina era buena. Hubo en la alimentacion de á bordo una modificacion que para cualquiera que no hubiera sido aquel criado ignorante habria indicado un cambio de latitud en la situacion geográfica de los viajeros.

En efecto, durante las comidas, en vez del pan de arroz sin levadura, pan bastante agradable al paladar cuando se come al salir del horno, les dieron pan de trigo.

Sun, como verdadero chino del Sur, echó de menos su arroz habitual. ¡Maniobraba tan hábilmente con sus palillos cuando hacia caer los granos de la taza en su ancha boca y absorbia tales cantidades! Entendiendo arroz y té no necesita mas un Hijo del Cielo.

Kin-Fo, acompañado de Craig y de Fry, penetró en el país del *Læss*.

El vapor subiendo por el Ran-Kiang, acababa pues de entrar en la region del trigo. Allí el pais se presentó mas accidentado. Al estremo del horizonte se levantaban algunas montañas coronadas de fortificaciones construidas en tiempo de la antigua dinastía de los Ming, los diques artificiales que contenian las aguas del rio, desaparecieron y en su lugar se presentaron orillas bajas que ensanchaban su lecho á espensas de su profundidad. Despues entraron en la prefectura de Wan-Lo-Fu.

Kin-Fo no quiso desembarcar durante las pocas horas que necesitó el buque para tomar combustible delante de los edificios de la aduana. ¿Qué habia de hacer en aquella ciudad que le era indiferente? No tenia mas que un deseo, ya que no encontraba las huellas del filósofo, y era penetrar mas profundamente en la China central, donde si él no encontraba á Wang, tampoco Wang le encontraria á él.

Despues de Wan-Lo-Fu hallaron dos ciudades diferentes una en frente de otra. La ciudad comercial de Fan-Cheng, en la orilla izquierda, y la prefectura de Siang-Yang Fu en la orilla derecha: la primera arrabal lleno de movimiento y de actividad en los negocios; la segunda residencia de las autoridades y mas muerta que viva.

Despues de Fan-Cheng, el Ran-Kiang, subiendo rectamente al Norte, formaba un recodo y continuaba todavía navegable hasta Lao-Ro-Keu; pero allí tuvo el barco que detenerse por falta de agua suficiente. Desde esta última etapa las condiciones del viaje se modificaron bastante. Era preciso abandonar las corrientes de agua y marchar por sí mismos ó por lo menos sustituir el movimiento blando de un barco por las sacudidas de los deplorables vehículos que se usan en el Celeste Imperio. ¡Desgraciado Sun; la serie de fatigas, de vaivenes y reconvenciones iba á comenzar de nuevo para él!

Y en efecto, cualquiera que hubiera seguido á Kin-Fo en aquella fantástica peregrinacion de provincia en provincia, de ciudad en ciudad, hubiera tenido gran trabajo. Un dia viajaba en carruaje; ¡pero qué carruaje! Una caja fija sobre un eje de dos ruedas de grandes clavos de hierro arrastrada por dos mulas falsas, cubierta de una simple tela tras-

pasada igualmente por los torrentes de la lluvia que por los rayos del sol. Otro dia se le veia tendido en una silla de manos, llevada por mulas, especie de garita suspendida entre dos largas varas de bambú y sometida á movimientos de cabeceo y de costado tan violentos, que hubieran hecho estallar las cuadernas de un barco.

Craig y Fry cabalgaban á cada una de las portezuelas como ayudantes de campo sobre dos asnos que cabeceaban y daban de banda mucho mas que la silla en que iba Kin-Fo. En cuanto á Sun, en tales ocasiones en que la marcha era necesariamente un poco rápida, iba á pie gruñendo y maldiciendo y confortándose mas de lo que convenia con frecuentes tragos de aguardiente de Kia-Lung. El experimentaba tambien entonces movimientos de cabeceo particulares, pero cuya causa no dependia de la desigualdad del suelo. En una palabra, la pequeña caravana no se habria visto mas sacudida en un mar borrascoso.

La entrada en Siñenfú, antigua capital del Celeste Imperio donde residian los emperadores de la dinastía de los Tan, se verificó á caballo sobre unos caballos que bien puede creerse que serian bastante malos.

Mas para llegar á aquella lejana provincia del Chen-Si y para atravesar sus interminables llanuras áridas y desnudas, ¡qué de fatigas y qué de peligros tuvieron que arrostrar!

El sol de junio en una latitud que es la de la España meridional proyectaba rayos insoportables y levantaba el polvo fino de los caminos que no han conocido jamás la mejora del empedrado. De aquellos torbellinos amarillos que ensuciaban el aire como una humareda malsana, salian los hombres cubiertos de gris desde la cabeza hasta los pies. Era el país del *Læss*, formacion geológica singular y peculiar del Norte de la China que no es ya tierra y que no es todavía roca, ó por mejor decir que es una piedra que no ha tenido todavía tiempo de solidificarse (1).

En cuanto á los peligros eran demasiado reales en un país donde los agentes de policía tienen un miedo extraordinario al puñal de los ladrones. Si en las ciudades los ti-paos dejan á los bribones el campo libre; si en ellas los habitantes no se aventuran á entrar de noche en ciertas calles, júzguese por esto del grado de seguridad que presentaran los caminos. Varios grupos sospechosos se detuvieron al paso de los viajeros cuando estos entraban en una de esas estrechas cañadas abiertas profundamente entre las capas del *Læss*. Pero la vista de Craig y de Fry con el rewolver al cinto habia impuesto hasta entonces á los salteadores. Sin embargo los agentes de la *Centenaria* experimentaron en mas de una ocasion los mas graves temores, sino por ellos, á lo menos por el millon viviente á quien escoltaban. Que Kin-Fo cayese á impulsos del puñal de Wang ó de cualquier malhechor el resultado seria el mismo y la caja de la Compañía recibiria el golpe.

Por lo demás Kin-Fo, que iba no menos armado, en tales circunstancias estaba igualmente pronto á defenderse, porque queria mas que nunca vivir y, como decian Craig y Fry, era capaz de hacerse matar por conservar la vida.

En Sinan-Fu no era probable que se encontrasen vestigios del filósofo. Jamás un antiguo Tai-Ping habria podido pensar en buscar aquel refugio, porque era una ciudad cuyas murallas no habian podido atravesar los rebeldes en su época y que estaba ocupada por una numerosa guarnicion manchú. A no tener una aficion particular á las curiosidades arqueológicas que abundan en aquella ciudad y á no estar muy versado en los misterios de la epigrafía de la cual el museo llamado el *bosque de las tablitas* contiene incalculables riquezas, ¿qué motivo hubiera podido llevar allí á Wang?

Asi á la mañana siguiente de su llegada, Kin-Fo abandonando la ciudad, que es un centro importante de negocios entre el Asia Central, el Tibet, la Mogolia y la China, volvió á tomar el camino del Norte. La pequeña caravana siguiendo por Kao-Lin-Sien y por Sing-Ton-Sien el camino del valle del Uei Ro cuyas aguas están teñidas de amarillo á causa del *Læss* al través del cual se han abierto el lecho, llegó á Rua-Cheu, que en 1860 fue el foco de una terrible insurreccion musulmana. Desde allí, unas veces en barco y otras en carreta, pasaron, no sin grandes fatigas, á la fortaleza de Tong-Kuang situada en la confluencia del Uei-Ro y del Ruang-Ro.

El Ruang-Ro es el famoso rio Amarillo, el cual baja directamente del Norte, atraviesa las provincias del Este y desemboca en el mar que lleva su nombre, aunque por lo demás es tan amarillo como rojo es el mar Rojo, como blanco es el Blanco y como negro es el Negro. Sí, rio célebre de origen celeste sin duda, pues que su color es el de los emperadores Hijos del Cielo; pero tambien *Pesar de la China*, calificacion debida á sus terribles desbordamientos que han puesto en gran parte impracticable el canal Imperial. En Tong-Kuang los viajeros habrian estado en seguridad aun durante la noche, porque no es una ciudad comercial, sino una ciudad militar, habitada permanentemente por los tártaros manchúes que forman la primera categoría del ejército chino. Quizá Kin-Fo tenia intencion de descansar allí algunos dias; quizá iba á buscar en una londa un buen cuarto, una buena mesa y una buena cama, lo cual no hubiera desagradado á Craig y Fry y menos á Sun.

Pero este imbécil, al cual costó aquella vez una buena pulgada de su coleta, tuvo la imprudencia de decir en la aduana, en lugar del nombre supuesto, el verdadero nombre de su amo. Se olvidó de que no era ya á Kin-Fo, sino á Kin-Nan á quien tenia el honor de servir. ¡Qué furioso se puso el amo! No tuvo mas remedio que salir inmediatamente de la ciudad porque su nombre habia producido el efecto acostumbrado. El célebre Kin-Fo habia llegado á Tong-Kuang; todos querian ver al hombre singular cuyo solo y único deseo era llegar á ser centenario.

El viajero, horrorizado, seguido de sus dos guardias y de su lacayo, no tuvo tiempo mas que de tomar la fuga por entre la multitud de curiosos que se habia formado á su paso. A pie subió por las orillas del rio Amarillo y caminó hasta el momento en que sus compañeros y él cayeron abrumados de fatiga en una aldea donde el incognito debia proporcionarles algunas horas de tranquilidad.

Sun, atemorizado, no se atrevia á decir una sola palabra. A su vez, con aquella ridícula coleta de raton que le quedaba, era objeto de las chanzas mas desagradables. Los muchachos corrian tras él, y le apostrofaban con mil motes raros.

Por eso tambien él tenia gana de llegar; ¿pero adónde, pues que su amo, segun habia dicho á William J. Bidulph, no tenia objeto determinado mas que correr por el mundo?

Esta vez, á 20 lis de Tong-Kuang, en aquel modesto pueblo donde Kin-Fo habia buscado refugio, ni se encontraron caballos, ni asnos, ni carretas, ni sillas, ni mas perspectiva que la de continuar allí á andar á pié el camino. Aquella perspectiva no podia volver su buen humor al discípulo del filósofo Wang, que mostró poca filosofía en tal ocasion acusando á todo el mundo cuando no debia acusar mas que á sí propio. ¡Ah, cuanto echaba de menos el tiempo en que no tenia que hacer mas que vivir! Sí, para apre-

(1) Leon Rousset.

ciar la dicha, era necesario haber conocido la desgracia, haber esperimentado penas y tormentos como decia Wang, ya habia hecho la esperiencia.

Y además, corriendo de la manera que corria, no habia dejado de encontrar en su camino muy buenas personas sin un cuarto y que, sin embargo, eran felices. Habia podido observar las formas variadas de la felicidad que dá el trabajo desempeñado alegremente.

Aquí labradores encorvados sobre los surcos que estaban abriendo; allí obreros que cantaban manejando sus herramientas. ¿No era precisamente á esta ausencia del trabajo á la que Kin-Fo debia la ausencia de deseos y, por consiguiente, la falta de felicidad en el mundo? ¡Ah!; la leccion era completa: á lo menos así lo creia... pero nó, amigo Kin-Fo, no lo era todavía.

Al fin buscando por todas partes y llamando á todas las puertas de la aldea, Craig y Fry acabaron por descubrir un vehículo, pero uno solo, el cual no podia llevar mas que una persona, y, circunstancia mas grave todavía, no habia motor para el dicho vehículo. Era una especie de carro, como la carretilla de Pascal y quizá inventada antes por esos antiguos inventores de la pólvora, de la escritura, de la brújula y de las cometas. Solamente que en China la rueda de este aparato, que es de un gran diámetro, está situada, no al estremo de las varas, sino en medio y se mueve como la rueda central de ciertos barcos de vapor. La caja está, pues, dividida en dos partes segun su eje; la una, en la cual se puede estender el viajero, y la otra, que está destinada á contener su equipaje.

El motor de este vehículo es, y no puede menos de ser, un hombre que empuja el aparato hacia adelante para lo cual se situa detrás del viajero, y así no le impide la vista como hace el cochero de un cabriolé inglés. Cuando el viento es bueno, es decir, cuando sopla en popa, el hombre aprovecha esta fuerza natural que no le cuesta nada; planta un mástil á la popa de la caja del vehículo, despliega una vela cuadrada, y en los grandes golpes de viento él es quien, en vez de empujar el carruaje, es arrastrado á veces mas deprisa de lo que quisiera.

Comprado el vehículo con todos sus accesorios, Kin-Fo tomó asiento en él, y como el viento fuese bueno, desplegaron la vela.

—Vamos, Sun, dijo Kin-Fo.

Sun se disponia sencillamente á tenderse á la zaga.

—A las varas, gritó Kin-Fo, con cierto tono que no admitia réplica.

—Señor, yo... es que yo... respondió Sun, cuyas piernas se doblaban de antemano como las de un caballo fatigado.

—Tú tienes la culpa por ser largo de lengua y decir necedades.

—Vamos, Sun, dijeron Craig y Fry.

—A las varas, replicó Kin-Fo, mirando lo que le quedaba de coleta al desgraciado lacayo; á las varas, animal, y ten cuidado de no cometer torpezas, porque si no...

El índice y el dedo de corazon de la mano derecha de Kin-Fo separados y aproximados despues, imitando el movimiento de las tijeras completaron tan perfectamente su pensamiento, que Sun cogió las varas con las dos manos despues de haberse pasado la correa por los hombros. Craig y Fry se situaron á los dos lados de la carretilla y con ayuda de la brisa, la pequeña caravana comenzó á marchar á un trote ligero.

Debemos renunciar á describir la rabia sorda é impotente de Sun, convertido en caballo. Sin embargo, Craig y Fry consintieron en relevarle. Por fortuna, el viento del Sur les ayudó constantemente haciendo las tres cuartas partes de la tarea. La carretilla estaba bien equilibrada por la posicion de la rueda central y el trabajo del conductor se reducia al del hombre que lleva la caña del timon de un buque; es decir, á mantener la máquina en buena direccion.

Con este tren pasó Kin-Fo por las provincias septentrionales de la China, marchando á pié cuando esperimentaba necesidad de desentumecer sus piernas, y volviendo á meterse en la carretilla cuando, por el contrario, queria descansar.

Despues de haber dado un rodeo para no entrar en Wan-Fu, ni en Ca-Fong, subió por las orillas del célebre canal Imperial, que hace apenas unos 20 años, antes de que el rio Amarillo hubiera recobrado su antiguo lecho, formaba una hermosa vía navegable, desde Su-Chen, el país del té, hasta Peking, en una longitud de algunos centenares de leguas.

Así atravesó á Tsi-Nan y Ho-Kien y penetró en la provincia de Pe-Chi-Li, donde se levanta Peking la cuádruple capital del Celeste Imperio.

Así pasó por Tsien-Sun, defendida por un muro de circunvalacion y dos fuertes, gran ciudad de 400 mil habitantes cuyo ancho puerto formado por la union del Pei-ho y del canal Imperial, hace un comercio que se calcula en unos 170,000,000 de pesetas importando algodones de Manchester, tejidos de lana, cobres, hierros, fósforos alemanes, maderas de sándalo, etc.; y exportando nenufar, tabaco de Tartaria, té, etc. Pero Kin-Fo no pensó ni siquiera en visitar en esta curiosa ciudad la célebre pagoda de los Suplicios Infernales; no recorrió en el arrabal del Este las divertidas calles de los Faroles y de la Ropa Vieja; no almorzó en la fonda de la Armonía y de la Amistad dirigidas por el musulman Leu-Lao-Kí, cuyos vinos son famosos, por mas que Mahoma diga lo que quiera; no dejó su gran tarjeta roja, y ya sabemos por qué, en el palacio de Li-Chong-Tang, virey de la provincia desde el año 1870, individuo del Consejo Privado y del Consejo del Imperio, y que lleva con la túnica amarilla el título de Fei-tze-chao-pao.

No: Kin-Fo en su carretilla y Sun conduciéndola, atravesaron los muelles donde se ostentaban montañas de sacos de sal; pasaron los arrabales, las concesiones inglesas y americanas, el campo de carreras, la campiña cubierta de sorgo, de cebada, de vides, las huertas ricas en legumbres y frutas, las llanuras de donde partian por millares liebres, perdices y codornices perseguidas por el alcon y otras aves de rapiña. Todos cuatro siguieron el camino enlosado de 24 leguas que conduce á Peking entre los árboles de diversas especies y los grandes cañaverales del rio, y llegaron á Tong-Cheu sanos y salvos, Kin-Fo valiendo como siempre 200,000 duros, Craig y Fry escoltándole como desde el principio del viaje; y Sun, cansado, cojo, impedido de las dos piernas y sin mas coleta que tres pulgadas.

Era el 19 de junio. El plazo concedido á Wang espiraba dentro de siete dias.

¿Dónde estaba Wang?

CAPITULO XIII.

EN EL CUAL SE OYE EL CÉLEBRE ROMANCE DE LAS CINCO VÍSPERAS DEL CENTENARIO.

Señores, dijo Kin-Fo á sus dos guardias de corps, cuando se detuvo la carretilla en el arrabal de Tong-Cheu, no estamos ya mas que á 40 lis (1) de Peking, y mi intencion es detenerme aquí hasta que haya pasado el plazo convenido entre Wang y yo. En esta ciudad de 400,000 almas, será fácil permanecer desconocido, si Sun no olvida que está al servicio de Ki-Nan, simple negociante de la provincia de Tong-Cheu.

No, seguramente Sun no lo olvidaria. Su torpeza le habia costado desempeñar durante los últimos ocho dias el oficio de caballo, y esperaba que el señor Kin-Fo,....

(1) Cuatro leguas.

—Ki.... dijo Craig.

—Nan.... añadió Fry....

le volveria al desempeño de sus funciones habituales. En aquella ocasion, atendido el estado de cansancio en que se hallaba, pedia permiso al señor Kin-Fo....

—Ki.... dijo Craig.

—Nan.... añadió Fry....

para dormir 48 horas á lo menos sin quitarse la brida ó, mejor dicho, sin brida ni nada.

—Durante ocho dias si quieres, respondió Kin-Fo. Si duermes, á lo menos estaré seguro de que tendrás quieta la lengua.

Kin-Fo y sus compañeros se ocuparon entonces en buscar una fonda conveniente entre las muchas que hay en Ton-Cheu. Esta gran ciudad, á decir verdad, no es sino un inmenso arrabal de Peking. El camino enlosado que la une á la capital está sembrado á un lado y á otro de quintas, de casas, de granjas agrícolas, de tumbas, de pequeñas pagodas, de huertos; y la circulacion de carruajes, de caballerías y de gente de á pié, es incesante por aquel camino.

Kin-Fo, que conocia la ciudad, se hizo conducir al Tea-Wang-Niao, *el Templo de los principios soberanos*, que es simplemente un antiguo convento de bonzos trasformado en fonda, donde los forasteros pueden alojarse bastante bien.

Kin-Fo, Craig y Fry, se instalaron inmediatamente; los dos agentes en un cuarto contiguo al de su precioso cliente.

En cuanto á Sun, desapareció para ir á dormir en el rincon que le fue designado, y no le volvieron á ver.

Una hora despues, Kin-Fo y sus fieles custodios dejaron sus habitaciones, almorzaron con apetito y se preguntaron lo que harian en seguida.

—Conviene, dijeron Craig y Fry, leer la *Gaceta oficial* á fin de ver si contiene algo que nos interese.

—Tienen ustedes razon, respondió Kin-Fo; quizá sabremos lo que ha sido de Wang.

Los tres salieron de la fonda. Por prudencia los dos acólitos caminaban á los lados de su cliente examinando á los transeuntes y no dejando que nadie se le acercase. Así pasaron por las calles estrechas de la ciudad, y llegaron á los muelles donde compraron un número de la *Gaceta oficial* y la leyeron ávidamente.

Nada encontraron en ella mas que la promesa de 2,000 duros, ó sean 1,300 taeles, á quien indicase á William J. Bidulph, la residencia actual del señor Wang de Sang-Hai.

—Es decir, dijo Kin-Fo, que no ha parecido.

—Y que no ha leido el anuncio que le concierne..., dijo Craig.

—Y, por consiguiente, que debe continuar creyéndose en la obligacion de cumplir su promesa, añadió Fry.

—Pero ¿dónde puede estar? exclamó Kin-Fo.

—¿Cree usted hallarse mas amenazado durante los últimos dias del plazo? preguntaron Fry y Craig.

—Sin duda ninguna, respondió Kin-Fo. Si Wang no conoce el cambio ocurrido en mi situacion, y es probable que no le conozca, no podrá menos de creerse obligado á cumplir su promesa. Así, pues, dentro de un dia, de dos ó de tres, estaré mas amenazado que hoy, y dentro de seis mas todavía.

—¿Y cuando termine el plazo?

—No tendré ya nada que temer.

—Pues bien, dijeron Craig y Fry; no hay mas que tres medios de evitar á usted todo peligro durante esos seis dias.

—¿Cuál es el primero? preguntó Kin-Fo.

—El primero es volver á la fonda, y encerrarse usted en su cuarto.

—¿Y el segundo?

—El segundo es, que le hagamos á usted prender como malhechor, respondió Fry, á fin de que le pongan en seguridad en la cárcel de Ton-Cheu.

—¿Y el tercero?

—El tercero, hacerse pasar por muerto, respondieron Craig y Fry, y no resucitar hasta que haya pasado completamente todo peligro.

—Ustedes no conocen á Wang. Wang encontraria medio de penetrar en la fonda, en la prision y hasta en mi tumba. Si no me ha herido hasta aquí, es porque no ha querido, porque sin duda él ha considerado preferible dejarme el placer de la inquietud de aguardar. ¿Quién sabe cuál ha sido su móvil? En todo caso prefiero esperarle en libertad.

—Esperemos... sin embargo... dijo Craig.

—Me parece que..., añadió Fry.

—Señores, dijo Kin Fo en tono seco, yo haré lo que me parezca. Despues de todo, si muero antes del 23 de este mes, ¿qué puede perder la compañía de que son ustedes agentes?

—Doscientos mil duros, respondieron Craig y Fry, 200,000 duros que será preciso pagar á los herederos.

—Y yo todo mi caudal, sin contar la vida. Estoy, pues, mas interesado que ustedes en este asunto.

—Es verdad.

—Mucha verdad.

—Continúen ustedes, pues, vigilando todo lo que uzguen conveniente, pero yo haré lo que se me ponga en la cabeza.

No habia medio de replicar.

Craig y Fry tuvieron, pues, que limitarse á vigilar mas de cerca á su cliente y á redoblar sus precauciones; y aunque comprendian que la gravedad de la situacion se aumentaba mas y mas cada dia, no desmayaban. Ton-Cheu es una de las ciudades mas antiguas del Celeste Imperio: situada á orillas de un brazo canalizado del Pei Ho y junto á otro canal que la une á Peking, se encuentra en ella un gran movimiento comercial, y sus arrabales están muy animados.

Kin-Fo y sus dos compañeros admiraron aquella agitacion cuando llegaron al muelle donde se amarran los sampanes y los juncos del comercio.

Craig y Fry, despues de todo, creyeron estar mas seguros en medio de una multitud. La muerte de su cliente debia en apariencia ser debida al suicidio. La carta que debia tener su cadáver no dejaria ninguna duda sobre este punto; por consiguiente Wang no tenia interés en matarle sino en ciertas condiciones que no se podian presentar en medio de calles frecuentadas ó en la plaza pública de una ciudad populosa. Por consiguiente, no tenian que temer golpe ninguno inmediato. De lo que era preciso guardarse únicamente era de algun prodigio de destreza delantiguo Tai-Ping, que podria haber seguido sus huellas desde Shang-Hai. Por eso se desojaban, digámoslo así, mirando á todos los transeuntes.

De repente se pronunció un nombre que les hizo aplicar atentamente el oido.

¡Kin-Fo! ¡Kin-Fo! gritaban algunos chinitos saltando en medio de la multitud.

¿Habia sido conocido Kin-Fo y su nombre producia el efecto acostumbrado?

El héroe, por fuerza, se detuvo.

Craig y Fry se mantuvieron dispuestos en caso necesario á formarle una muralla con sus cuerpos.

No era á Kin-Fo á quien se dirigian estos gritos. Nadie parecia sospechar que estuviese allí. Kin-Fo no hizo, pues, movimiento ninguno y esperó deseando con ansia saber por qué razon se habia pronunciado su nombre.

Un grupo de hombres, de mujeres, de niños, se habia formado alrededor de un cantor ambulante que parecia gozar de gran favor entre el público de las calles. Todos gritaban y aplaudian de antemano.

Kin-Fo pasó con este tren por las provincias septentrionales de la China.

El cantor, cuando se vió en presencia de suficiente auditorio, sacó de su túnica un paquete de papeles iluminados de colores, y dijo con voz sonora:

—*Las cinco vísperas del centenario.*

Era el famoso romance que circulaba por el Celeste Imperio.

Craig y Fry se quisieron llevar de allí á su cliente; pero Kin-Fo se obstinó. Nadie le conocia; jamás habia oido aquel romance que relataba sus hechos, y manifestó que queria oirle.

El cantor comenzó así:

—A la primera víspera, la luna ilumina el tejado de la casa de Shang-Hai. Kin-Fo es jóven, tiene 20 años, parece un sauce cuyas primeras hojas muestran su lengüecita verde.

A la segunda víspera, la luna ilumina el lado oriental del rico yamen. Kin-Fo tiene 40 años; sus diez mil negocios prosperan grandemente, y los vecinos hacen su elogio.

El cantor cambiaba de fisonomía y parecia envejecer á cada estrofa. Al acabar de recitarla, la multitud aplaudia furiosamente.

El cantor continuó:

—A la tercera víspera, la luna ilumina el espacio. Kin-Fo tiene 60 años. Despues de las hojas verdes del verano, los crisantemos amarillos de la estacion de otoño se presentan.

A la cuarta víspera, la luna se hunde en el occidente. Kin-Fo tiene 80 años, su cuerpo se arruga como el de un langostino en agua hirviendo. Declina con el astro de la noche.

A la quinta vispera, los gallos saludan el alba naciente. Kin Fo tiene 100 años, y ahora, despues de cumplido su mas vivo deseo, el desdeñoso príncipe Yen se niega á recibirle. El príncipe Yen no quiere personas de edad tan avanzada que chochearian en su córte, y el viejo Kin-Fo, sin poder descansar nunca, anda errante eternamente.

La multitud siguió aplaudiendo, y el cantor vendiendo por centenares su romance á tres zapeques el ejemplar.

¿Por qué Kin-Fo no habia de comprarle tambien? Sacó unas monedas del bolsillo y, con la mano llena, alargó el brazo al través de las primeras filas de la

multitud. De repente se abrió su mano y las monedas se escaparon y cayeron al suelo.

Enfrente de sí vió á un hombre cuyas miradas se cruzaron con las suyas.

—¡Ah! esclamó Kin-Fo, que no pudo contener aquella interjecion á la vez interrogativa y esclamativa.

Fry y Craig le habian rodeado creyéndole conocido, amenazado, herido y quizá muerto.

—¡Wang! gritó Kin-Fo.

—¡Wang! repitieron Craig y Fry.

Era Wang en persona. Acababa de ver á su antiguo discípulo; pero en vez de precipitarse sobre él, huyó con toda la celeridad de sus piernas que eran bastante largas.

Kin-Fo no vaciló. Quiso salir de una vez de su intolerable situacion y siguió á Wang escoltado de Fry y Craig que no querian ni correr mas que él, ni quedarse atrás.

Ellos tambien habian conocido al filósofo y comprendieron, por la sorpresa que este acababa de manifestar, que no esperaba ver á Kin-Fo, así como Kin-Fo no esperaba tampoco encontrarle allí.

¿Pero por qué huia Wang? La cosa era inexplicable; pero en fin, huia como si toda la policía del Celeste Imperio le hubiera ido pisando los talones.

La carrera fué prodigiosa.

—No estoy arruinado Wang; Wang no estoy arruinado, gritaba Kin-Fo.

—Es rico, es rico, repetian Fry y Craig.

Pero Wang estaba á demasiada distancia para oir aquellas palabras que hubieran debido detenerle. Atravesó el muelle, siguió por el canal y llegó á la entrada del arrabal del Oeste.

Sus tres perseguidores volaban; pero no ganaban terreno sobre él; por el contrario, parecia haber cada vez mayor distancia entre el fugitivo y Kin Fo.

Media docena de chinos se habian unido á Kin-Fo, sin contar dos ó tres parejas de tipaos que habian tomado por malhechor al hombre que huia de aquel modo.

¡Curioso espectáculo el de aquel grupo gritando, ahullando y aumentándose en su camino con muchos voluntarios! Alrededor del cantor habian oido perfectamente á Kin-Fo pronunciar el nombre de Wang. Por fortuna el filósofo no habia respondido pronunciando el de su discípulo, porque entonces toda la ciudad se hubiera lanzado detrás de un hombre tan célebre. Pero el nombre de Wang, súbitamente pronunciado, habia sido suficiente; Wang, el personaje cuyo descubrimiento valia una recompensa enorme. Todos lo sabian; de manera que si Kin-Fo corria tras los 800,000 duros de su capital y Craig y Fry corrian tras los 200,000 duros del seguro, los demás corrian tras los 2,000 de la prima prometida, y preciso es convenir en que estos premios eran suficientes para dar flexibilidad y ligereza á las piernas de todo el mundo.

—Wang, Wang, soy más rico que nunca, continuaba gritando Kin-Fo segun se lo permitia la rapidez de su carrera.

—No está arruinado, no está arruinado, repetian Fry y Craig.

—Detente, detente, continuaba la multitud que iba aglomerándose como una bola de nieve.

Wang no oia nada. Con los codos pegados al costado no queria ni cansarse en responder, ni perder nada de su celeridad por el placer de volver la cabeza.

Salieron del arrabal, Wang tomó la calle enlosada que corre al lado del canal y que estando entonces casi desierta, le proporcionaba campo libre. Allí se aumentó la viveza de su fuga; pero naturalmente tambien se redobló el esfuerzo de los perseguidores.

Aquella carrera loca se sostuvo durante veinte minutos y nadie podia prever cuál seria el resultado. El fugitivo, sin embargo, parecia que iba cansándose. La distancia que habia mantenido hasta entonces entre él y sus perseguidores parecia disminuirse.

Wang conociéndolo, dió de repente un salto y desapareció detrás de la tapia que cercaba el recinto de una pequeña pagoda á la derecha del camino.

—Diez mil taeles á quien le detenga, gritó Kin-Fo.

—Diez mil taeles, repitieron Craig y Fry.

—¡Yá, yá, yá! gritaron los mas avanzados del grupo. Todos habian torcido hácia la derecha siguiendo las huellas del filósofo y rodearon el muro de la pagoda.

Wang reapareció siguiendo un estrecho sendero trasversal á lo largo de un canal de riego, y para hacer perder la pista á los que le perseguian, torció otra vez el camino y volvió á la carretera enlosada. Pero allí se conoció desde luego que estaba cansado porque volvió la cabeza muchas veces. Kin-Fo, Craig y Fry seguian sin descanso la persecucion; no corrian, sino que volaban y ninguno de los que iban aguijoneados por la esperanza de ganar los 10,000 taeles ofrecidos marchaba delante de ellos.

El desenlace se aproximaba: no era mas que un asunto de tiempo, y de tiempo relativamente corto, quizá de algunos minutos.

Todos, Wang, Kin Fo y sus compañeros habian llegado al sitio donde la carretera principal atraviesa el rio por el célebre puente de Pali-kao.

Diez y ocho años antes, el 21 de setiembre de 1860, no hubieran podido correr con libertad por aquel puente de la provincia de Pe-Chi-Li, porque la gran calzada estaba entonces llena de fugitivos de otra especie. El ejército del general San-Ko-Lin-Tsin, tio del emperador, rechazado por los batallones franceses, habia hecho alto en aquel puente de Pali-kao, magnífica obra de arte con una balaustrada de mármol blanco adornada á uno y otro lado de una fila de leones jigantescos. Allí fué donde aquellos tártaros manchues tan valientes en su fatalismo, fueron aplastados por las balas de los cañones europeos.

Pero el puente, que tenia todavía las señales de la batalla en sus estátuas desconchadas, estaba libre entonces.

Wang, cada vez mas cansado, atravesó la carretera. Kin-Fo y los demas por un supremo esfuerzo se fueron acercando; ya no les separaban de él mas que veinte pasos, mas que quince, mas que diez.

Era inútil procurar detener á Wang con palabras que no podia ó no queria oir. Era preciso alcanzarle, apoderarse de él, atarle si se resistia.... Despues vendrian las esplicaciones.

Wang comprendió que iba á ser alcanzado y, como por una obstinacion inexplicable parecia temer encontrarse cara á cara con su antiguo discípulo, quiso arriesgar su vida para evitarlo.

En efecto, de un salto se puso sobre la balaustrada del puente y desde allí se precipitó al Pei-ho.

—Wang, Wang, gritó Kin-Fo deteniéndose por un instante.

Despues tomó carrera á su vez y se precipitó al rio gritando:

—Yo le sacaré vivo.

—¿Craig? dijo Fry.

—¿Fry? dijo Graig.

—Doscientos mil duros al agua. Y ambos, atravesando la balaustrada, se precipitaron al socorro del ruinoso cliente de la *Centenaria*.

Algunos de los voluntarios les siguieron, presentando una escena parecida al de un racimo de payasos en el ejercicio del trampolin.

Pero tanto celo debia ser inútil. Kin-Fo, Fry,

Craig y los demás á quienes guiaba el aliciente del premio ofrecido, registraron el Pei-ho sin poder encontrar á Wang, el cual sin duda habia sido arrastrado por la corriente. ¿Habia querido Wang al precipitarse en el rio librarse de sus perseguidores ó se habia resuelto á poner fin á sus dias por algun motivo misterioso? Nadie habria podido decirlo.

Dos horas despues Kin-Fo, Craig y Fry, desesperados, pero secos y confortados, y Sun despertado en lo mejor de su sueño y echando pestes, como puede suponerse, habian tomado el camino de Peking.

CAPITULO XIV.

DONDE EL LECTOR PODRÁ, SIN FATIGARSE, RECORRER CUATRO CIUDADES EN UNA SOLA.

El Pe-Chi-Li, la mas septentrional de las diez y ocho provincias de la China, está dividido en nueve departamentos. Uno de ellos tiene por capital á Chung-Kin-Fo; es decir, la *ciudad de primer órden obediente al cielo*. Esta ciudad es Peking.

Figúrese el lector un rompe cabezas chino de una superficie de seis mil hectáreas y de un perímetro de ocho leguas cuyos pedazos irregulares llenaran exactamente un rectángulo, y tendrá una idea de esa misteriosa Cambalú cuya curiosa descripcion hizo Marco Polo á fines del siglo XIII. Tal es la capital del Celeste Imperio.

En realidad Peking comprende dos ciudades distintas, separadas por una ancha calle y un muro fortificado: la una, que es un paralelógramo, es la ciudad china; la otra, que forma un cuadrado casi perfecto, es la ciudad tártara, la cual contiene en su recinto otras dos ciudades: la ciudad Amarilla ó Hoang-Ching, y la ciudad Roja Tsen Kin-Ching ó ciudad Prohibida.

En otro tiempo el conjunto de estas aglomeraciones contenia mas de dos millones de habitantes. Pero la emigracion, escitada por la estrema miseria, ha reducido este número á un millon todo lo mas, en su mayor porte tártaros y chinos con unos diez mil musulmanes y unos cuantos centenares de mogoles y tibetinos que componen la poblacion flotante.

El plano de estas dos ciudades superpuestas figuran bastante exactamente un baul cuya tapa estuviese formada por la ciudad china y la caja por la ciudad tártara.

Seis leguas de un recinto fortificado de 45 piés de altura y otras tantas de anchura revestido esteriormente de ladrillo y defendido de 200 en 200 metros por torres salientes, rodean la ciudad tártara de un hermoso paseo enlosado y terminan en cuatro magníficos bastiones de ángulos salientes en cuyas plataformas hay cuerpos de guardia.

Como se ve, el emperador Hijo del Cielo, está bien guardado.

En el centro de la ciudad tártara, la ciudad Amarilla, de una superficie de 660 hectáreas, tiene ocho puertas y encierra en su recinto una montaña de carbon de 300 piés de altura, punto culminante de la capital, un soberbio canal llamado mar del Medio y atravesado por un puente de mármol, dos conventos de bonzos, una pagoda de los Exámenes, el Pei-Tha-Sse, otro convento de bonzos edificado en una península que parece suspendido sobre las aguas claras del canal, el Peh-Tang, establecimiento de misioneros católicos, la pagoda imperial, magnífica, con su techo de campanillas sonoras y tejas de lápis lázuli, el gran templo dedicado á los antepasados de la dinastía reinante, el templo de los Espíritus, el templo de los Genios de los Vientos, el templo del Genio del Rayo, el templo del inventor de la seda, el templo del Señor del Cielo, los cinco pabellones de los Dragones, el monasterio del Reposo Eterno. En el centro mismo de este cuadrilátero se oculta la ciudad prohibida que tiene una superficie de 80 hectáreas y está rodeada de un foso canalizado sobre el cual hay siete puentes de mármol. Siendo manchú la dinastía reinante, es inútil decir que la primera de estas ciudades está habitada principalmente por una poblacion de la misma raza. Los chinos están relegados á la parte de afuera, á la inferior del baul en la ciudad inmediata.

Se penetra en lo interior de esta ciudad Prohibida, ceñida de muros de ladrillo rojo, coronados de un chapitel de tejas barnizadas de amarillo dorado, por una puerta que da al Sur y se llama la puerta de la Gran Pureza, la cual no se abre sino delante del emperador y de las emperatrices. Allí se levantan el templo de los Antepasados de la dinastía tártara abrigado bajo dos techos de tejas multicolores; los templos llamados Che-Tsi, consagrado á los espíritus terrestres y celestes; el palacio de la *Soberana Concordia*, reservados para las solemnidades de aparato y para los banquetes oficiales; el palacio de la *Concordia Media*, donde se ven los retratos de los abuelos del Hijo del Cielo; el palacio de la *Concordia Protectora*, cuya sala central está ocupada por el trono imperial; el pabellon del *Nei-Ko*, donde se celebra el consejo supremo del imperio presidido por el príncipe Kong (1), ministro de Negocios Estranjeros y tio paterno del último soberano; el pabellon de las *Flores Literarias*, á donde el emperador va una vez al año para interpretar los libros sagrados, el pabellon de *Chuan Sin-Tien*, en el cual se verifican los sacrificios en honor de Confucio; la *Biblioteca Imperial*; la *Seccion de los Historiógrafos*; el *Vu-iñ-tien*, donde se conservan las láminas de cobre y madera destinadas á la impresion de los libros; los talleres donde se hacen los vestidos de la córte; el palacio de la *Pureza Celeste*, donde se tratan los asuntos de familia; el palacio del *Elemento Terrestre Superior*, donde se instaló la jóven emperatriz; el palacio de la *Meditacion*, á donde se retira el soberano cuando está enfermo; los tres palacios donde se educan los hijos del emperador; el *Templo de los Antepasados Difuntos*; los cuatro palacios reservados á la viuda y á las mujeres de Hien-Fong, que murió en 1861; el *Chu-Sieu-Kong*, residencia de las esposas imperiales; el palacio de la *Bondad Preferida*, destinado á las recepciones oficiales de las damas de la córte; el palacio de la *Tranquilidad General*, nombre singular dado á una escuela de los hijos de oficiales superiores; los palacios de la *Purificacion* y del *Ayuno*; el palacio de la *Pureza de Porcelana*, habitado por los príncipes de la sangre; el templo del *Dios Protector de la Ciudad*; un templo de arquitectura tibetina; los almacenes de la corona; la intendencia de la córte imperial; el *Lao-Cong-Chú*, residencia de los eunucos, de los cuales no hay menos de cinco mil en la ciudad Roja; y en fin, otros palacios, hasta cuarenta y ocho, que forman el total de los que contiene el

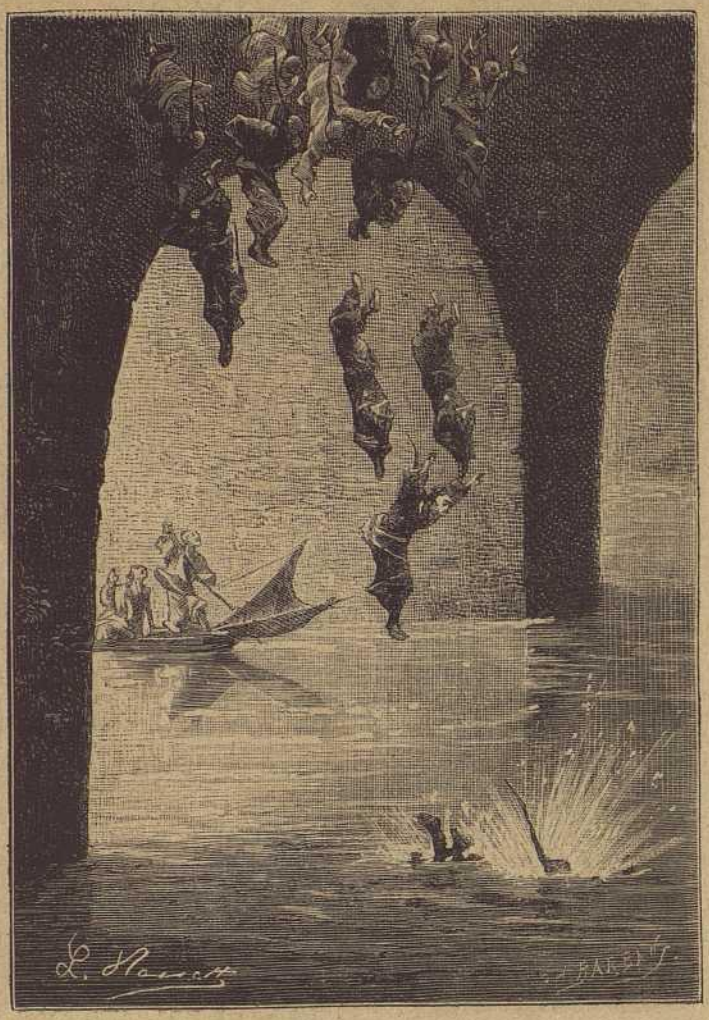
(1) T. Choutze, en su viaje titulado *Peking y el Norte de la China*, refiere el rasgo siguiente del Príncipe Kong, que es bueno recordar.

En 1870, durante la sangrienta guerra que asolaba la Francia, el príncipe Kong visitó, no sé con qué motivo, á todos los representantes diplomáticos estranjeros. Hallándose la primera á su paso la legacion de Francia, comenzó por ella. Acababa entonces de recibirse la noticia de los desastres de Sedán, y el conde de Rochechouart, á la sazon encargado de negocios de Francia, la comunicó al príncipe.

Este mandó llamar á uno de los oficiales de su séquito y le dijo: «Envie usted una tarjeta á la legacion de Prusia y diga que no podré visitarla hasta mañana.»

Despues, volviéndose hácia el conde de Rechechouart añadió: «En el mismo dia en que he dado el pésame al representante de Francia, no puedo decentemente ir á felicitar al representante de Alemania.»

El príncipe Kong seria príncipe en todas partes.



Parecian un racimo de payasos en el ejercicio del trampolin.

imperial recinto, sin contar el *Tan-Quang-Ko*, el pabellon de la *Luz Purpurina*, situado á orillas del lago de la ciudad Amarilla, donde el 19 de junio de 1873 fueron admitidos á la presencia del emperador los cinco ministros de los Estados-Unidos, Rusia, Holanda, Inglaterra y Prusia.

¿Qué foro antiguo ha presentado semejante aglomeracion de edificios, de formas tan variadas y tan abundantes en objetos preciosos? ¿Qué ciudad, y aunque sea capital, de los Estados europeos podria ofrecer semejante nomenclatura?

Pues á esta enumeracion hay que añadir todavía el *Uan-Cheu-Chan;* el palacio de Verano, situado á dos leguas de Peking. Destruido en 1860 (1), apenas se encontrarian hoy entre sus ruinas sus antiguos jardines de la *Claridad Perfecta* y de la *Claridad Tranquila*; su colina de la *Fuente de Porcelana* y su montaña de las *Diez mil Longevidades.*

Alrededor de la ciudad Amarilla se estiende la ciudad Tártara. Allí estan instaladas las legaciones francesa, inglesa y rusa; el hospital de las *Misiones* de Lóndres; las *Misiones* católicas del Este y del Norte; las antiguas caballerizas de elefantes que no contienen ya mas que uno tuerto y centenario. Allí se levantan la *Torre de la Campana*, de tejas rojas entremezcladas con otras verdes; el templo de *Confucio*; el convento de los *Mil Lamas*; el templo de *Fa-Cua*; el antiguo observatorio con su gruesa torre cuadrada; el *Yamen de los Jesuitas;* el *Yamen de los Letrados*, donde se verifican los exámenes literarios Allí se ven tambien los arcos de triunfo del Oeste y del Este; el mar del Norte y el mar de las Cañas, tapizados de nelumbos, de ninfeas azules y que proceden del palacio de Verano y alimentan el canal de la ciudad Amarilla; allí descuellan los palacios en que residen los príncipes de la sangre, el ministerio de Hacienda, el de Ritos, el de la Guerra, el de Obras Públicas, el de Relaciones Exteriores,

(1) Por los franceses y los ingleses que lo saquearon horrorosamente hasta el punto de no encontrar medios de conduccion para tanto botin. Si aquellos soldados cargados como bestias hubieran sido atacados en aquel momento por unas cuantas tropas decididas, la espedicion anglo-francesa se habria malogrado por la codicia insaciable de los espedicionarios.

(N. del T.)

Le-u fué aquel dia al templo á implorar la proteccion de la diosa Koanine.

el Tribunal de Cuentas, el Tribunal Astronómico y la Academia de Medicina. Todo aparece confundido en medio de calles estrechas, llenas de polvo en verano y de lodo en invierno, formadas en su mayor parte por casas miserables y bajas, entre las cuales se levanta alguna gran casa de un alto dignatario sombreada de hermosos árboles. Además, al través de las alamedas llenas de gente, se ven perros errantes, camellos mogoles cargados de carbon de piedra, palanquines llevados por cuatro ú ocho hombres, segun la categoría del funcionario que va en ellos, sillas de mano, carruajes tirados por mulas, carros y mendigos que, segun Mr. Choutze, forman una tribu independiente de sesenta mil haraposos. En estas calles, cubiertas de un lodo pestífero y negro, dice Mr. P. Arene, y cortadas por charcos de agua donde el transeunte se hunde hasta media pierna, no es raro que se ahogue algun mendigo ciego.

Bajo muchos aspectos la ciudad china de Peking, cuyo nombre es Vai-Cheng, se parece á la ciudad tártara; pero se distingue de ella bajo otros conceptos diversos.

Dos templos célebres ocupan la parte meridional, el templo del Cielo y el de la Agricultura, á los cuales hay que añadir los templos de la diosa Koanine, del Genio de la Tierra, de la Purificacion, del Dragon Negro, de los Espíritus del Cielo y de la Tierra, los estanques de Peces de Oro, el monasterio de Fayuan-Se, los mercados, los teatros, etc.

Este paralelógramo rectángulo está dividido de Norte á Sur por una importante arteria llamada la Calle Mayor que va desde la puerta de Hung-Ting al Sur á la puerta de Tieng al Norte. Transversalmente tiene una arteria muy larga que corta la primera en ángulo recto y va desde la puerta de Cha-Cua al Este, á la puerta de Cuan-Tsu al Oeste. Se la llama carrera de Cha-Cua; y á cien pasos de su punto de interseccion con la Calle Mayor vivia la futura señora Kin-Fo.

El lector recordará que pocos dias despues de haber recibido la jóven viuda la carta que le anunciaba su ruina, recibió otra anulando la primera y diciéndole que no pasaria la sétima luna sin que su hermanito mayor estuviese de regreso á su lado. Inútil es

decir que Le-u desde aquella fecha, 17 de mayo, estuvo contando los dias y las horas. Pero Kin-Fo no habia vuelto á dar noticias suyas durante aquel viaje insensato, cuyo fantástico itinerario no queria indicar bajo ningun pretesto. Le-u habia escrito á Shang-Hai; pero sus cartas habian quedado sin respuesta, y su inquietud era grande, cuando vió llegar el 19 de Junio sin haber recibido noticia ninguna.

Durante aquellos largos dias no habia salido de su casa de la carrera de Cha-Cua. Esperaba intranquila, porque la desagradable Nan no era á propósito para alegrar su soledad: la *buena madre* cada vez se hacia mas gruñona y hacia méritos cien veces por luna para ser echada por la escalera.

¡Pero qué interminables horas de ansiedad debian pasar antes de que Kin-Fo llegara á Peking! Le-u las contaba y la cuenta le parecia larguísima.

—Si la religion de los Lao-Tse es la mas antigua de la China, y si la doctrina de Confucio, promulgada hacia la misma época, (unos 500 años antes de J. C.) es la que siguen el emperador, los letrados y los altos mandarines, en cambio el budismo, ó la religion de Fo, es la que cuenta mayor número de fieles (cerca de 300.000,000) en la superficie del globo.

El budismo comprende dos sectas distintas, de las cuales, la una tiene por ministros á los bonzos, vestidos de gris y cubiertos de bonetes rojos, y la otra á los lamas, vestidos de amarillo y con bonetes del mismo color.

Le-u era budista de la primera secta. Los bonzos la veian con frecuencia acudir al templo de Koan-Ti-Miao, consagrado á la diosa Koanine. Allí dirigia preces por su amigo y quemaba palitos perfumados con la frente prosternada sobre las losas del templo.

Aquel dia tuvo el pensamiento de volver á implorar la proteccion de la diosa Koanine y dirigirle súplicas mas ardientes todavía. Un presentimiento le decia que amenazaba algun peligro grave al hombre á quien esperaba con tan legítima impaciencia.

Llamó, pues, á la *buena madre* y le dió la órden de buscar una silla de manos en la encrucijada de la Calle Mayor.

Nan se encogió de hombros, segun su detestable costumbre, y salió para ejecutar la orden que habia recibido.

Entre tanto la jóven viuda, sola en su tocador miraba tristemente el aparato mudo que ya no la hacia oir la lejana voz del ausente.

—¡Ah! decia; es preciso á lo menos que sepa que no he cesado de pensar en el y quiero que mi voz se lo repita á su vuelta.

Entonces, tocando el resorte que ponia en movimiento el cilindro fonográfico, pronunció en voz alta las mas dulces frases que su corazon le pudo inspirar.

Nan, entrando de repente, interrumpió aquel tierno monólogo diciendo:

—Espera á la puerta la silla de manos á que baje la señora, que podria muy bien quedarse en casa.

Le-u no puso atencion en sus palabras; salió inmediatamente y dejó á la vieja murmurar á sus anchas. Instalóse en la silla y dió órden á los conductores para que la llevasen al Koan-Ti-Miao.

El camino no podia ser mas recto. No habia que hacer mas que seguir la Carrera de Cha-Cua hasta la encrucijada y subir por la calle Mayor hasta la puerta de Tien.

Pero la silla no pudo adelantar sin dificultad, porque la afluencia de negociantes era grande todavía en aquel barrio, que es el mas populoso de la capital. Las barracas de los mercaderes daban á la calle de árboles el aspecto de un campo de feria con sus mil ruidos y clamores. Los oradores al aire libre, los lectores públicos, los que decian la buena ventura, los fotógrafos, los caricaturistas, tan poco respetuosos hácia la autoridad de los mandarines, gritaban y lanzaban cada uno su nota en el barullo general. Por aquí pasaba un entierro con gran pompa que detenia la circulacion; por allá una boda, menos alegre quizá que la comitiva fúnebre, pero que dificultaba tambien el paso. Delante del yamen de un magistrado habia un gran grupo de gente; un agraviado acababa de hacer resonar el *tambor de las quejas* para reclamar la intervencion de la justicia. Sobre la piedra Seu-Ping estaba arrodillado un malhechor que acababa de recibir la paliza de reglamento, custodiado por soldados de policía con su birrete manchú y los dos sables en la misma vaina. Mas lejos, algunos chinos recalcitrantes, atados unos á otros por sus coletas, iban conducidos al cuerpo de guardia. Todavía mas allá, un pobre diablo con la mano izquierda y el pie derecho metidos en los agujeros de un cepo, marchaba cojeando como un animal estraño. Luego se veia un ladron metido en una caja de madera sacando la cabeza por un agujero de su jaula y abandonado á la caridad pública. Otros llevaban cubos de agua á la manera de bueyes encorbados bajo el yugo. Aquellos desdichados buscaban sin duda los sitios mas frecuentados, con la esperanza de ganar algo mas, especulando sobre la piedad de los transeuntes y con detrimento de los mendigos de todas especies, mancos, cojos y paralíticos, filas de ciegos conducidos por un tuerto y las mil variedades de enfermos verdaderos ó falsos que pululan en las ciudades del Imperio de las Flores.

La silla se adelantaba, pues, lentamente y la multitud iba siendo mas densa á medida que se acercaba al baluarte exterior. Luego se detuvo en el bastion que defiende la puerta cerca del templo de la diosa Koanine.

Le-u bajó, entró en el templo, se arrodilló y se prosternó despues ante la estátua de la diosa. Hecho esto, se dirigió hacia el aparato religioso que tiene el nombre de *molino de oraciones*.

Era una especie de devanadera cuyos ocho brazos tenian en su estremo banderolas adornadas de sentencias sagradas.

Un bonzo esperaba gravemente cerca del aparato á los devotos, y sobre todo, el precio de las devociones.

Le-u entregó al servidor de Buda algunos taeles destinados á los gastos del culto; y apoyando la mano izquierda en el corazon, con la derecha tomó el manubrio de la devanadera y le imprimió un ligero movimiento de rotacion. Sin duda el molino no giraba con bastante rapidez para que la oracion fuese mas eficaz.

—Mas deprisa, le dijo el bonzo animándola con un ademan.

La jóven comenzó á devanar mas deprisa.

Aquella operacion duró cerca de un cuarto de hora, al cabo del cual el bonzo afirmó que se verian cumplidos los deseos de la postulante.

Le-u se prosternó de nuevo ante la estátua de la diosa Koanine, salió del templo y volvió á subir en su silla para regresar á su casa.

Pero en el momento de entrar en la calle Mayor los conductores tuvieron que apartarse precipitadamente á un lado. Varios soldados separaban brutalmente al pueblo; las tiendas se cerraban de órden superior; las calles transversales se tapaban con colgaduras azules bajo la guardia de los tipaos.

Una comitiva numerosa ocupaba una parte de la calle y se adelantaba ruidosamente.

Era el emperador Koang-Pin, cuyo nombre significa *Continuacion de gloria* que volvia á su buena ciudad tártara y delante del cual iba á abrirse la puerta del centro.

Detrás de los dos soldados de caballería que abrian

la marcha, iba un peloton de exploradores seguido de alabarderos dispuestos en dos filas y llevando las alabardas apoyadas en las bandoleras.

Despues iba un grupo de oficiales de elevada categoría desplegando el quitasol amarillo con volantes adornados del dragon, que es el emblema del emperador, como el fénix lo es de la emperatriz.

Enseguida se presentó el palanquin cuyas cortinas de seda amarilla iban levantadas, sostenido por diez y seis conductores de túnicas rojas sembradas de rosas blancas y chalecos de seda labrada. Escoltaban el vehículo imperial varios príncipes de la sangre y altos dignatarios, cabalgando en caballos enjaezados de seda amarilla, señal de la primera nobleza.

En el palanquin iba medio tendido el Hijo del Cielo, primo del emperador Tong-Che y sobrino del príncipe Kong.

Despues del palanquin iban palafreneros y conductores de repuesto; y por último toda aquella comitiva desapareció por la puerta de Tien con gran satisfaccion de los transeuntes, mercaderes y mendigos que pudieron entregarse de nuevo á sus ocupaciones.

La silla de Le-u continuó, pues, su camino y la dejó en su casa despues de una ausencia de dos horas.

¡Ah, qué sorpresa habia preparado la buena diosa Koanine á la jóven viuda!

En el momento en que se detenia la silla, un carruaje cubierto de polvo y tirado por dos mulas, acababa de pararse cerca de la puerta, y de aquel carruaje bajó Kin-Fo seguido de Craig, de Fry y de Sun.

—¡Usted, usted! exclamó Le-u sin poder creer á sus ojos.

—¡Querida hermanita menor! respondió Kin-Fo; no podia usted dudar de mi regreso.

Le-u no respondió. Tomó la mano de su amigo y le llevó hasta el tocador delante del pequeño aparato fonográfico, discreto confidente de sus penas.

—No he cesado un instante de esperar á usted, querido corazon bordado de flores de seda.

Y separando el cilindro, empujó el resorte y le puso en movimiento. Kin-Fo pudo oir entonces una dulce voz, que repetia lo que la tierna Le-u habia dicho pocas horas antes.

«Vuelve, hermanito querido. Vuelve á mi lado; que no se separen nuestros corazones como no se separan las dos estrellas del Pastor y de la Lira. Todos mis pensamientos se cifran en tu vuelta...»

El aparato se calló por un segundo, nada mas que por un segundo y despues continuó, pero esta vez con voz chillona.

«No basta tener un ama, sino que dentro de poco habrá un amo en la casa. Que el príncipe Yen los estrangule á los dos.»

Aquella voz era muy fácil de conocer por ser la de Nan. La desagradable vieja habia continuado hablando despues de la marcha de Le-u mientras el aparato funcionaba todavía; el cual recogió, sin que ella lo supiese, sus imprudentes palabras.

Criados y criadas, desconfiad de los fonógrafos.

Aquel mismo dia Nan fue despedida; y para ponerla á la puerta, no esperaron sus amos los últimos dias de la sétima luna.

CAPITULO XV.

EL CUAL RESERVA CIERTAMENTE UNA SORPRESA A KIN-FO Y QUIZA AL LECTOR.

Nada se oponia ya al matrimonio del rico Kin-Fo de Shang-Hai con la amable Le-u de Peking. No faltaban mas que seis dias para que terminara el plazo dado á Wang para cumplir su promesa; pero el desgraciado filósofo habia pagado con la vida su fuga inexplicable y no habia ya nada que temer por este lado. El matrimonio podia, por consiguiente, efectuarse, y se fijó para aquel mismo dia, 25 de junio, que Kin-Fo habia señalado en otro tiempo como último de su existencia.

La jóven conoció entonces toda la situacion y supo por qué fases diversas acababa de pasar el hombre que no queriendo al principio hacerla miserable, ni despues hacerla viuda, volvia libre, en fin, á hacerla dichosa.

Pero Le-u al saber la muerte del filósofo no pudo contener algunas lágrimas. Le conocia, le tenia afecto, habia sido el primer confidente de su cariño á Kin-Fo.

—¡Pobre Wang! dijo. ¡Faltará alguna cosa á nuestro matrimonio!

—Sí, respondió Kin-Fo, que tambien echaba de menos al compañero de su juventud, al amigo de veinte años. Y sin embargo, añadió, me habria muerto como lo habia prometido.

—No, no, dijo Le-u moviendo su linda cabeza; quizá ha buscado la muerte en las aguas del Pei-ho para no cumplir esa horrible promesa.

—¡Ah! aquella hipótesis era demasiado admisible; Wang habia querido ahogarse para eludir la obligacion de cumplir su juramento. Sobre este punto Kin-Fo pensaba lo mismo que la jóven. Aquellos dos corazones conservaban el recuerdo indeleble del filósofo. Escusado es decir que, á consecuencia de la catástrofe de Pali-Kao los periódicos chinos cesaron de reproducir los anuncios ridículos del ilustre William J. Bidulph; de manera que la incómoda celebridad de Kin-Fo se desvaneció con tanta presteza como se habia creado.

¿Y qué iba á ser de Craig y de Fry? Estaban encargados de defender los intereses de la *Centenaria* hasta el 30 de Junio; es decir, durante diez dias todavía; pero en realidad Kin-Fo no tenia ya necesidad de sus servicios. ¿Era de temer que Wang atentase á su persona? No, pues que no existia. ¿Podian temer que su cliente dirigiese contra sí mismo una mano criminal? Tampoco: Kin-Fo no queria ya mas que vivir y vivir bien y el mayor tiempo posible. Así, pues, la incesante vigilancia de Craig y de Fry no tenia razon de ser. Pero eran dos buenas personas aquellos dos entes originales; y si su adhesion en último resultado no se dirigia mas que al cliente de la *Centenaria*, no por eso habia dejado de ser constante y sincera. Kin-Fo les rogó que asistiesen á su boda y ellos accedieron.

—Por lo demás, observó placenteramente Fry á Craig, un matrimonio es algunas veces un suicidio.

—Da uno la vida sin dejar de conservarla, respondió Craig con una sonrisa amable.

Desde el dia siguiente por la mañana, Nan habia sido reemplazada en la casa de la carrera de Cha-Cua por un personal mas conveniente. Una tia de la jóven, llamada la señora Lutalu, debia hacer los oficios de madre hasta la celebracion del matrimonio. La señora Lutalu, viuda de un mandarin de cuarta categoría, segunda clase y boton azul, antiguo lector imperial é individuo de la Academia de Han-Sin, poseia todas las cualidades físicas y morales exigidas para desempeñar dignamente aquellas importantes funciones.

En cuanto á Kin-Fo, pensaba salir de Peking inmediatamente despues de su matrimonio, porque no era de esos chinos que gustan vivir á la inmediacion de las córtes; y no se consideraria verdaderamente feliz sino cuando viese á su esposa instalada en el rico yamen de Shang-Hai.

Eligió una habitacion provisional en el *Tien-Fu-Tang, templo de la Dicha Celeste*, fonda y pasteleria

muy cómoda, situada cerca del baluarte de Tien-Mi o entre las dos ciudades tártara y china. Allí se acomodaron tambien Craig y Fry que por costumbre no podian decidirse á dejar á su cliente, mientras que Sun volvia á su servicio, siempre murmurando, pero teniendo mucho cuidado de mirar si habia cerca de sí algun fonógrafo indiscreto. La aventura de Nan le habia hecho un poco prudente. Kin-Fo habia tenido el placer de encontrar en Peking á dos amigos de Canton, el negociante Yin-Pang y el letrado Hual. Además conocia á varios funcionarios y comerciantes de la capital y todos se prestaron con gusto á asistirle en aquellas solemnes circunstancias. Era verdaderamente feliz aquel hombre en otro tiempo indiferente, aquel impasible discípulo de Wang. Dos meses de cuidados, de inquietudes, de incomodidades; dos meses de movimiento é incertidumbre en su existencia, habian bastado para hacerle apreciar lo que es, lo que debe y lo que puede ser la felicidad en la tierra. Sí, el sabio filósofo tenia razon. ¡Por qué no estaba allí para confirmar una vez mas su doctrina!

Kin-Fo pasaba al lado de la jóven todo el tiempo que no dedicaba á los preparativos de la ceremonia; y Le-u era feliz teniendo á su lado á Kin-Fo. ¿Qué necesidad tenia este de poner á contribucion los mas ricos almacenes de la capital para colmarla de regalos magníficos? No pensaba mas que en él y se repetia las sábias máximas de la célebre Pan-Hoei-Pan.

«Si una mujer tiene un marido segun su corazon, es para toda su vida.

»La mujer debe tener un respeto sin límites al hombre cuyo nombre lleva y fijar contínuamente la atencion sobre sí misma.

»La mujer debe ser en la casa como una sombra y como un simple eco.

»El esposo es el cielo de la esposa.»

Entre tanto se terminaban los preparativos de aquella fiesta matrimonial que Kin-Fo queria que fuese espléndida.

Ya los treinta pares de zapatos bordados, que exige la canastilla de boda de una china, estaban colocados en la habitacion de la carrera de Cha Cua. Los productos de la confitería de Simu-Yan, almendras, frutas secas, pastas, dulces, conservas de ciruelas, naranjas, gengibre y pamplemusas; las magníficas telas de seda; las joyas de piedras preciosas y de oro finamente cincelado; las sortijas, brazaletes, estuches para uñas, agujas de cabeza, etc. etc., todos los caprichos de la joyería de Peking se habian acumulado en el gabinete de Le-u.

En ese estraño Imperio del Centro cuando una jóven se casa no lleva ningun dote. Los padres del marido ó el marido mismo la compran verdaderamente, y á falta de hermanos no puede heredar una parte del caudal paterno como su padre no la haya declarado espresamente heredera. Estas condiciones son arregladas generalmente por intermedios que se llaman *Mei Yen* y el matrimonio no se decide hasta que todo está convenido y arreglado.

Entonces la jóven es presentada á los padres del marido y éste no la ve hasta el momento en que la silla cerrada llega á la casa conyugal. En aquel instante se da al esposo la llave de la silla y abre la portezuela. Si le agrada su futura esposa, le tiende la mano; y si no le agrada vuelve á cerrar inmediatamente la portezuela y el contrato queda roto, con la única condicion de abandonar las arras á los parientes de la jóven.

Nada semejante podia suceder en el caso de Kin-Fo porque conocia á la jóven y no tenia que comprarla á nadie, lo cual simplificaba mucho las cosas.

Al fin llegó el 25 de Junio. Todo estaba á punto para la ceremonia. Segun costumbre hacia tres dias que la casa de Le-u continuaba iluminada esteriormente. Aquellas tres noches la señora Lutalu, que representaba á la familia de la jóven, habia tenido que permanecer en vela, que es un modo de mostrarse triste en el momento en que la novia va á dejar el techo paterno. Si Kin-Fo hubiera tenido padres, su propia casa se hubiera iluminado tambien en señal de luto, porque se entiende que el matrimonio del hijo se considera como una imágen de la muerte del padre, y parece que entonces el hijo le sucede, como dice el Hao-Kien-Chuan.

Pero si estas costumbres no podian aplicarse á la union de dos esposos absolutamente libres, habia otras que necesariamente debian tenerse en cuenta.

No se habian despreciado las formalidades astronómicas. Los horóscopos, sacados segun todas las reglas del arte, marcaban una perfecta compatibilidad de destinos y de caractéres. La época del año, la edad de la luna se mostraban favorables y nunca se habia presentado un matrimonio bajo mas felices auspicios.

La recepcion de la novia debia hacerse á las ocho de la noche en la fonda de la *Dicha Celeste*; es decir, que la esposa iba á ser conducida con gran pompa al domicilio del esposo. En China los novios no se presentan ni al magistrado, ni al bonzo, ni al lama, ni á ningun otro sacerdote.

A las siete, Kin-Fo, acompañado de los inseparables Craig y Fry, radiantes de alegría como si fueran testigos de una boda europea, recibia á sus amigos en el umbral de su habitacion.

¡Qué asaltos de ceremonias! Aquellos notables personajes habian sido invitados en papel rojo con algunas líneas de caractéres microscópicos que decia: «El señor Kin-Fo de Shang-Hai saluda humildemente al señor... y le ruega mas humildemente todavía... que tenga la bondad de asistir á la humilde ceremonia... etc.»

Todos habian acudido para honrar á los esposos y tomar parte en el magnífico festin reservado á los hombres, mientras las señoras debian reunirse á una mesa especial servida para ellas.

Estaban allí el negociante Yin-Pun y el letrado Hual, algunos mandarines que llevaban en el bonete oficial el glóbulo rojo, del tamaño de un huevo de paloma, lo cual indicaba que pertenecian á las tres primeras órdenes. Otros, de categoría inferior, no llevaban mas que botones de color azul oscuro ó de blanco opaco. La mayor parte eran funcionarios civiles, de orígen chino, como debian serlo los amigos de un hombre de Shang-Hai, hostil á la raza tártara. Todos iban vestidos magníficamente, con túnicas resplandecientes y bonetes de fiesta, y todos formaban una comitiva vistosa en estremo.

Kin-Fo, como lo requeria la política, les esperaba á la entrada misma del edificio; y á medida que fueron llegando les condujo al salon de recepcion, despues de haberles rogado dos veces que pasaran delante á cada una de las puertas que se abrian por criados con librea de gala. Llamábales por los nombres de sus dignidades; les pedia noticia de su noble salud; se informaba de sus nobles familias; en fin, un minucioso observador de las ceremonias de la cortesía china, pueril y honrada, no hubiera podido señalar la mas ligera incorreccion en la conducta de Kin Fo.

Craig y Fry admiraban aquellas ceremonias; pero no perdian de vista á su atildado cliente.

Ambos habian tenido la misma idea. Si lo que era imposible, Wang no hubiese muerto, como se creia, en las aguas del rio; si asomara, mezclado entre los grupos de los convidados, ¿qué sucederia? Aun no habian transcurrido las veinte y cuatro horas del dia 25 de Junio; la última hora no habia sonado todavía; la mano del tai-ping no estaba desarmada. Si en el último momento...

Le-u bajó ligeramente del palanquin y atravesó el grupo de convidados.

No: esto era inverosímil; pero, en fin, era posible. Así, por un resto de prudencia, Craig y Fry miraban con cuidado á todos los que se presentaban... Despues de bien mirados todos, se convencieron de que no habia en la reunion ninguna cara sospechosa.

Entre tanto, la futura salia de su casa de la Carrera de Cha-Cua, y tomaba asiento en un palanquin cerrado.

Si Kin-Fo no habia querido tomar el trage de mandarin, que todo novio tiene derecho á ponerse para honrar la institucion del matrimonio, que los antiguos legisladores tenian en grande estima, Le-u se habia conformado con los reglamentos de la alta sociedad, y estaba resplandeciente con su prendido y vestido rojo, hecho de una admirable tela de seda bordada. Su rostro se ocultaba, por decirlo así, bajo un velo de perlas finas, que parecian caer gota á gota de la rica diadema de círculo de oro que ceñia su frente.

Piedras finas y flores artificiales del mejor gusto, brillaban en su cabellera y en sus largas trenzas negras. Kin-Fo no podria menos de encontrarla mas hechicera todavía, cuando bajase del palanquin que su mano iba á abrir en breve.

La comitiva se puso en marcha; torció la esquina para tomar la calle Mayor y seguir el baluarte de Tien-Mien Sin duda si aquello hubiera sido un entierro en vez de una boda, la ceremonia habria sido mas magnífica; pero en suma, merecia, con justicia, que los transeuntes se detuvieran para verla pasar.

Amigas y compañeras de Le-u, seguian al palanquin, llevando con gran pompa los diferentes objetos de lo que se llaman las *vistas*. ¡Unos veinte músicos marchaban delante con gran estrépito de instrumentos de cobre, entre los cuales sobresalia el gong sonoro. Alrededor del palanquin se agitaban una multitud de conductores, con antorchas y farolillos de mil colores. La futura, sin embargo, permanecia oculta á la vista de todos, porque la etiqueta exigia que fuera su esposo el primero que la viese.

En estas condiciones y en medio de un ruidoso concurso de pueblo, llegó la comitiva hácia las ocho de la noche á la fonda de la *Dicha Celeste*.

Kin-Fo estaba á la entrada, que habia sido adornada magníficamente, esperando la llegada del palanquin para abrir la portezuela, despues de lo cual debia ayudar á su futura á bajar, y conducirla á la habitacion reservada, donde ambos debian saludar cuatro veces al cielo, pasando despues á celebrar el banquete nupcial. La mujer haria cuatro genuflexiones ante su marido; éste, á su vez, haria dos ante la mujer; derramarian dos ó tres gotas de vino en forma de libaciones; ofrecerian algunos alimentos á los espíritus intermedios; les llevarian dos copas llenas; beberian cada uno hasta la mitad, y mezclando en una sola copa el resto, beberian en ella uno despues de otro y quedaria consagrada su union.

Al llegar el palanquin, Kin-Fo se adelantó, y un maestro de ceremonias le dió la llave. La tomó, abrió la portezuela y tendió la mano á la linda Le-u, que estaba toda conmovida. Le-u bajó ligeramente, y atravesó el grupo de convidados, que se inclinaron con respeto, levantando la mano á la altura del pecho.

En el momento en que la jóven iba á atravesar la puerta de la fonda, se dió la señal. Enormes cometas luminosas se levantaron en el espacio, y balancearon al soplo de la brisa sus imágenes multicolores de dragones, de aves fénix y de otros emblemas del matrimonio. Palomas eolias, provistas de un pequeño aparato sonoro, fijo en sus colas, salieron volando y llenaron el espacio de una armonía celeste. Cohetes de mil colores silbaron en el aire y esparcieron una deslumbrante lluvia de oro.

Pero de repente se oyó en la alameda de Tien-Men un ruido lejano de gritos y toques de trompeta. El ruido cesaba de cuando en cuando y despues volvia de nuevo.

Fuése acercando, y pronto invadió la calle donde la comitiva nupcial se habia detenido.

Kin-Fo escuchó. Sus amigos, indecisos, esperaban á que la jóven entrara en la fonda.

Pero casi al mismo tiempo la calle se llenó de gente, singularmente agitada, y el ruido de las trompetas se acercó mas y mas.

—¿Qué es eso? preguntó Kin-Fo.

La fisonomía de Le-u se habia alterado, y un secreto presentimiento aceleraba los latidos de su corazon.

La multitud invadió al fin la calle, rodeando á un heraldo de librea especial, escoltado por muchos tipaos. Aquel heraldo, despues de imponer silencio, dijo estas palabras, seguida de un sordo murmullo:

—La emperatriz viuda ha muerto. ¡Entredicho! ¡Entredicho!

Kin-Fo comprendió lo que aquello queria decir, porque era un golpe que le heria directamente, y no pudo contener un ademan de cólera.

Acababa de decretarse el luto imperial, con motivo de la muerte de la viuda del último emperador. En su consecuencia, durante un plazo que fijaria la ley, se prohibia á todos afeitarse la cabeza, dar fiestas públicas y representaciones teatrales; se prohibia á los tribunales administrar justicia, y se suspendia la celebracion de matrimonios.

Le-u, desconsolada, pero animosa por no aumentar la pena de su novio, presentó buena cara á la desgracia. Tomó la mano de su querido Kin-Fo, y con voz que quiso hacer serena para ocultar su emocion le dijo:

—Esperaremos.

El palanquin volvió á marchar con la jóven hácia la casa de la Carrera de Cha-Cua; se suspendieron los negocios; se quitaron las mesas que ya estaban preparadas; se despidieron los músicos, y se separaron los amigos del afligido Kin-Fo, despues de haberle dirigido sus cumplimientos de pésame.

No podia correrse el riesgo de infringir el decreto imperial.

Decididamente, la mala suerte continuaba persiguiendo á Kin-Fo. Otra ocasion se le presentaba para aprovechar las lecciones de filosofía que habia recibido de su antiguo maestro.

Quedóse solo con Craig y Fry en la habitacion desierta de la fonda de la *Dicha Celeste*, cuyo nombre le parecia ya un amargo sarcasmo.

El plazo del entredicho se podia prolongar, segun la voluntad del Hijo del Cielo. ¡Y Kin-Fo, que habia contado con volver inmediatamente á Shang-Hai, para instalar á su jóven esposa en el rico yamen y comenzar una nueva vida en condiciones nuevas!

Una hora despues entraba un criado y le daba una carta, que en aquel momento acababa de llevar un mensajero.

Kin-Fo, cuando miró el sobre y conoció la letra, no pudo contener un grito.

La carta era de Wang, y decia lo siguiente:

«Amigo: no he muerto; pero cuando recibas esta carta, habré cesado de vivir.

»Muero porque no tengo valor para cumplir mi promesa; pero tranquilízate, lo he previsto todo.

»Lao-Sen, antiguo jefe de los tai ping y compañero mio, tiene tu carta. El tendrá la mano y el corazon mas firmes que yo para cumplir la horrible mision que me obligaste á aceptar. A él pasará, por consiguiente, el capital asegurado sobre tu cabeza; yo se lo traspaso, y él le cobrará cuando tú no existas...

»Adios. Te precedo en la muerte. Hasta luego, amigo mio. Adios.

»WANG.»

CAPITULO XVI.

EN EL CUAL KIN-FO, TODAVÍA SOLTERO, COMIENZA A CORRER DE NUEVO A TODA PRISA.

Tal era la situacion en que se hallaba Kin-Fo, mil veces mas grave que lo habia sido nunca.

Wang, á pesar de la palabra que habia dado, habia sentido debilitarse su valor al llegar el momento de herir á su jóven discípulo. Es decir, que Wang no sabia nada del cambio acaecido en la fortuna de Kin-Fo, pues que su carta nada le decia. ¡Y Wang habia encargado á otro el cumplimiento de su promesa! ¡Y qué otro! Un tai-ping temible entre todos, que no tendria escrúpulo en cometer un simple asesinato, del cual ni siquiera le podrian hacer responsable, porque la carta de Kin-Fo le aseguraba la impunidad, y el testamento de Wang un capital de 50.000 duros.

¡Ah! ¡esto es ya demasiado! esclamó Kin-Fo en el primer movimieno de cólera.

Craig y Fry se enteraron de la misiva de Wang.

—La carta de usted, dijeron á Kin-Fo, ¿no tenia la fecha del 25 de junio, como último dia del plazo concedido á Wang para cumplir su promesa?

—No tal, respondió Kin-Fo. Wang debia poner en ella la fecha del dia de mi muerte. Ahora ese Lao-Sen puede matarme cuando le parezca, sin tener para ello plazo determinado.

—Es verdad, dijeron Craig y Fry; pero tiene interés en ejecutar la muerte en breve.

—¿Por qué?

—Para poder cobrar el capital asegurado en cabeza de usted antes de que haya caducado la póliza.

El argumento era incontestable.

—Es verdad, respondió Kin-Fo; pero de todos modos, no debo perder tiempo en recobrar mi carta, aunque tenga que pagarla con los 50.000 duros prometidos á ese Lao-Sen.

—Justo, dijo Craig.

—Cierto, añadió Fry.

—Marcharé pues. Alguien debe saber dónde está ahora ese jefe tai-ping; quizá no se ocultará tanto como Wang.

Hablando así Kin-Fo, no podia estarse quieto en ninguna parte: iba y venia; aquella série de golpes contundentes, que habian caido sobre él uno tras otro, le ponia en un estado de sobrescitacion estraordinaria.

—Marchemos, dijo. Voy en busca de Lao-Sen. Ustedes, señores, hagan lo que les parezca.

—Los intereses de la *Centenaria*, respondieron Fry y Craig, están mas amenazados que nunca; y abandonar á usted en estas circunstancias, seria faltar á nuestro deber. No nos separaremos de usted.

No habia un momento que perder; pero ante todo era preciso saber á ciencia cierta quién era ese Lao-Sen y en qué paraje residia. Ahora bien; la fama del tai-ping era tal, que no parecia difícil obtener estas noticias.

En efecto, el antiguo compañero de Wang en el movimiento insurreccional de los mang-chao, se habia retirado al norte de la China al otro lado de la gran muralla hácia la parte inmediata al golfo de Leao-Tong, que es un anejo al golfo de Pe-Chi-Li. Si el gobierno imperial no habia tratado todavía con él como lo habia hecho con algunos otros jefes rebeldes á quienes no habia podido reducir, á lo menos le dejaba operar tranquilamente en esos territorios situados al otro lado de las fronteras chinas, donde Lao-Sen, resignado á un papel mas modesto, hacia el oficio de salteador de caminos. ¡Ah, Wang habia escogido bien al hombre que necesitaba! Este no tendria escrúpulos, y por una puñalada mas ó menos, no habia de conmoverse su conciencia.

Kin-Fo y los dos agentes obtuvieron, pues, noticias completas acerca del tai-ping, y supieron que le habian visto últimamente en las inmediaciones de Fu-Ning, puertecillo del golfo de Leao-Tong. Resolvieron, pues, dirigirse sin tardanza á aquel sitio. Ante todo, Kin-Fo informó á Le-u de lo que acababa de pasar, y las angustias de la jóven se redoblaron. Con lágrimas en los ojos quiso disuadir á Kin-Fo de aquel viaje, diciéndole que en vez de huir el peligro iba á encontrarle; que valia mas esperar, alejarse y hasta salir del Celeste Imperio, y en caso de necesidad, refugiarse en alguna parte del mundo donde no pudiera alcanzarles el feroz Lao-Sen.

Pero Kin-Fo la hizo comprender que no podria soportar la perspectiva de vivir bajo aquella amenaza incesante y á la merced de un malvado como Lao-Sen, á quien su muerte valdria una riqueza. No: era preciso concluir de una vez. Kin-Fo y sus fieles acólitos marcharian aquel mismo dia, se presentarian al tai-ping, rescatarian á precio de oro la deplorable carta, y estarian de vuelta en Peking aun antes de que concluyera el plazo marcado en el decreto que habia prohibido los matrimonios.

—Querida hermanita, dijo Kin-Fo, ahora siento menos que nuestro matrimonio se haya aplazado por algunos dias. Si estuviera ya hecho, ¡qué situacion para tí!

—Si estuviera hecho, respondió Le-u, tendria el derecho y el deber de seguirte y te seguiria.

—No, dijo Kin-Fo, preferiria mil muertes antes que esponerte á un solo peligro... Adios, Le-u, adios.

Y Kin-Fo, con los ojos bañados de lágrimas se arrancó de los brazos de la jóven, que queria detenerle.

El mismo dia Kin-Fo, Craig y Fry, seguidos de Sun, á quien su mala ventura no dejaba un momento de descanso, salieron de Peking y tomaron el camino de Tong Cheu, á donde llegaron al cabo de una hora.

Veamos lo que habian decidido.

El viaje por tierra, atravesando unas provincias poco seguras, ofrecia dificultades graves.

Si no se hubiera tratado mas que de llegar á la gran muralla del norte de la capital, cualesquiera que fuesen los peligros que ofreciera aquel camino de 160 lis (40 leguas) habria sido necesario arrostrarlas Pero el puerto de Fu-Ning no se hallaba hácia el Norte sino hácia el Este, y dirigiéndose á él por mar se ganaria tiempo y se evitarian muchos peligros. En cosa de cuatro ó cinco dias Kin-Fo y sus compañeros podrian llegar á Fu-Ning y allí consultarian lo que habian de hacer.

¿Pero se encontraria un buque que saliera para Fu-Ning?

Esto era lo que habia que averiguar ante todo, para lo cual era preciso visitar á los agentes marítimos de Tong-Chen.

En aquella ocasion la casualidad sirvió á Kin-Fo, á pesar de la mala fortuna que le perseguia sin descanso. Habia un buque á la carga para Fu-Ning en la embocadura del Pei-ho.

No habia, pues, que hacer mas que tomar uno de los rápidos vapores que hacen el servicio del rio, salir hasta la embocadura y embarcarse en el buque que esperaba.

Craig y Fry no tuvieron mas que una hora para hacer sus preparativos y la emplearon en comprar los aparatos de salvamento conocidos, desde el primitivo cinturon de corcho hasta los vestidos insumergibles del capitan Boyton. Kin-Fo seguia valiendo 200.000 duros, y para viajar por mar no tenia que pagar aumento de prima, pues que estaba asegurado contra todos los riesgos Podia, pues, suceder una catástrofe, y era preciso preverlo todo.

El 26 de Junio á las doce de la mañana, Kin-Fo, Craig, Fry y Sun se embarcaron en el *Pei-Tang* y bajaron por el Pei-Ho. Las sinuosidades de este rio tan caprichosas que le alargan en una estension doble de la que tendria una línea recta que uniese á Tong-Chen con su embocadura; pero está canalizado y es, por consiguiente, navegable para buques de gran cabida. Por eso el movimiento marítimo en él es grande y mucho mas importante que el de la carretera que se estiende paralelamente á él.

El *Pei-Tang* bajaba rápidamente entre las balizas del canal, batiendo con sus ruedas las aguas amarillentas del rio y perturbando en su remolino los muchos canales de riego de las dos orillas.

Pronto pasó de la alta torre de una pagoda que hay mas allá de Tong-Chuey, que desapareció en un recodo que bruscamente hacia el rio.

Allí el Pei-ho no era todavía muy ancho. Corria entre dunas arenosas y entre lugarcillos agrícolas por un paisaje bastante cubierto de árboles entre huertos y setos vivos. Despues se presentaron varias poblaciones importantes como Matao, He-Si-Vu, Nan-Tsae y Yan-Tsun, donde todavía se hacen sentir las mareas.

En breve apareció Tsieu Tsin. Allí tuvieron que perder algun tiempo porque fue preciso aguardar á que abriesen el puente del Este que reune las dos orillas del rio, y circular despues, no sin trabajo, entre los centenares de buques de que está lleno el puerto. Esto no pudo hacerse sin grandes clamores y á costa de las amarras de alguna barca que se cortaban, sin atender al daño que de ello podia resultar. De aquí una confusion de barcos arrastrados por la corriente que hubiera dado mucho que hacer á los capitanes y maestres del puerto si los hubiera habido en Tsien-Tsin.

Durante toda aquella navegacion escusado es decir que Craig y Fry, mas atentos y cuidadosos que nunca, no se apartaban una pulgada de su cliente.

No se trataba ya del filósofo Wang, con quien hubiera sido fácil un arreglo si se le hubiera podido-

El *Pei-Tang* bajaba rápidamente entre las balizas del canal.

avisar, sino de Lao-Sen, un tai-ping á quien no conocian, lo cual le hacia mucho mas temible. Hubieran podido creerse en seguridad, pues que iban á buscarle; ¿pero no podia haberse puesto ya en camino para buscar á su víctima? Y entonces ¿cómo evitarlo? ¿Cómo prevenir el crímen? Craig y Fry veian un asesino en cada pasajero del *Pei-Tang*. No comian, no dormian, no vivian.

En cuanto á Sun, no dejaba de estar poseido de una horrible ansiedad. El solo pensamiento de caminar por mar le mareaba ya. Se ponia pálido á medida que el *Pei-Tang* se acercaba al golfo de Pe-Chi-Li. Su nariz se arrugaba, su boca se contraia y sin embargo las aguas tranquilas del rio no imprimian todavía ninguna sacudida al vapor.

¿Qué sería cuando Sun tuviera que soportar las olas cortas de un mar estrecho, esas olas que hacen los balances mas vivos y mas frecuentes?

—¿No has navegado nunca? le preguntó Craig.

—Jamás.

—¿No te parece bien? preguntó Fry.

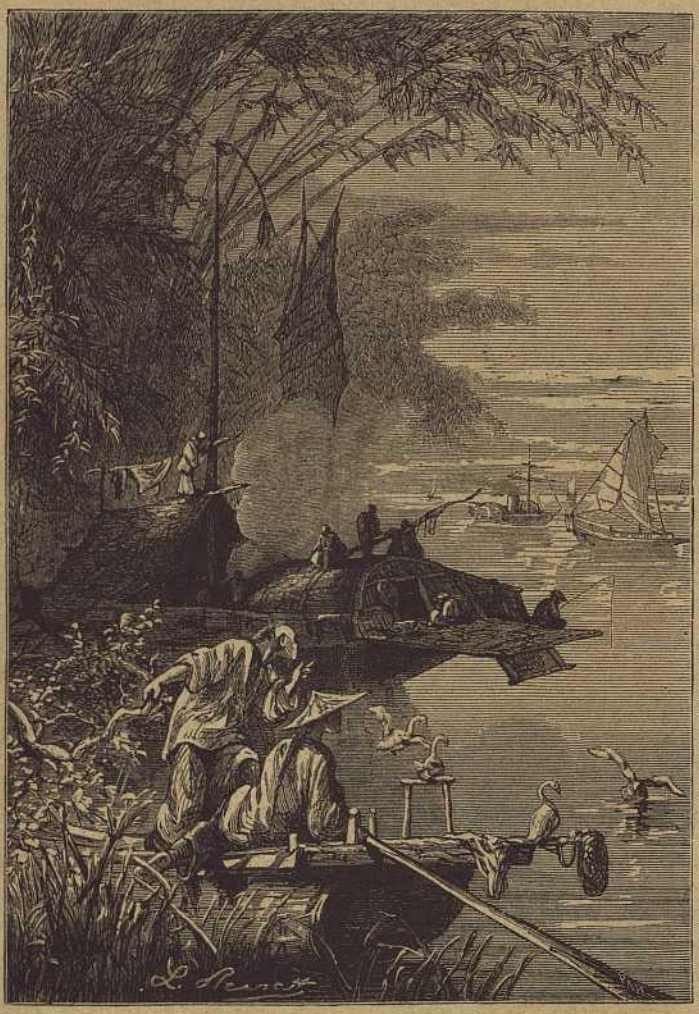
—No.

—Pues ten cuidado de levantar la cabeza, añadió Craig.

—¡La cabeza!

—Y de no abrir la boca... añadió Fry.

Sun hizo comprender á los dos agentes que no queria hablar y fué á instalarse en el centro del barco, no sin haber dirigido hácia el rio, que ya se iba ensanchando, la mirada melancólica de las personas predestinadas á la prueba un poco ridícula del mareo. El pasaje se habia modificado. La orilla derecha, mas acantilada, contrastaba por su elevacion con la orilla izquierda, cuya larga playa se cubria con la espuma de una ligera resaca. Mas allá se estendian grandes campos de sorgo, de maíz, trigo y mijo. Allí, como en toda la China, madre de familia que tiene tantos millones de hijos que alimentar, no habia una parte cultivable de terreno que no estuviese cultivada. Por todas partes se veian canales de riego, ó aparatos de bambúes, especie de norias en embrion que sacaban y esparcian profusamente el agua. Acá y allá, cerca de las aldeas formadas de casas construidas de barro y paja, se levantaban al-



Estos volátiles, á una señal de sus amos, se sumergian en el agua y sacaban los peces...

gunos grupos de árboles de diversas especies, entre los cuales habia viejos manzanos que no hubieran figurado mal en una llanura normanda. Por las orillas iban y venian muchos pescadores á los cuales los cormoranes servian de perros de caza, ó mejor dicho de perros de pesca. Estos volátiles, á una señal de sus amos, se sumergian en el agua y sacaban los peces, que no se habian podido comer gracias á un anillo que les apretaba el cuello. Despues se veian patos, cuervos, maricas, gavilanes, á quienes el ruido del vapor hacia levantar el vuelo entre las altas yerbas.

Si la carretera á lo largo del rio se mostraba entonces desierta, en cambio el movimiento marítimo del Pei-ho no se disminuia. ¡Qué de barcos de toda especie subian y bajaban por él! Juncos de guerra con su bateria de barbeta, cuyo techo formaba una curva muy cóncava de popa á proa, manejados por dos filas de remeros ó por paletas movidas por mano de hombre; juncos de aduanas de dos palos con velas de chalupa puestas en tension por palos trasversales y adornados en la popa y en la proa de cabezas ó de colas de fantásticas quimeras; juncos de comercio de gran cabida, anchos cascos que, cargados de lo mas precioso del Celeste Imperio, no temian arrostrar los tifones de los mares inmediatos; juncos de viajeros que marchaban al remo ó á la cuerda, segun las horas de la marea, y destinadas á las personas que tenian tiempo de sobra; juncos de mandarines, pequeños yachts de placer remolcados por sus canoas; sampanes de todas formas con velas de estera de junco, y de los cuales los mas pequeños, dirigidos por jóvenes con el remo en una mano y el niño al hombro, merecen bien su nombre, que significa *tres tablas*; en fin, balsas de madera, verdaderas aldeas flotantes con cabañas, tiestos de árboles, legumbres, etc.

Poco á poco las poblaciones iban siendo mas raras. Se cuentan unas veinte entre Tien-Sin y Ta-Ku á la embocadura del rio. En las orillas salian torbellinos de humo de algunos hornos de ladrillo, cuyos vapores enturbiaban el aire uniéndose á los del buque. La noche llegaba precedida por el crepúsculo de junio, que se prolonga bastante en aquella latitud.

Pronto se dibujaron en la penumbra multitud de dunas blancas simétricamente dispuestas y de una forma igual. Eran montones de sal recogidos en las salinas inmediatas. Allí, entre terrenos áridos, se abria el estuario del Pei-ho, triste pasaje, dice monsieur de Beauvoir, que es todo arena, todo sal, todo polvo y todo ceniza.

A la mañana siguiente, 27 de junio, antes de salir el sol, el *Pei-Tang* llegó al puerto de Ta-Ku casi á la embocadura del rio. En aquel paraje, en las dos orillas se levantan los fuertes del Norte y del Sur, hoy arruinados, que fueron tomados por el ejército anglo-francés en 1860. Allí se dió la gloriosa batalla del general Collinaau en 24 de agosto del mismo año; allí los cañoneros habian forzado la entrada del rio; allí se estiende una estrecha banda de territorios apenas ocupados que lleva el nombre de concesion francesa; y allí se vé todavía el monumento funerario bajo el cual reposan los restos de los oficiales y soldados muertos en aquellos combates memorables.

El *Pei-Tang* no debia pasar la barra. Todos los pasajeros tuvieron que desembarcar en Ta-Ku, ciudad bastante importante ya, cuyo desarrollo será considerable si los mandarines dejan establecer un camino de hierro que la una á Tien-Tsin.

El buque que estaba á la carga debia darse á la vela para Fu-Ning el mismo dia. Kin-Fo y sus compañeros no tenian momento que perder. Hicieron, pues, llegar á la orilla un sampan, y un cuarto de hora despues estaban á bordo del *Sam-Yep*.

CAPITULO XVII.

EN EL CUAL SE COMPROMETE DE NUEVO EL VALOR MERCANTIL DE KIN-FO.

Ocho dias antes, un buque norte-americano habia anclado en el puerto de Ta-Ku. Fletado por la sesta compañía chino-californiana, habia sido cargado por cuenta de la agencia Fuk-Ting-Tong, que está instalada en el cementerio de Laurel-Hill de San Francisco.

Allí los chinos muertos en América esperan el dia de ser trasladados á su patria, fieles á su religion, que les manda descansar en la tierra natal.

Este buque, destinado á Canton, habia tomado, con autorizacion escrita de la agencia, un cargamento de doscientos cincuenta ataudes, con sus correspondientes cadáveres de los cuales setenta y cinco debian ser desembarcados en Ta-Ku para ser enviados inmediatamente á las provincias del Norte. Habíase hecho el trasbordo de este cargamento del buque norte-americano al buque chino, el cual, en la mañana del 27 de junio, aparejó para el puerto de Fu-Ning.

En este buque fue donde tomaron pasaje Kin-Fo y sus compañeros. No le habrian elegido sin duda; pero no habiendo otros que salieran para el golfo de Leao-Tong, tuvieron que embarcarse en él. Además, no se trataba sino de una travesía de dos ó tres dias á lo sumo, facilísima en aquella época del año.

El *Sam-Yep* era un junco de mar de cabida de unas 300 toneladas.

Los hay de 1000 y de mas que calan seis pies solamente, calado que les permite pasar la barra de los rios del Celeste Imperio. Siendo demasiado anchos para su longitud, con un bao de la cuarta parte de la quilla, marchan mal no yendo de bolina, segun parece. Pero pueden virar en redondo sobre el mismo sitio, girando como una peonza, lo que les dá una ventaja sobre otros buques de líneas mas finas. El azafran de su enorme timon está perforado por varios agujeros, sistema muy preconizado en China y cuyo efecto parece muy dudoso. De todos modos, estos grandes buques arrostran las costas de aquellos mares, y aun se citan juncos que, equipados por una casa del Canton bajo el mando de un capitan norte-americano, han llevado á San Francisco un cargamento de té y porcelana. Está, pues, demostrado que estos buques pueden sostenerse en el mar, y los hombres competentes son de parecer que los chinos se hacen muy buenos marineros.

El *Sam-Yep*, de construccion moderna, casi recto de proa á popa, recordaba por su construccion la forma de los cascos europeos. No tenia clavos ni clavijas de bambúes: calafateado de estopa y resina del Cambodge, permanecia tan seco que no tenia ni siquiera bomba de bodega. Su ligereza le hacia flotar sobre el agua como un pedazo de corcho. Un ancla fabricada de madera muy dura; un aparejo de fibras de palmera de una flexibilidad notable; velas flexibles que se manejaban desde cubierta y se cerraban y abrian á manera de abanico; dos palos dispuestos como el mayor y el mesana de un lugre sin escandalosa, sin foques, tal era aquel junco; bien comprendido, en suma, y bien aparejado para las necesidades del cabotaje.

Ciertamente nadie al ver el *Sam-Yep* hubiera adivinado que sus armadores le habian trasformado en un enorme carro fúnebre.

En efecto, en vez de las cajas de té, de los fardos de sedería y de las pastillas de perfumería china, estaba cargado de los ataudes que hemos dicho. Pero nada habia perdido de sus vivos colores. En sus dos alcázares de popa y proa ondeaban oriflamas y penachos multicolores. En la proa tenia un grande ojo flameante que le daba el aspecto de un gigantesco animal marino, y en el tope de los palos la brisa desarrollaba el brillante estambre del pabellon chino. Dos cañones alargaban por cima de la borda sus bocas relucientes que reflejaban como un espejo los rayos solares; máquinas útiles en aquellos mares, todavía infestados de piratas. Todo aquel conjunto era alegre, risueño, agradable á la vista. Despues de todo, el *Sam-Yep* no hacia mas que devolver á su patria algunos chinos; verdad es que eran cadáveres, pero cadáveres satisfechos.

Ni Kin Fo ni Sun podian esperimentar la menor repugnancia en tal situacion. Eran demasiado chinos para eso. Craig y Fry, semejantes á sus compatriotas norte-americanos, que no gustan de este género de cargamento, hubieran preferido sin duda cualquier otro buque de comercio, pero no les habia sido dado elegir.

Un capitan y seis hombres componian la tripulacion del junco, y bastaban para las maniobras sencillas del velámen. Dicen que la brújula ha sido inventada por los chinos: es posible, pero los que se ocupan en el cabotaje no la usan jamás, y navegan por la observacion y las marcaciones. Esto es lo que iba á hacer el capitan Yin, comandante del *Sam-Yep*, que contaba no perder de vista el litoral del golfo.

El capitan Yin, hombrecillo de cara risueña, vivo y locuaz, era la demostracion palpable de ese insoluble problema del movimiento perpétuo, porque no se podia estar dos minutos quieto en un sitio. Era abundante en gestos, y sus ojos hablaban mas que su lengua, la cual, sin embargo, no descansaba jamás detrás de sus dientes blancos. Traia á mal traer á la tripulacion; la interpelaba á cada momento, la injuriaba, pero en suma era un buen marino, muy práctico en aquellas costas y que manejaba el junco como si le tuviera entre los dedos. El alto precio que Kin-Fo pagaba por su pasaje y el de sus compañeros no podia alterar el humor jovial del capitan. Pasajeros que pagaban 50 telas (unas 1.200 pesetas) por una travesía de sesenta y ocho horas eran una ganga, si no se mostraban mas exigentes respecto de la cama

y del alimento que sus compañeros de viaje empaquetados en la bodega.

Kin-Fo, Craig y Fry habian tomado alojamiento, bien ó mal, bajo el alcázar de popa, y Sun en el de proa.

Los dos agentes, siempre desconfiados, se habian entregado á un minucioso exámen de la tripulacion y del capitan; pero nada hallaron sospechoso en la actitud de aquella buena gente. Suponer que podian estar de acuerdo con Lao-Sen era completamente inverosimil, pues que solo la casualidad habia puesto el junco á disposicion de su cliente; ¿y cómo la casualidad habia de ser cómplice del famoso taiping? La travesía, fuera de los peligros que ofreciera la mar, debia, pues, proporcionar una tregua de algunos dias á su alarma continua. Por eso dejaron á Kin-Fo mas solo que otras veces. Este no se disgustó de su soledad. Se metió en su camarote y pudo *filosofar* á sus anchas. ¡Pobre hombre, que no habia sabido apreciar su dicha ni comprender lo que valia aquella existencia exenta de cuidados en el yamen de Shang-Hai! ¡Pobre hombre, á quien el trabajo hubiera podido trasformar! Si volvia á entrar en posesion de su carta, ya se veria si la leccion le habia servido de algo y si el loco no se habia vuelto juicioso.

Pero aquella carta, ¿la recobraria al fin? Sí, sin duda ninguna, pues que pondria precio á su restitucion. Aquella no podia ser para Lao-Sen mas que una cuestion de dinero. Sin embargo, era preciso comprarla y no ser sorprendido: gran dificultad. Lao-Sen debia estar al corriente de todo lo que hacia Kin-Fo, mientras que Kin-Fo no sabia nada de lo que hacia Lao-Sen. De aquí el peligro sério que correria luego que hubiera desembarcado en la provincia esplotada por el tai-ping. Todo consistia en sorprenderle. Evidentemente Lao-Sen preferiria cobrar 50.000 duros en vida de Kin-Fo que la misma cantidad á su muerte, porque esto le evitaria un viaje á Shang-Hai y una visita á las oficinas de la *Centenaria*, cosa peligrosa para él, cualquiera que fuese la longanimidad del Gobierno acerca de su conducta anterior.

Así pensaba el trasformado Kin-Fo, y puede creerse que la noble viuda de Peking tenia una gran parte en sus proyectos de porvenir.

Entre tanto ¿qué pensaba Sun?

Sun no reflexionaba. Estaba tendido en el alcázar, pagando su tributo á las divinidades malhechoras del golfo de Pe-Chi-Li. No lograba reunir en su mente ninguna idea sino para maldecir á su amo, al filósofo Wang y al bandido Lao-Sen. Su corazon era estúpido, sus ideas estúpidas y sus sentimientos tambien. No pensaba ya en el té ni en el arroz. ¿Qué viento le habia llevado por allí, sin duda equivocadamente? Habia hecho muy mal, diez mil veces mal, en entrar al servicio de un hombre á quien se le habia antojado navegar. Daria de buena gana lo que el quedaba de coleta por no estar allí. Preferiria afeitarse toda la cabeza y hacerse bonzo. Tenia un mareo como si fuese un perro amarillo que le devorase el hígado y las entrañas.

Entre tanto, bajo el impulso de un buen viento del Sur, el *Sam-Yep* seguia, á tres ó cuatro millas de distancia, las costas bajas del litoral, que se estendian del Este al Oeste. Pasó por delante de Peh-Tang, á la embocadura del rio de este nombre, no lejos del sitio donde los ejércitos europeos realizaron su desembarco, y despues delante de Shang-Tung, de Shian-Ho, de las bocas del Tau, y de Hai-Ve-Tse.

Aquella parte del golfo comenzaba á presentarse desierta. El movimiento marítimo, muy importante en el estuario del Pei-Ho, no se estendia á 20 millas mas allá. Algunos juncos de comercio que hacian el cabotaje; una docena de barcas pescadoras que esplotaban el agua, abundante en peces, de la costa, y las almadrabas de la orilla; á lo lejos el horizonte, absolutamente desierto: tal era el aspecto de aquella parte del mar.

Craig y Fry observaron que las barcas pescadoras, aun aquellas que no pasaban de cinco á seis toneladas, iban armadas con uno ó dos cañoncitos.

Hicieron esta observacion al capitan Yin, el cual respondió frotándose las manos:

—Todo se necesita para imponer miedo á los piratas.

—¡Piratas en esta parte del golfo de Pe-Chi-Li! esclamó Fry.

—Hay abundancia de esa buena gente en los mares de la China.

Y el digno capitan se echó á reir, mostrando las dos filas de sus dientes blanquísimos.

—Parece que no les teme usted mucho, observó Fry.

—No, tengo aquí mis dos cañones, que son dos buenos mozos y que hablan muy alto cuando alguno se les pone demasiado cerca.

—¿Están cargados? preguntó Craig.

—Ordinariamente sí.

—¿Y ahora?

—No.

—¿Por qué? preguntó Fry.

—Porque no tengo pólvora, respondió tranquilamente el capitan Yin.

—¿Entónces para qué sirven los cañones? dijeron Craig y Fry, poco satisfechos de la respuesta.

—¡Para qué! esclamó el capitan. Para defender un cargamento cuando vale la pena de defenderlo, cuando el junco está atestado hasta las escotillas de té ó de ópio. Pero hoy, con el cargamento que lleva...

—¿Y cómo, dijo Craig, han de saber los piratas si este junco vale ó no la pena de ser atacado?

—¿Teme usted la visita de esa buena gente? respondió el capitan encogiéndose de hombros y girando sobre sus talones.

—Sí señor, dijo Fry.

—No traen ustedes ni siquiera una pacotilla á bordo.

—Es verdad, añadió Craig, pero tenemos razones particulares para no desear esa visita.

—Pues bien, estén ustedes tranquilos, respondió el capitan. Los piratas, si encontramos algunos, no darán caza á nuestro junco.

—¿Por qué?

—Porque sabrán de antemano á qué atenerse sobre la naturaleza de su cargamento desde el instante que le tengan á la vista.

Y el capitan Yin les mostró una bandera blanca que flotaba á la mitad del palo mayor del junco.

—La bandera blanca á media asta es la bandera de luto, y esa buena gente no se molestará para saquear un cargamento de ataudes.

—Pueden creer que navegamos bajo pabellon de luto por prudencia, observó Craig, y venir á bordo para cerciorarse.

—Si vienen los recibiremos, respondió el capitan Yin; y cuando nos hayan visitado, se volverán como hayan venido.

Craig y Fry no insistieron; pero no participaban, sino en muy corto grado, de la inalterable tranquilidad del capitan. La captura de un junco de 300 toneladas, aun en lastre, ofrecia buen provecho á la *buena gente* de que hablaba Yin para animarla á intentar el golpe. De todos modos era preciso resignarse y esperar que la travesía se hiciera con toda felicidad.

Por lo demás, el capitan no habia descuidado nada de lo que pudiera asegurarle un éxito favorable.

En el momento de aparejar habia sacrificado un

gallo en honor de las divinidades del mar. Del palo de mesana pendian todavía las plumas del desdichado gallináceo. Algunas gotas de su sangre esparcidas por el puente; una copita de vino arrojada al mar, habian completado aquel sacrificio propiciatorio. Así consagrado, ¿qué podia temer el junco *Sam-Yep* á l s órdenes del digno capitan Yin?

Sin embargo, podia sospecharse que aquellas caprichosas divinidades no habian quedado satisfechas. Ya fuera que el gallo estuviera demasiado flaco, ya que el vino no procediese de las mejores bodegas de Chao-Chin, acometió al junco un terrible vendaval que no habia podido ser previsto porque durante el dia claro y despejado habia reinado tiempo bueno y favorable brisa. El mas experto de los marineros no hubiera podido adivinar que se preparaba aquella galerna.

Hácia las ocho de la noche el *Sam-Yep* se disponia á doblar el cabo que presenta el litorial hácia el Nordeste, despues de cuya operacion no tendria mas que correr á gran largo, cosa muy favorable para su marcha. El capitan Yin, sin presumir demasiado de sus fuerzas, contaba llegar dentro de veinticuatro horas al fondeadero de Fu-Ning.

Kin-Fo veia acercarse la hora del desembarco, no sin un movimiento de impaciencia y Sun con un movimiento casi de ferocidad. Fry y Craig hacian la observacion de que si en tres dias su cliente habia recobrado de mano de Lao-Sen la carta que comprometia su existencia, habria conseguido su objeto precisamente en el mismo instante en que la *Centenaria* no necesitaria cuidarse de él por mas tiempo. En efecto, su póliza caducaba el 30 de junio á las doce de la noche, pues que no habia pagado mas que el plazo de dos meses al ilustre William J. Bidulph. Y entonces:

—All.... dijo Fry.

—Right, añadió Craig (1).

Al anochecer, cuando el junco llegaba á la entrada del golfo de Leao-Tong, el viento saltó bruscamente al Nordeste y despues, pasando por el Norte, comenzó dos horas mas tarde á soplar del Noroeste.

Si el capitan Yin hubiese tenido un barómetro á bordo, hubiera podido observar que la columna mercurial bajaba cuatro ó cinco milímetros casi súbitamente. Esta rápida rarefaccion del aire presagiaba un tifon (2) poco distante, cuyo movimiento conmovia ya las capas atmosféricas. Por otra parte, si hubiera conocido las observaciones del inglés Paddington y del americano Maury, habria tratado de cambiar su direccion y gobernar hácia el Nordeste con la esperanza de llegar á un punto menos peligroso fuera del centro de atraccion de la tempestad.

Pero el capitan Yin no hacia uso jamás del barómetro, é ignoraba la ley de los ciclones; y por otra parte, ¿no habia sacrificado un gallo poniéndose con este sacrificio al abrigo de todo riesgo?

Sin embargo era un buen marino aquel chino supersticioso, y lo demostró en las circunstancias en que se hallaba, pues por instinto maniobró como hubiera podido hacerlo un capitan europeo.

El tifon era un ciclon pequeño, dotado, por consiguiente de grandísima celeridad de rotacion y de un movimiento de traslacion de mas de cien kilómetros por hora. Empujó, pues, el *Sam-Yep* hácia el Este, circunstancia feliz en último resultado, porque corriendo de este modo el junco se separaba de una costa que no ofrecia ningun abrigo y contra la cual se habria estrellado en poco tiempo.

A las once de la noche la tempestad llegó á su grado máximo de intensidad. El capitan Yin, servido por su tripulacion, maniobró como verdadero marino. No se reia, pero conservaba toda su serenidad. Su mano, sólidamente fija á la caña del timon, dirigia el ligero buque que se levantaba sobre las olas como una malva.

Kin-Fo habia salido del alcázar de popa. Asido al filarete miraba al cielo cubierto de nubes difusas empujadas por el huracan y que arrastraban sobre el agua sus girones de vapores. Contemplaba el mar, blanco de espuma en medio de la oscuridad de la noche y cuyas aguas levantaba el tifon por medio de una aspiracion gigantesca por cima de su nivel normal. El peligro no le admiraba ni le asustaba, formaba parte de la serie de emociones que su mala fortuna le reservaba encarnizándose contra su persona. Una travesía de sesenta horas, sin tempestad y en medio del verano, era buena para los felices del dia; pero Kin-Fo no se contaba ya en el número de estos afortunados.

Craig y Fry estaban mas alarmados, siempre en razon del valor mercantil de su cliente. Ciertamente la vida de los dos agentes valia tanto como la de Kin-Fo. Muriendo con él no tendrian ya que cuidarse de los intereses de la *Centenaria*; pero aquellos agentes concienzudos no pensaban en sí mismos, sino en cumplir con su deber. No tenian inconveniente en morir aunque fuese con Kin-Fo; pero habia de ser despues de las doce de la noche del dia 30 de junio. Era necesario á toda costa salvar el millon de pesetas: esto era lo que deseaban y esto lo único en que pensaban.

Por su parte, Sun no sospechaba que el junco corriese ningun riesgo ó, mejor dicho, para él, el riesgo habia empezado desde el momento en que se habian embarcado sobre el pérfido elemento, aun con el tiempo mas favorable del mundo.

—¡Ah, los pasajeros de la bodega, pensaba Sun, están en una situacion menos deplorable! No sienten el cabeceo, ni los balances. ¡Ay, ay! Y el desgraciado Sun se preguntaba si en su lugar habria experimentado quiza dentro del ataud el mareo que sentia entonces.

Durante tres horas el junco estuvo muy comprometido. Una desviacion cualquiera en el manejo de la caña del timon le hubiera perdido anegando su cubierta. Si no podia volcarse, podia, á lo menos, llenarse de agua y hundirse.

Por lo demás, ni se le podia mantener en una direccion constante en medio del oleaje azotado por el torbellino del ciclon, ni era posible pretender calcular el rumbo que seguia ni el camino que habia recorrido.

Una feliz casualidad hizo que el *Sam-Yep* llegase sin grandes averías al centro de aquel gigantesco círculo atmosférico que cubria un área de cien kilómetros. Allí se encontraba un espacio de dos á tres millas de mar tranquila y viento apénas sensible. Era como un lago pacífico en medio de un océano alterado.

Aquella fue la salvacion del junco empujado hasta allí por el huracan á palo seco. Hácia las tres de la mañana el furor del ciclon se apaciguó como por encanto, y las aguas furiosas tendieron á calmarse alrededor de aquel pequeño lago central.

Pero cuando vino el dia, el *Sam-Yep* buscó en vano la tierra hácia los límites del horizonte. No habia ninguna tierra á la vista: las aguas del golfo, estendiéndose hasta la línea circular del cielo, rodeaban el junco por todas partes.

(1) All Right es una frase muy comunmente usada por los ingleses para espresar que todo va bien. *(N. del T.)*

(2) Los huracanes giratorios se llaman tornados en la costa occidental del Africa y tifones en los mares de la China. Su nombre científico es ciclones.

El capitan Yin, en medio de la tempestad, no se reia, pero conservaba toda su serenidad.

CAPITULO XVIII.

EN EL CUAL CRAIG Y FRY, IMPULSADOS POR LA CURIOSIDAD, VISITAN LA BODEGA DEL SAM-YEP.

—¿Dónde estamos, capitan Yin? preguntó Kin-Fo cuando hubo pasado el peligro.

—No puedo saberlo con exactitud, respondió el capitan cuyo rostro habia vuelto á presentar su acostumbrada jovialidad.

—¿En el golfo de Pe-Chi-Li?

—Puede ser.

—¿O en el golfo de Leao-Tong?

—Es posible.

—¿Pero á dónde vamos?

—A donde el viento nos lleve.

—¿Y cuándo tocaremos en tierra.

—Me es imposible decirlo.

—Un verdadero chino está siempre orientado, dijo Kin-Fo con mal humor citando un proverbio muy á la moda en el Celeste Imperio.

—En la tierra sí, respondió el capitan Yin; pero en el mar no.

Y aquí se echó á reir hasta juntársele la boca con las orejas.

—No es caso este de risa, dijo Kin-Fo.

—Tampoco me he de poner á llorar por eso, contestó el capitan.

En efecto; si la situacion no tenia nada de alarmante, en cambio era imposible al capitan Yin decir dónde se encontraba el *Sam-Yep*. ¿Cómo calcular la direccion durante una tempestad giratoria sin brújula y bajo la direccion de un viento que se movia sobre las tres cuartas partes del horizonte? El junco, con las velas recogidas, sin obedecer completamente á la influencia del timon, habia sido juguete del huracan, y por eso las respuestas del capitan habian tenido que ser inciertas, aunque pudiera haberlas dado en un tono menos jovial.

De todos modos, el *Sam-Yep*, ya estuviera en el golfo de Leao-Tong, ya en el de Pe-Chi-Li, no podia vacilar en poner la proa al Noroeste, pues la tierra debia estar necesariamente en aquella direccion. La cuestion no era mas que de distancia.

El capitan Yin, por consiguiente, hubiera desple-

gado sus velas y puesto la proa segun el sol que brillaba entonces con vivo resplandor si aquella maniobra hubiera sido posible en tal momento.

Pero no lo era.

Despues del tifon vino la calma chicha, sin una corriente en las capas atmosféricas y sin un soplo de viento, con una mar sin arrugas, apenas hinchada por sordas y estensas ondulaciones, que causaban un simple balanceo, pero que no producian ningun movimiento de traslacion. El junco se levantaba y se bajaba impulsado por una fuerza regular pero sin separarse de un sitio. Un vapor cálido pesaba sobre las aguas, y el cielo, tan profundamente turbado durante la noche, parecia entonces impropio para una lucha de los elementos. Era una de esas calmas que hemos llamado chichas cuya duracion es imposible calcular.

—¡Muy bien! dijo Kin-Fo; despues de la tempestad que nos ha arrastrado á alta mar, ahora falta el viento para impedirnos volver á tierra.

Despues, dirigiéndose al capitan, preguntó:

—¿Cuánto puede durar esta calma?

—En la estacion en que estamos ¿quién puede saberlo?

—¿Horas ó dias?

—Dias y aun semanas, replicó Yin con una sonrisa de perfecta resignacion que irritó mas al pasajero.

—¡Semanas! esclamó Kin-Fo. ¿Cree usted que puedo yo esperar aquí semanas?

—No habrá mas remedio, á no ser que llevemos nosotros el junco á remolque.

—¡Al diablo su junco de usted con todo lo que lleva y yo el primero, que he tenido la mala idea de tomar pasaje á su bordo!

—Amigo mio, respondió el capitan, ¿quiere usted que le dé dos buenos consejos?

—Démelos usted.

—El primero es que se vaya usted tranquilamente á dormir, como yo lo haré dentro de un momento, lo cual será muy juicioso despues de una noche pasada sobre cubierta.

—¿Y el segundo? preguntó Kin-Fo, á quien la calma del capitan exasperaba tanto como la del mar.

—El segundo, respondió el capitan, es que imite usted á mis pasajeros de la bodega que no se quejan jamás y toman el tiempo conforme viene.

Hecha esta observacion filosófica, digna del mismo Wang, el capitan Yin se retiró á su cámara, dejando dos ó tres hombres de la tripulacion sobre cubierta.

Durante un cuarto de hora Kin-Fo se paseó de popa á proa con los brazos cruzados y silbando con impaciencia. Despues, arrojando una última mirada á aquella triste inmensidad cuyo centro ocupaba el junco, se encogió de hombros y volvió á entrar en el alcázar de popa sin dirigir ni siquiera la palabra á Craig y Fry.

Sin embargo, los dos agentes estaban allí apoyados en la batayola y siguiendo su costumbre conversaban por simpatía sin hablar. Habian oido las preguntas de Kin-Fo y las respuestas del capitan; pero sin tomar parte en la conversacion. ¿De qué les habria servido mezclarse en ella y sobre todo por qué habian de quejarse de aquel retraso que ponia de tan mal humor á su cliente?

En efecto, lo que perdian en tiempo lo ganaban en seguridad. Kin-Fo no corria ningun peligro á bordo; allí la mano de Lao-Sen no podia alcanzarle; ¿qué mejor cosa podian pedir?

Además el plazo en que espiraba su responsabilidad se acercaba rápidamente. Cuarenta horas mas y todo el ejército de los tai-ping podria haberse precipitado sobre el excliente de la *Centenaria* sin que ellos hubieran arriesgado un cabello por defenderle.

¡Son muy prácticos estos norte-americanos! Dispuestos á sacrificarse por Kin-Fo mientras valia 200,000 duros; pero absolutamente indiferentes á lo que le sucediera desde el momento en que no valiese ya un zapeque.

Raciocinando así almorzaron con buen apetito, porque sus provisiones eran de escelente calidad. Comieron en el mismo plato el mismo manjar, la misma cantidad de bocados de pan y de trozos de carne fria, y bebieron el mismo número de copas de escelente vino de Chao-Chiñ á la salud del ilustre William J. Bidulph. Fumaron cada uno media docena de cigarrillos y demostraron una vez mas que dos personas pueden ser siameses en usos y costumbres, aunque no lo sean de nacimiento.

¡Pobres yankees que creian hallarse ya al fin de sus trabajos!

El dia transcurrió sin incidentes ni accidentes. Siempre la misma calma de la atmósfera y el mismo aspecto del cielo; nada que hiciera prever un cambio en el estado meteorológico.

Las aguas del mar se habian inmovilizado como las de un lago.

Hácia las cuatro Sun se presentó sobre cubierta vacilante, titubeando, semejante á un borracho, aunque en toda su vida habia bebido menos que durante los últimos dias.

Su cara despues de haber tomado un color de violeta y luego índigo, despues azul, luego verde, tendia á volverse de nuevo amarilla. Una vez en tierra cuando fuese anaranjada, que era su colo habitual y un movimiento de cólera le hubiese puesto rojo, habria pasado sucesivamente y en su órden natural por toda la escala de colores del espectro solar.

Sun llegó á ponerse entre los dos agentes con los ojos medio cerrados y sin atreverse á mirar mas allá de la obra muerta del *Sam-Yep*.

—¿Hemos llegado?

—No, respondió Fry.

—¿Vamos á llegar?

—No, respondió Craig.

—¡Ay, ay, ay! dijo Sun.

Y desesperado, no teniendo fuerza para decir mas, se fué á tender al pié del palo mayor, agitado de sobresaltos convulsivos que removian su coleta corta como un rabito de perro.

Entre tanto, por órden del capitan Yin, se abrieron las escotillas para airear la bodega: precaucion muy buena de hombre inteligente. El sol iba pronto á absorber la humedad que dos ó tres olas que habian penetrado á impulsos del tifon introdujeron en lo interior del junco.

Craig y Fry, paseándose por la cubierta, se detuvieron muchas veces delante de la escotilla principal. Un sentimiento de curiosidad les impulsó en breve á visitar aquella bodega funeraria, y bajaron al fin con este objeto.

El sol, formando un gran trapecio de luz caia á plomo sobre la escotilla principal; pero la parte de proa y la de popa de la bodega estaban en una oscuridad profunda. Los ojos de Craig y de Fry se habituaron, sin embargo, pronto á aquellas tinieblas y pudieron observar el arrumaje de aquel cargamento especial del *Sam-Yep*.

La bodega no estaba dividida como en la mayor parte de los juncos de comercio por tabiques transversales. Se hallaba libre de un estremo á otro, enteramente reservada para el cargamento cualquiera que fuese, porque los alcazares de popa y proa bastaban para alojamiento de la tripulacion.

De un lado á otro de aquella bodega, limpia como la antesala de un cenotafio, estaban colocados unos sobre otros los setenta y cinco ataudes destinados á Fu-Ning. Sólidamente arrimados, no podian salirse de su sitio con el cabeceo, ni con los balances del

bingue, ni comprometer de modo alguno su seguridad. Entre la doble fila de ataudes habia un espacio libre que permitia pasar de un estremo á otro de la bodega, ya con la claridad que despedian las escotillas cuando estaban abiertas, ya en una oscuridad relativa.

Craig y Fry, silenciosos como si hubieran estado en un mausoleo, se adelantaron por aquel espacio mirando á una y otra parte con curiosidad.

Allí habia ataudes de todas formas, de todas dimensiones, unos ricos, otros pobres.

Entre aquellos emigrados á quienes las necesidades de la vida habian llevado al otro lado del Pacífico, unos habian hecho fortuna en los placeres californianos, en las minas de la Sierra Nevada ó del Colorado, y estos eran pocos. Los demás, en gran número, habian llegado miserables á aquellas tierras y miserables volvian. Pero todos regresaban á su país natal iguales ante la muerte.

Una docena de ataudes de maderas preciosas adornadas con todos los caprichos del lujo chino; otros, hasta los setenta y cinco, construidos simplemente de cuatro tablas groseramente ajustadas y pintadas de amarillo: tal era el cargamento del buque. Cada ataud, rico ó pobre, tenia un nombre. Craig y Fry pudieron leer al pasar: «Lien-Fu de Yaun-Ping Fu, Nan-Lu de Fu-Ning, Chen-Kin de Lin-Kia, Luang de Qu-Li-Koa, etc.» No habia confusion posible: Cada cadáver con sus señas especiales debia ser enviado á su destino é esperar en los huertos, en medio de los campos ó en la superficie de la llanura el momento de su sepultura definitiva.

—Bien comprendido, dijo Fry.

—Bien arreglado, dijo Craig.

No hubieran dicho mas de los almacenes de un mercader y de los muelles de un consignatario de San Francisco ó de Nueva York.

Al llegar al estremo de la bodega, hácia proa, en la parte mas oscura, se detuvieron y miraron el espacio libre que se dibujaba claramente como una calle de un cementerio. Acabada su esploracion, se disponian á volver sobre cubierta, cuando oyeron un ligero ruido que llamó su atencion.

—Alguna rata, dijo Fry.

—Alguna rata, respondió Craig.

Mal cargamento para aquellos roedores.

Otro de mijo, de arroz ó de maíz les habria convenido mas.

El ruido continuaba y procedia de cierta altura como la de un hombre á estribor, y, por consiguiente, en la fila superior de los ataudes. Si no era ruido de dientes, no podia ser sino de garras ó de uñas.

—¡Frr, frr! dijeron Craig y Fry.

El ruido no cesó.

Los dos agentes, acercándose, escucharon deteniendo la respiracion. Indudablemente aquel ruido provenia del interior de uno de los ataudes.

—¿Habrán puesto en alguna de estas cajas un chino aletargado y no muerto?... dijo Craig.

—¿Y que se despierte despues de una semana de travesía? añadió Fry.

Los dos agentes pusieron la mano sobre el ataud sospechoso y observaron, sin género ninguno de duda, que habia en el interior algun movimiento.

—¡Diablo! dijo Craig.

—¡Diablo! exclamó Fry.

La misma idea les habia ocurrido á ambos, y era que su cliente estaba amenazado de algun próximo peligro.

Inmediatamente retiraron la mano y en seguida sintieron que la tapa del ataud se levantaba con alguna precaucion.

Quedáronse inmóviles como hombres que de nada se sorprendian; y no pudiendo ver nada en aquella oscuridad, escucharon con grande atencion.

—¿Eres tú, Cuo? dijo una voz que parecia contenida por una gran prudencia.

Casi al mismo tiempo, otro de los ataudes de babor se entreabrió y otra voz murmuró:

—¿Eres tú, Fa-Kien?

Y en seguida hubo esta conversacion rápida:

—¿Es para esta noche?

—Para esta noche.

—¿Antes que salga la luna?

—A la segunda víspera.

—¿Y nuestros compañeros?

—Están prevenidos.

—Treinta y seis horas de ataud son para cansar á cualquiera.

—Yo ya no puedo mas.

—En fin, Lao-Sen lo ha querido.

—Silencio.

Al oir el nombre del célebre tai-ping, Craig y Fry, no obstante el dominio que tenian sobre sí mismos, no pudieron contener un movimiento.

Las tapas de los ataudes habian caido sobre sus cajas oblongas, y un silencio completo reinaba en la bodega del *Sam-Yep*.

Fry y Craig, arrastrándose sobre las manos y las rodillas, llegaron á la parte iluminada y subieron por la escotilla principal. Un instante despues se detenian en el alcazar de popa donde nadie podia oirles.

—Muertos que hablan... dijo Craig.

—No están muertos... respondió Fry.

Un nombre les habia revelado todo, el nombre de Lao-Sen.

Así, pues, algunos compañeros del temible tai-ping se habian introducido á bordo. ¿Podia dudarse de la complicidad del capitan Yin, de la de su tripulacion, de los cargadores del puerto de Ta-Kú que habian embarcado el cargamento fúnebre? No; los ataudes despues de haber sido desembarcados del buque americano que les habia traido de San Francisco, habian permanecido en el muelle durante dos noches y dos dias. Sin duda diez, veinte ó mas quizá de los piratas afiliados á la partida de Lao-Sen violando los ataudes, habian sacado los cadáveres y habian tomado su lugar; mas para intentar este golpe bajo la inspiracion de su jefe ¿habian sabido que Kin-Fo iba á embarcarse en el *Sam-Yep?* ¿Pero como lo habian podido saber?

Punto absolutamente oscuro y que por otra parte era inoportuno tratar de esclarecer en aquel momento.

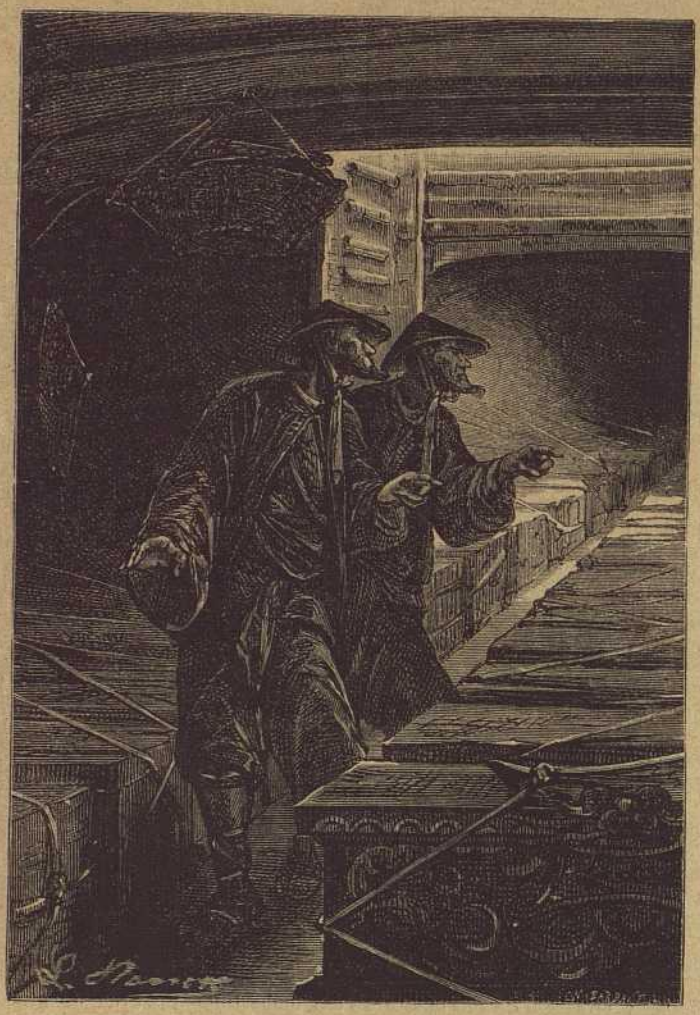
Lo cierto, sin embargo, era que desde la salida de Ta-Ku se hallaban á bordo del junco varios chinos de la peor especie; que el nombre de Lao-Sen acababa de resonar en boca de uno de ellos y que la vida de Kin-Fo estaba directa y próximamente amenazada.

Aquella noche misma, aquella noche del 28 al 29 de Junio, iba á costar 20,000 duros á la *Centenaria*, que cincuenta y cuatro horas despues, no estando la póliza renovada, no tendria nada que pagar á los herederos de tan ruinoso cliente.

Seria no conocer á Fry y á Craig imaginar que perdieran la cabeza ante aquellas graves circunstancias. Inmediatamente tomaron su partido: era preciso obligar á Kin-Fo á salir del junco antes de la hora de la segunda vispera y huir con él.

¿Pero cómo escapar? ¿Apoderándose de la única embarcacion que iba á bordo? Imposible. Era una piragua pesada que exigia los esfuerzos de toda la tripulacion para habilitarla y echarla á la mar. El capitan Yin y sus cómplices no se prestarian á semejante maniobra y era preciso acudir á otros medios, cualesquiera que fuesen, para evitar los peligros que se presentasen.

Eran entonces las siete de la tarde. El capitan, en-



Los dos agentes, acercándose, escucharon deteniendo la respiracion.

cerrado en su cámara, no se habia vuelto á presentar. Esperaba sin duda la hora convenida con los compañeros de Lao Sen.

—No hay un instante que perder, dijeron Craig y Fry.

Los dos agentes no se creian menos amenazados que si estuvieran á bordo de un bruiote lanzado á alta mar y con mecha encendida.

El junco parecia á la sazon abandonado: un solo marinero dormia á proa.

Craig y Fry pasaron al camarote de Kin-Fo.

Kin-Fo dormia.

La presion de una mano le despertó.

—¿Qué me quieren? dijo.

En pocas palabras Kin-Fo fue puesto al corriente de la situacion. Su valor y su serenidad no le abandonaron y exclamó:

—Arrojemos todos esos falsos cadáveres al mar.

—Magnífica idea; pero absolutamente impracticable dada la complicidad del capitan Yin y con pasajeros de la bodega.

—¿Qué hacer entonces?

—Ponerse esto, respondieron Fry y Craig.

Y abriendo uno de los bultos de su equipaje embarcado en Tong-Chcu, presentaron á su cliente uno de esos maravi losos aparatos náuticos inventados por el capitan Boyton. La maleta contenia además tres aparatos semejantes con los diferentes utensilios que los completaban y los convertian en máquinas de salvamento de primer órden.

—Adelante, dijo Kin-Fo; busquen ustedes á Sun.

Un instante despues, Fry llevaba á Sun completamente estupefacto Fue preciso vestirle y él dejó maquinalmente que hicieran lo que quisiesen, no manifestando su pensamiento sino con ayes que partian el alma.

A las ocho Kin-Fo y sus compañeros estaban prontos. Parecian cuatro focas del mar Glacial dispuestas á sumergirse, no obstante que la foca Sun hubiera dado al espectador una idea poco ventajosa de la admirable flexibilidad de estos mamíferos marinos: tan débil y blanducho parecia en su vestido insumergible.

Ya comenzaba á estenderse la sombra de la noche

Sun, levantado sin ceremonias, fue lanzado por aquella claraboya al mar.

hácia el Este, y el junco flotaba absolutamente silencioso sobre la tranquila superficie de las aguas.

Craig y Fry empujaron una de las ventanas que cerraban á popa el castillo y cuya claraboya se abria por cima del coronamiento del junco. Sun, levantado sin ceremonias, fue lanzado por aquella claraboya al mar. Kin-Fo le siguió inmediatamente, y despues saltaron Craig y Fry con los aparatos que les eran necesarios.

Nadie podia sospechar que los pasajeros del *Sam-Yep* acababan de abandonar el buque.

CAPITULO XIX.

QUE NO CONCLUYE BIEN PARA EL CAPITAN YIN, COMANDANTE DEL SAM-YEP, NI PARA SU TRIPULACION.

Los aparatos del capitan Boyton consisten únicamente en un vestido de goma elástica que comprende pantalon, chaqueta y capote, y que por la naturaleza misma de la tela son impermeables; pero impermeables al agua, no lo habrian sido ciertamente al frio de una inmersion prolongada. Por esto, este trage, se compone de dos telas unidas entre las cuales se puede introducir cierta cantidad de aire. Este aire sirve para dos fines: primero, para mantener el aparato suspensor en la superficie del agua; segundo, para impedir con su interposicion todo contacto con ella y, por consiguiente, evitar el resfriamiento. Un hombre así vestido, puede pasar en el agua indefinidamente.

Escusado es decir que era perfecta la union de las costuras del aparato. El pantalon, cuyos pies terminaban en pesadas plantillas, se unia al cuerpo por un cinturon metálico bastante ancho para dejar algun juego á los movimientos del cuerpo. La chaqueta, fijada en aquel cinturon, se unia á su vez á un sólido collar sobre el cual se adaptaba la capucha. Esta, rodeando la cabeza, se aplicaba herméticamente á la frente, á las mejillas y á la barba por medio de elásticos; y de la cara no se veian mas que la nariz, los ojos y la boca.

En la chaqueta iban fijados varios tubos de goma

que servian para la introduccion del aire y permitian arreglarle segun el grado de densidad que se queria obtener. Podia, pues, á voluntad el hombre sumergirse hasta el cuello ó solamente hasta la mitad del cuerpo y hasta tomar la posicion horizontal. En suma: completa libertad de accion y de movimientos y seguridad garantida y absoluta.

Tal es el aparato que ha proporcionado tantos triunfos á su audaz inventor, y cuya utilidad práctica se ha manifestado en algunos accidentes de mar. Completábanle diversos accesorios: un saco impermeable que contenia varios utensilios y que se colgaba de un hombro á guisa de bandolera; un baston sólido que se fijaba al pié en una cuja y llevaba una pequeña vela en forma de foque en el otro estremo, y un ligero canalete que servia de remo ó de timon segun las circunstancias.

Kin-Fo, Craig, Fry y Sun, así equipados, flotaban ya en la superficie de las olas. Sun, empujado por uno de los agentes, se dejaba conducir, y despues de algunos golpes de canalete, todos cuatro se habian alejado del junco.

La noche era todavía oscura y favorecia la maniobra. En el caso de que el capitan Yin ó alguno de sus marineros hubiesen subido á cubierta, no habrian podido ver á los fugitivos. Nadie, por otra parte, debia suponer que hubiesen abandonado la embarcacion en tales condiciones; y los tunantes encerrados en la bodega no lo sabrian sino en el último momento.

A la segunda víspera, habia dicho el falso cadáver del último atahud; es decir, á las doce de la noche.

Kin-Fo y sus compañeros tenian, pues, algunas horas de respiro para huir, y en este tiempo esperaban adelantarse una milla á sotavento del *Sam-Yep*. En efecto, un aire *fresco* comenzó á arrugar la superficie unida de las aguas, pero tan ligero todavía, que no debia contarse mas que con el canalete para alejarse del junco.

En algunos minutos Kin-Fo, Craig y Fry se habian habituado tanto á sus aparatos, que caminaban instintivamente sin vacilar jamás ni sobre el movimiento que habia que producir, ni sobre la posicion que hubieran de tomar en el blando elemento. El mismo Sun habia recobrado pronto su valor y se encontraba incomparablemente mas cómodo que á bordo del junco. Su mareo habia cesado en el acto porque es muy diferente, y Sun lo esperimentaba con cierta satisfaccion, sufrir el balance y cabeceo de un buque, que sufrir los movimientos de las olas cuando está uno metido en ellas hasta medio cuerpo.

Pero si Sun no estaba ya mareado, tenia un miedo horrible porque pensaba en los tiburones que acaso no se habrian acostado todavía é instintivamente replegaba las piernas como si hubiera temido que alguno le tirase algun bocado.... Francamente, este temor no estaba en aquellas circunstancias demasiado fuera de su lugar.

Así, pues, Kin-Fo y sus compañeros, á quienes la mala fortuna continuaba poniendo en las situaciones mas anormales, marchaban remando con su canalete y guardando una posicion casi horizontal. Solamente cuando se detenian, tomaban la posicion vertical.

Una hora despues de haber abandonado el buque, éste se hallaba á media milla á barlovento. Entonces se detuvieron, se apoyaron en sus canaletes situados horizontalmente y celebraron consejo, teniendo cuidado de hablar en voz baja.

—¡Bribon de capitan! exclamó Craig para entrar en materia.

—¡Tunante de Lao-Sen! añadió Fry.

—¿Eso les admira á ustedes? dijo Kin-Fo, como hombre á quien nada podia sorprender.

—Sí, respondió Craig, porque no puedo comprender cómo esos miserables han sabido que tomamos pasaje á bordo del junco.

—Es incomprensible, en efecto, añadió Fry.

—Poco importa, dijo Kin-Fo, pues que lo han sabido y nos hemos escapado.

—Todavía no estamos libres, respondió Craig: mientras tengamos á la vista el *Sam-Yep* no estaremos fuera de peligro.

—¿Qué haremos? preguntó Kin-Fo.

—Reponer las fuerzas, respondió Fry, y alejarnos lo bastante para que no nos vean cuando sea de dia.

Fry, introduciendo cierta cantidad de aire en su aparato, se levantó sobre la superficie del agua hasta la mitad del cuerpo, recogió el saco que llevaba á la espalda hasta ponerle en el pecho, sacó un frasco y un vasito, que llenó de aguardiente muy confortante, y se lo dió á Kin-Fo.

Este no se hizo rogar y vació el vaso hasta la última gota. Craig y Fry le imitaron, y Sun no fue tampoco olvidado.

—¿Qué tal? preguntó Craig.

—Estoy mejor, respondió Sun, despues de haber bebido. Si pudiéramos tomar un bocado...

—Mañana, dijo Craig; mañana almorzaremos al amanecer, y con algunas tazas de té...

—¡Frio! esclamó Sun, haciendo un gesto.

—¡Caliente! esclamó Craig.

—¿Hará usted lumbre?

—La haré.

—¿Y por qué esperar á mañana? preguntó Sun.

—Quieres que el fuego señale nuestra situacion al capitan Yin y á sus cómplices?

—No, no.

—Entonces, hasta mañana.

A la verdad aquella gente hablaba como en su casa. Solo la ligera ondulacion de las aguas les imprimió un movimiento de alto á bajo que tenia un aspecto singularmente cómico, porque subian y bajaban por turno al capricho de la ondulacion como las teclas de un piano tocadas por la mano de un pianista.

—La brisa comienza á refrescar, observó Kin-Fo.

—Aparejemos, respondieron Craig y Fry.

Ya se preparaban á poner su baston en forma de mástil y á desplegar su pequeña vela, cuando Sun lanzó una esclamacion de espanto.

—Te callarás, imbécil, dijo su amo. ¿Quieres que nos descubran?

—Me parece que he visto.... murmuró Sun.

—¿Qué?

—Un enorme animal que se acercaba.... algun tiburon.

—No hay nada, Sun, dijo Craig despues de haber observado atentamente la superficie del mar.

—Pero he creido sentir.... repuso Sun.

—¡Te callarás, cobarde! dijo Kin-Fo, poniendo la mano sobre el hombro de su criado. Aunque sientas que te comen una pierna te prohibo gritar, porque si no....

—Si no, añadió Fry, con una cuchillada en su aparato le enviaremos al fondo donde podrá gritar á su placer.

El desdichado Sun no estaba, como se vé, al término de sus tribulaciones. Tenia un miedo horrible; pero no se atrevia á decir una palabra; y si todavía no echaba de menos el junco, el mareo y los pasajeros de la bodega, no podria tardar el momento en que prefiriese estar entre ellos. Como habia observado Kin-Fo, la brisa iba entablándose; pero no era mas que una de esas brisas locas que con frecuencia se calman al salir el sol. Sin embargo, era preciso aprovecharla para alejarse lo posible del *Sam-Yep*. Cuando los compañeros de Lao-Sen no encontraran ya á Kin-Fo en el alcázar de popa, tratarian de encontrarle, y si se hallaba á la vista, la piragua le daria caza con facilidad. Importaba, pues, alejarse á toda costa antes del alba.

La brisa soplaba del Este. Cualesquiera que fuesen

los parages á donde el huracan habia empujado el junco, ya fuera á cualquier punto del golfo de Leao-Tong ó del golfo de Pe-Chi-Li, ó aunque fuera á las costas del mar Amarillo, navegar hácia el Oeste era sin duda acercarse al litoral. Allí podian encontrar algunos de los buques de comercio que se dirigen á la embocadura del Pei-ho; y allí los barcos pescadores frecuentaban dia y noche las inmediaciones de la costa, aumentándose grandemente las probabilidades de ser recogidos. Si por el contrario, el viento hubiese venido del Oeste y el *Sam-Yep* hubiera sido empujado mas al Sur que el litoral de la Corea, Kin-Fo y sus compañeros no hubieran tenido probabilidad alguna de salvacion. Delante de ellos se hubiera estendido el inmenso mar, y en el caso de que hubieran llegado á las costas del Japon, habria sido en estado de cadáveres flotando en su vaina insumergible de goma elástica.

Pero como hemos dicho, la brisa debia caer probablemente al salir el sol y era preciso utilizarla para alejarse prudentemente del buque. Eran las diez de la noche. La luna debia aparecer sobre el horizonte antes de las doce. No habia, pues, un minuto que perder.

—A la vela, dijeron Fry y Craig.

Inmediatamente se aparejó la vela. Nada mas fácil en suma: cada plantilla del pie derecho del aparato llevaba una cuja destinada á plantar en ella el baston que servia de mástil. Kin-Fo, Sun, y los dos agentes se tendieron primero boca arriba, despues plegaron la rodilla derecha y plantaron el baston en la cuja habiendo pasado á su estremo la driza de la pequeña vela. Luego que tomaron de nuevo la posicion horizontal, el baston, formando ángulo recto con la línea del cuerpo, se enderezó verticalmente.

—¡Iza! dijeron Craig y Fry.

Y todos, tirando con la mano derecha, izaron, al estremo del mastelero, el ángulo superior de la vela que estaba cortada en forma de triángulo.

La driza fue amarrada al cinturon metálico, teniendo cada uno la escota en la mano, y la brisa llenando los cuatro foques, empujó, en medio de un ligero remolino, la escuadrilla de escafandros.

Aquellos hombres-barcas, merecian, en efecto, el nombre de escafandros mas justamente que los trabajadores submarinos á quienes, ordinaria é impropiamente, se aplica este título.

Diez minutos despues, cada cual, maniobrando con una seguridad y una facilidad perfectas, navegaban en conserva sin apartarse los unos de los otros. Parecian una bandada de gaviotas que con el ala tendida á la brisa, se deslizasen ligeramente sobre la superficie de las aguas.

La navegacion era favorecida, por otra parte, por el estado del mar, cuya larga y tranquila ondulacion no estaba turbada ni por el choque de las olas, ni por la resaca.

Dos ó tres veces solamente el torpe Sun, olvidando las recomendaciones de Fry y de Craig, quiso volver la cabeza y tragó algunas bocanadas del amargo líquido; pero no tuvo mas que una ó dos náuseas sin consecuencias. No era aquello lo que le alarmaba, sino el temor de encontrar alguna banda de feroces tiburones. Sin embargo, le hicieron comprender que corria menos riesgo en la posicion horizontal que en la vertical; y en efecto, la disposicion de sus fauces obliga al tiburon á volverse para morder su presa y este movimiento no le es fácil cuando quiere coger un objeto que flota horizontalmente. Además se ha observado que si estos animales voraces se arrojan sobre los cuerpos inertes, vacilan antes de arrojarse sobre los que estan dotados de movimiento. Sun debia, por consiguiente, moverse sin cesar y ya se comprenderá cuanto se moveria.

Los escafandros navegaron de esta suerte durante una hora, que era ni mas ni menos lo que Kin-Fo y sus compañeros necesitaban. Menos de una hora era poco para alejarse del junco; y mas les habria fatigado, tanto por la tension dada á su pequeña vela como por el choque de las olas que se iba aumentando mas y mas.

Craig y Fry dieron entonces la señal de alto. Se largaron las escotas, y la escuadrilla se detuvo.

—Cinco minutos de descanso si le parece á usted bien, dijo Craig dirigiéndose á Kin-Fo.

—Descansemos.

Todos, á excepcion de Sun que quiso permanecer tendido por prudencia y que continuaba gimiendo, recobraron su posicion vertical.

—¿Quiere usted otra copita de aguardiente? dijo Fry.

—Con mucho gusto, respondió Kin-Fo.

Algunos sorbos del licor reconfortante eran lo que en aquel momento necesitaban. Todavía no les atormentaba el hambre, porque habian comido una hora antes de abandonar el junco y podian esperar hasta la mañana siguiente. En cuanto á calentarse, era inútil porque el colchon de aire interpuesto entre su cuerpo y el agua les garantizaba contra el frio. La temperatura normal de sus cuerpos no habia bajado ciertamente un grado desde su salida del buque.

¿Y el *Sam Yep*? ¿estaba todavía á su vista?

Craig y Fry se volvieron. Fry sacó de su morral un anteojo de noche y le dirigió hácia el Este.

¡Nada! Ni una de esas sombras apenas visibles que dibujan los buques sobre el fondo oscuro del cielo.

Por lo demás, la noche era oscura, un poco brumosa y avara de estrellas.

Los planetas no formaban mas que una especie de nebulosa en el firmamento; pero probablemente la luna, que no iba á tardar en mostrar su medio disco, disiparia aquellas brumas un poco opacas y aclararia en una gran estension el espacio.

—El junco está lejos, dijo Fry.

Esos tunantes duermen todavía, respondió Craig, y no se habrán aprovechado de la brisa.

—Cuando ustedes quieran, dijo Kin-Fo, que tiró de su escota y desplegó de nuevo la vela al viento.

Sus compañeros le imitaron y todos recobraron su primera direccion á impulsos de una brisa ya un poco mas fuerte.

Iban de este modo con rumbo al Oeste.

Por consiguiente la luna, levantándose hácia el Este, no debia darles en el rostro; pero iluminaria con sus primeros rayos el horizonte opuesto, y este era el horizonte que importaba observar con cuidado. Quizá en vez de una línea circular claramente trazada por el cielo y por el agua, presentaria un perfil accidentado y franjeado de resplandores lunares. En tal caso no habria duda ninguna; seria el litoral del Celeste Imperio y cualquiera que fuese el punto á donde llegaran, la salvacion era segura. La costa estaba franca; la resaca apenas se sentia; el desembarco no podia ser, pues, peligroso, y una vez en tierra, allí decidirian lo que conviniera hacer en adelante.

Hácia las once y media se dibujaron vagamente algunos puntos blancos sobre las brumas del cénit. El cuarto de luna comenzaba á presentarse sobre la línea del agua.

Ni Kin-Fo, ni ninguno de sus compañeros se volvieron. La brisa, que refrescaba mientras se disipaban los altos vapores, les llevaba entonces con cierta rapidez. Pero conocieron que el espacio se iba iluminando poco á poco.

Al mismo tiempo las constelaciones se presentaron mas claramente. El viento barria las nubes y los escafandros formaban ya una estela bastante clara.

El disco de la luna, pasando del rojo cobre al blanco plata, iluminó bien pronto todo el horizonte.

De repente un juramento muy franco y muy americano, se escapó de los labios de Craig.

—¡El junco! dijo.

Todos se detuvieron.

—¡Abajo las velas! gritó Fry.

En un instante los cuatro foques fueron arriados y los bastones sacados de sus cujas.

Kin-Fo y sus compañeros recobraron sus posiciones verticales y miraron detrás de sí. El *Sam-Yep* estaba ya á menos de una milla, proyectando en negro sobre el horizonte iluminado, la sombra de todas sus velas desplegadas.

En efecto, era el junco. Habia aparejado y se aprochaba de la brisa. Sin duda el capitan Yin habia notado la desaparicion de Kin-Fo sin haber podido comprender como habia logrado escaparse, y á todo evento se habia puesto en su persecucion de acuerdo con sus cómplices de la bodega. Antes de un cuarto de hora Kin-Fo, Sun, Craig y Fry habrian vuelto á caer en sus manos.

¿Pero les habrian visto estando sus perseguidores en medio del haz luminoso con que les bañaba la luna? Quizá no.

—¡Abajo las cabezas! dijo Craig que todavía tenia esta esperanza.

Todos le comprendieron.

Los tubos de los aparatos dejaron escapar un poco de aire, y los cuatro escafandros se hundieron hasta no dejar fuera del agua mas que la cabeza con su capuchon. No habia que hacer mas que esperar en absoluto silencio y en la mayor inmovilidad.

El junco se acercaba con rapidez. Sus altas velas dibujaban dos grandes sombras sobre las aguas.

Cinco minutos despues el *Sam-Yep* estaba solo á media milla. Sobre la obra muerta se veian sobresalir los marineros que iban y venian, y en la popa el capitan empuñaba la caña del timon.

¿Maniobraba para alcanzar á los fugitivos, ó no hacia mas que mantenerse en el rumbo del viento? No se sabia.

De repente se oyeron gritos. Una masa de hombres apareció sobre la cubierta del *Sam-Yep* y redoblaron los clamores.

Evidentemente habia lucha entre los falsos muertos que habian subido de la bodega y la tripulacion del junco.

¿Pero por qué aquella lucha? Aquellos tunantes marineros y piratas ¿no estaban de acuerdo?

Kin-Fo y sus compañeros oyeron claramente, por una parte horribles vociferaciones, por otra, gritos de dolor y de desesperacion que se estinguieron al cabo de pocos minutos; despues se oyeron violentos choques en el agua á lo largo del junco que indicaron que habian sido arrojados al mar varios de los tripulantes.

No; el capitan Yin y su tripulacion no eran cómplices de los bandidos de Lao-Sen. Por el contrario, aquellos pobres marinos habian sido sorprendidos y asesinados. Los tunantes que se habian ocultado á bordo, sin duda con el auxilio de los cargadores de Ta-kú, no habian tenido mas objeto que apoderarse del junco por cuenta del tai-ping y ciertamente ignoraban que Kin-Fo fuese pasajero del *Sam-Yep*.

Ahora bien, si le veian, si era cogido, ni él, ni Fry, ni Craig, ni Sun encontrarian misericordia en el corazon de aquellos miserables.

El junco seguia adelantando y los alcanzó; pero por una casualidad inesperada proyectó sobre ellos la sombra de sus velas. Todos se sumergieron en el agua por un instante.

Cuando volvieron á salir; el junco habia pasado sin verlos y se alejaba dejando en pos de sí una profunda estela.

Un cadáver flotaba á popa y el remolino le acercó poco á poco á los escafandros. Era el cuerpo del capitan con un puñal en el costado. Los largos pliegues de su túnica le sostenian todavía sobre el agua.

Despues se hundió y desapareció en las profundidades del mar.

Así pereció el alegre capitan Yin, comandante del *Sam-Yep*.

Dos minutos despues el junco se habia perdido de vista hacia el Oeste, y Kin-Fo, Fry, Craig y Sun se encontraban solos en la superficie del mar.

CAPITULO XX.

DONDE SE VERA A LO QUE SE EXPONEN LOS QUE EMPLEAN LOS APARATOS BOYTON.

Tres horas despues, los albores del alba se anunciaban ligeramente en el horizonte. Pronto se hizo de dia y el mar pudo ser observado en toda su estension.

El junco se habia perdido de vista; pronto habia dejado á larga distancia á los escafandros que no podian luchar en celeridad con él. Habia seguido el mismo rumbo hacia el Oeste bajo el impulso de la misma brisa; pero el *Sam-Yep* debia encontrarse ya á mas de nueve leguas de distancia. Así, pues, nada habia que temer de sus tripulantes.

Sin embargo, evitado este peligro, la situacion no por eso se presentaba menos grave.

El mar estaba absolutamente desierto, sin un buque, sin una barca pescadora, sin apariencia de tierra ni al Norte ni al Este, sin nada que indicase la proximidad de un litoral cualquiera. Aquellas aguas ¿eran las del golfo de-Pe-Chi li ó las del mar Amarillo? Nada se sabia, ni habia indicio que pudiera darlo á conocer.

Algunas ráfagas movian todavía la superficie del agua y era preciso aprovecharlas. La direccion seguida por el junco demostraba que mas ó menos próximamente apareceria la tierra al Oeste, y en todo caso allí era donde convenia buscarla.

Decidióse, por consiguiente, que los escafandros volverian á ponerse á la vela despues de haber comido. Los estómagos reclamaban su alimento y diez horas de travesía en aquellas condiciones hacian imperiosas sus exigencias.

—Almorcemos... dijo Craig.

—Copiosamente, añadió Fry.

Kin-Fo hizo una señal de asentimiento y Sun respondió haciendo chocar sus mandíbulas, signo que no podia dar lugar á duda. En aquel momento el hambriento Sun no pensaba en ser devorado, sino en todo lo contrario.

Se abrió el saco impermeable del cual sacó Fry diferentes comestibles de buena calidad, como pan, conservas, algunos utensilios de mesa; en fin, todo lo necesario para apagar el hambre y la sed. De los cien platos que figuran en la lista ordinaria de una comida china, faltaban noventa y ocho; pero con los dos restantes habia para restablecer las fuerzas de los cuatro comensales, que no estaban en circunstancias de mostrarse delicados.

Almorzaron con buen apetito, El saco contenia provisiones para dos dias; y antes de dos dias ó debian haber llegado á tierra, ó no llegarian nunca.

—Tenemos una buena esperanza, dijo Craig.

—¿Por qué? preguntó Kin-Fo con cierta ironía.

—Porque la fortuna empieza á favorecernos.

—¿Cree usted?

—Sin duda; el peligro mayor era el junco y le hemos evitado.

—Nunca, dijo Fry, desde que tenemos el honor de acompañar á usted, se ha encontrado usted mas seguro que aquí.

—Todos los tai-ping del mundo... dijo Craig.

¿Hace usted fuego con agua? exclamó Sun.

—No podrian alcanzar á usted ahora... dijo Fry.

—Y flota usted lindamente... añadió Craig.

—Para ser un hombre que pesa 200,000 duros, repuso Fry.

Kin-Fo no pudo menos de sonreirse.

—Si floto, respondió Kin-Fo, es por ustedes, señores; porque sin su auxilio estaria ahora donde está el pobre capitan Yin.

—Nosotros tambien, replicaron Craig y Fry.

—Y yo, esclamó Sun tragando, no sin esfuerzo, un enorme pedazo de pan que tenia en la boca.

—No importa, dijo Kin-Fo; yo sé lo que debo hacer.

—Usted no nos debe nada, respondió Fry, porque es cliente de la *Centenaria*...

—Compañía de seguros contra la vida...

—Capital de garantía: 20.000,000 de duros...

—Y esperamos...

—Que nada tendrá que entregar á usted ni á sus herederos.

En el fondo Kin-Fo estaba muy agradecido á la adhesion que le habian mostrado los dos agentes, cualquiera que fuese el motivo que les hubiera impulsado, y no les ocultó sus sentimientos en este punto.

—Ya hablaremos de todo eso, añadió, cuando Lao-Sen me haya devuelto la carta que tan imprudentemente le entregó Wang.

Craig y Fry se miraron uno á otro y se dibujó en sus labios una sonrisa imperceptible.

Evidentemente les habia ocurrido el mismo pensamiento.

—¡Sun! dijo Kin-Fo.

—¡Señor! respondió el criado.

—El té.

—Aquí está, respondió Fry.

Y Fry tenia razon para responder, porque Sun habria respondido que era imposible hacer té en aquel momento y en aquellas condiciones.

Pero creer que los dos agentes encontraran dificultades por cosa tan pequeña, habria sido no conocerles.

Fry sacó del morral un pequeño utensilio que es el complemento indispensable de los aparatos Boy-

ton, porque puede servir de fanal cuando es de noche, de hogar cuando hace frio y de hornilla cuando se quiere obtener alguna bebida caliente. Nada mas sencillo en verdad: es un tubo de cinco á seis pulgadas unido á un recipiente metálico provisto de un grifo superior y de otro inferior, el todo encajado en una caja de corcho, á la manera de esos termómetros flotantes que se usan en las casas de baños:

Fry colocó este utensilio en la superficie del agua que estaba perfectamente unida y tranquila.

Con una mano abrió el grifo superior y con la otra el inferior adaptado al recipiente que estaba sumergido. Inmediatamente se levantó al estremo una hermosa llama desprendiendo un calor bastante grande.

—Ya tenemos el fuego, dijo Fry.

Sun no podia creer á sus ojos.

—¿Hace usted fuego con agua? esclamó.

—Con agua y fosfuro de calcio, respondió Craig.

En efecto, el aparato estaba construido de manera que pudiera utilizarse una propiedad singular del fosfuro de calcio, que es un compuesto de fósforo que al contacto con el agua produce hidrógeno fosforado. Este gas arde espontáneamente al aire, y ni el viento, ni la lluvia, ni el mar pueden apagarlo. Por eso se le emplea para iluminar las boyas de salvamento perfeccionado. La caida de la boya pone el agua en contacto con el fosfuro de calcio é inmediatamente surge una llama que permite al hombre que ha caido al mar encontrar la boya durante la noche, y al buque de donde ha caido, acudir directamente á su socorro (1) (*).

Mientras el hidrógeno ardia en la punta del tubo, Craig conservaba aplicada á la llama una tetera llena de agua dulce que habia tomado de un tonelito en el saco.

En pocos minutos el líquido llegó á hervir; Craig le echó en las tazas, que contenian cada una un puñadito de té escelente, y Kin-Fo y Sun le bebieron aquella vez á la americana, lo cual no produjo reclamacion de su parte.

Aquella bebida caliente puso buen término al almuerzo servido en la superficie del mar, á tantos de latitud y tantos de longitud. No faltaba mas que un sestante y un cronómetro para determinar la posicion con diferencia de pocos segundos. Estos instrumentos completarán un dia los sacos de los aparatos Boyton y los náufragos ya no correrán riesgo de perderse en el Oceano.

Kin-Fo y sus compañeros, descansados y confortados, desplegaron entonces sus velas y tomaron de nuevo el rumbo del Oeste.

La brisa se mantuvo todavía durante doce horas, y los escafandros hicieron buen rumbo viento en popa. Apenas tenian necesidad de rectificarle de cuando en cuando con un ligero golpe de canalete. En aquella posicion horizontal, reclinados y suavemente arrastrados, tenian cierta tendencia á dormirse. Pero el sueño hubiera sido muy inoportuno en aquellas circunstancias. De aquí la necesidad de resistirlo, y para ello Craig y Fry, encendiendo sus cigarros, iban fumando como los bañistas elegantes en el recinto de una escuela de natacion.

Varias veces los escafandros fueron conmovidos por los saltos de algunos animales marinos que causaron al desdichado Sun grandes temores.

(1) El Sr. Seyferth y el Sr. Silas, archivero de la embajada de Francia en Viena, son los inventores de esta boya de salvamento que se usa en todos los buques de guerra.

(*) El Sr. Holmes ha inventado en Inglaterra, hace algun tiempo, un aparato que produce una luz intensísima que ilumina á mas de una milla de distancia. Se han hecho pruebas de esta luz en Cartagena, en Cádiz y en Mahon para determinar si debe usarse en los buques españoles, que todavía no llevan á bordo ningun aparato de este género; pero no se ha adoptado hasta la fecha, porque se aguarda la última moda en esta materia.

(N. del T.)

Por fortuna no eran sino focas inofensivas, payasos del mar que acudian buenamente á reconocer quienes eran aquellos séres singulares que flotaban en su elemento: mamíferos como ellos; pero de ningun modo marinos. ¡Curioso espectáculo! Aquellas focas se acercaban en tropel, se deslizaban como flechas matizando las capas líquidas con sus colores de esmeralda, lanzándose cinco ó seis pies por cima de las olas con una especie de salto mortal que demostraba la flexibilidad y el vigor de sus músculos. ¡Ah, si los escafandros hubieran podido hendir el agua con aquella rapidez que es superior á la de los mejores buques no hubieran tardado en llegar á tierra! Dábales gana de amarrarse á uno de aquellos animales y hacerse remolcar por ellos. ¡Pero qué saltos y qué chapuzones!

Mas valia contentarse con la brisa para seguir su rumbo que seria mas lento, pero mucho mas práctico.

Hácia el medio dia el viento se calmó de repente y acabó por no soplar sino de cuando en cuando en ráfagas caprichosas, que hinchaban un instante las pequeñas velas y despues las dejaba caer inertes. La escota no obedecia ya á la mano que la llevaba y la estela no murmuraba ya ni á los pies ni á la cabeza de los escafandros.

—Una complicacion... dijo Craig.

—Grave, añadió Fry.

Se detuvieron un instante; se quitaron los mástiles, se rizaron las velas, y poniéndose todos de nuevo en posicion vertical, observaron el horizonte.

El mar estaba desierto, sin una vela á la vista, ni el humo de un vapor levantándose hasta el cielo. Un sol ardiente habia absorbido todos los vapores y rarificado las corrientes atmosféricas. La temperatura del agua hubiera parecido cálida á una persona que no hubiera estado vestida de la doble envoltura de goma elástica.

Por tranquilos que se hubieran mostrado Craig y Fry acerca del éxito de aquella aventura, no dejaban de estar un poco alarmados. No podian estimar la distancia recorrida en 16 horas; pero como nada anunciaba la proximidad del litoral, ni buque de comercio, ni barca pescadora, aquello les parecia cada vez mas inexplicable.

Por fortuna Kin-Fo, Craig y Fry no eran hombres que se desesperasen antes del momento oportuno, si tal momento debiera llegar para ellos. Tenian todavía provisiones para un dia y nada indicaba que hubiera de sobrevenir temporal ninguno.

—Manejemos el canalete, dijo Kin-Fo.

Aquella fue la señal de la partida; y unas veces tendiéndose de espaldas, otras boca abajo, los escafandros siguieron su rumbo al Oeste.

Iban despacio porque la maniobra del canalete fatigó pronto sus brazos, que no tenian costumbre de manejarlo. Era preciso detenerse con frecuencia para esperar á Sun que se quedaba atrás y que habia vuelto á sus jeremiadas. Su amo le interpelaba y le amenazaba; pero Sun no temia nada por el resto de su coleta, que estaba protegida por el espeso capuchon de goma, y le dejaba decir. Por lo demás, el temor de ser abandonado bastaba para que se mantuviese por sí propio á corta distancia de los demás.

Hácia las dos de la tarde observaron algunas aves. Eran goelands; pero estos ligeros volátiles se aventuran muy lejos dentro del mar y no se puede deducir de su presencia la proximidad de la costa. Con todo, aquel indicio fue considerado como muy favorable.

Una hora despues, los escafandros entraban en una especie de red espesa de sargazos de que con trabajo pudieron librarse. Tropezaban en ellos como los peces en las mallas de un esparaeel y fue preciso

sucar los cuchillos y cortar toda aquella maleza marina. En esto perdieron mas de media hora, y gastaron fuerzas que hubieran podido utilizarse mejor.

A las cuatro la pequeña caravana flotante se detuvo de nuevo muy fatigada. Acababa de levantarse una brisa fresca; pero entonces soplaba del Sur, circunstancia alarmante, porque los escafandros no podian navegar contra el viento como una embarcacion cuya quilla la sostiene contra la corriente. Si desplegaban las velas corrian el riesgo de ser empujados hácia el Norte y perder una parte de lo que habian ganado hácia el Oeste. Además las olcadas iban siendo mayores; fuertes ondulaciones agitaron el mar é hicieron la situacion mas penosa.

Hicieron, por consiguiente, un alto bastante largo y le emplearon, no solamente en tomar descanso y fuerzas, sino tambien en confortar los estómagos atacando de nuevo las provisiones. La comida fue menos alegre que el almuerzo. Iba á hacerse de noche dentro de pocas horas y el viento refrescaba.... ¿Qué partido tomar?

Kin-Fo, apoyado en su canalete, con el ceño fruncido y mas irritado que temeroso de aquel encarnizamiento de la mala suerte, no pronunciaba una palabra. Sun gemia contínuamente y estornudaba como si estuviera amenazado de la terrible coriza.

Craig y Fry se sentian mútuamente interrogados; pero no sabian qué responder.

En fin, una casualidad feliz les dió respuesta.

Un poco antes de las cinco, Craig y Fry tendiendo simultáneamente la mano hácia el Sur, exclamaron.

—¡Vela!

En efecto, á 3 millas á barlovento se mostraba una embarcacion que caminaba á fuerza de velas; y que si continuaba en la direccion que seguia viento en popa, debia probablemente pasar á poca distancia del sitio donde se habian detenido Kin-Fo y sus compañeros.

No habia, pues, que hacer mas que cortar el rumbo de la embarcacion siguiendo una línea perpendicular á este rumbo.

Los escafandros maniobraron en tal sentido. La esperanza les hizo recobrar fuerzas, y teniendo, por decirlo así, la salvacion en sus manos, se dispusieron á no dejarla escapar.

La direccion del viento no permitia desplegar las velas; pero los canaletes debian bastar porque la distancia del buque era relativamente corta.

La embarcacion seguia avanzando rápidamente á impulsos de la brisa que refrescaba. Era una barca pescadora y su presencia anunciaba evidentemente que la costa no debia estar lejos, porque los pescadores chinos raras veces se aventuran en alta mar.

—¡Adelante, adelante! gritaron Fry y Craig, manejando con vigor el canalete.

No tenian que escitar el ardor de sus compañeros. Kin-Fo, tendido sobre la superficie del agua, se deslizaba como un esquife de carrera. Sun se escedia verdaderamente á sí mismo navegando á la cabeza del convoy: tanto temia quedarse atrás.

No les faltaba mas que media milla de camino para llegar á las aguas de la barca. Además era todavía de dia y si los escafandros no llegaban á ponerse á la vista, por lo menos podrian hacerse oir. Pero los pescadores, al ver aquellos animales marinos tan estraños que les hablaban en su lengua, ¿no tomarian la fuga? Esta era una eventualidad bastante grave.

De todos modos era preciso no perder un solo instante. Las velas se desplegaban, los canaletes herian rápidamente la cresta de las pequeñas olas y la distancia se iba disminuyendo sensiblemente, cuando Sun, que continuaba á la cabeza del convoy, dió un grito terrible de espanto, diciendo:

—¡Un tiburon, un tiburon!

Y aquella vez Sun no se equivocaba.

A una distancia de 20 pies, poco mas ó menos, se veian salir dos apéndices, que eran las aletas de un animal voraz propio de aquellos mares, el tiburon tigre, muy digno de su nombre porque la naturaleza le ha dotado de la doble ferocidad del tiburon y de la fiera.

—¡Los cuchillos! dijeron Fry y Craig.

Eran las únicas armas que tenian á su disposicion, armas quizá insuficientes.

Sun, como puede creerse desde luego, se habia detenido bruscamente y dirigido despues con rapidez á tomar la retaguardia de la escuadrilla.

El tiburon reparó en los escafandros y se dirigió hácia ellos. Por un instante su enorme cuerpo apareció entre las aguas trasparentes rayado y moteado de verde. Media 16 á 18 pies de longitud. Era un mónstruo.

Precipitóse desde luego sobre Kin-Fo, volviéndose un poco boca arriba para morderle.

Kin-Fo no perdió su serenidad, y en el momento en que el tiburon iba á hacer presa en él, le apoyó el canalete en el dorso, y con un vigoroso empujon le apartó á algunas varas de distancia.

Craig y Fry se habian acercado dispuestos al ataque y á la defensa.

El tiburon se sumergió un instante y despues volvió con la boca abierta, especie de gran tenaza erizada de cuatro filas de dientes.

Kin-Fo quiso comenzar de nuevo la maniobra que antes habia tenido tan buen éxito; pero su canalete encontró la mandibula del animal, que lo cortó como si fuera una paja; y volviéndose á inclinar sobre el costado, se lanzó sobre su presa.

En aquel momento grandes chorros de sangre salieron con ímpetu, y la mar se tiñó de rojo.

Craig y Fry acababan de acometer al animal con redoblados golpes, y por dura que fuese su piel, sus cuchillos americanos de largas hojas penetraron en el cuerpo del tiburon bastante profundamente.

Las fauces del mónstruo se abrieron entonces y se cerraron con ruido horrible, mientras su aleta batia el agua de una manera formidable. Fry recibió un coletazo que tomándole de costado, le arrojó á 10 pies de distancia.

—¡Fry! gritó Craig con acento del mas vivo dolor, como si hubiera recibido él mismo la sacudida.

—¡No hay cuidado! respondió Fry volviendo á la carga.

En efecto, no estaba herido. Su coraza de goma elástica habia amortiguado la violencia del coletazo.

El tiburon fue de nuevo atacado con verdadero furor. Se volvia y revolvia. Kin-Fo habia logrado introducirle en la órbita del ojo el estremo roto del canalete, y á riesgo de ser dividido por medio, trataba de mantener inmóvil al mónstruo, mientras Fry y Craig procuraban herirle en el corazon.

Sin duda los dos agentes consiguieron su objeto porque el tiburon, despues de una suprema sacudida, se hundió en medio de un mar de sangre.

—¡Victoria, victoria! exclamaron Fry y Craig á una voz agitando sus cuchillos.

—Gracias, dijo Kin-Fo.

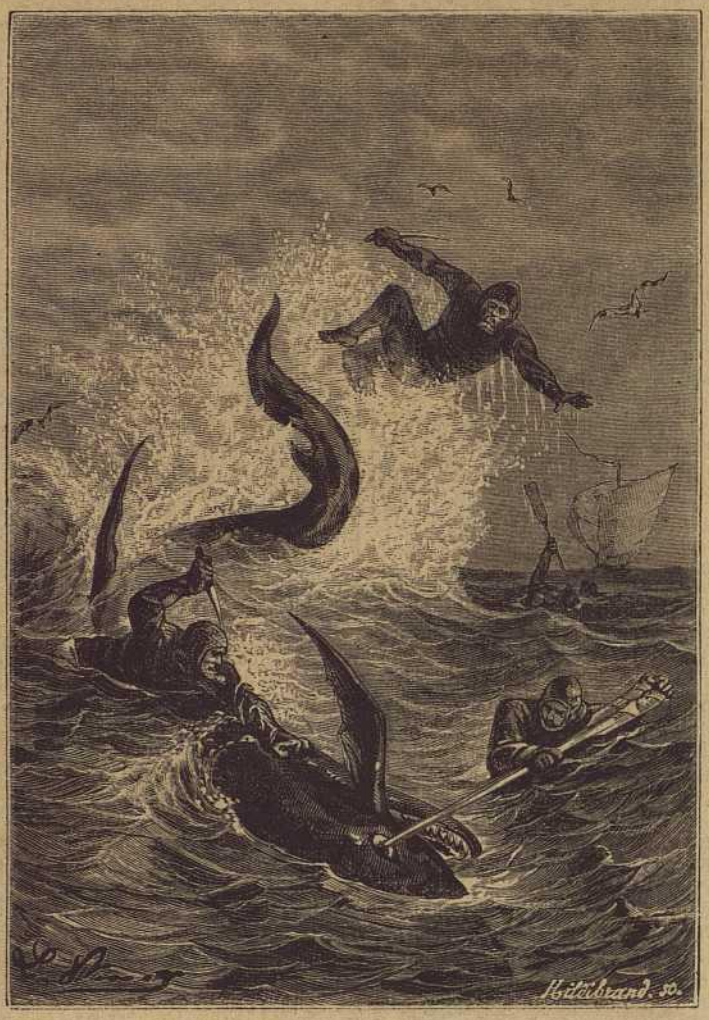
—No hay de qué, contestó Craig. Un bocado de doscientos mil duros no era para la boca de ese pez.

—Jamás, añadió Fry.

—¿Y Sun? ¿dónde está Sun?

Aquella vez se habia puesto á vanguardia y se hallaba ya muy cerca de la barca, que no distaba sino tres cables. El cobarde habia huido á fuerza de remo y aquello estuvo á punto de causar su pérdida.

En efecto, los pescadores le habian visto; pero no



¡No hay cuidado! respondió Fry volviendo á la carga.

podian imaginar que bajo aquel trage de perro marino hubiese una criatura humana. Se prepararon, pues, á pescarle como hubieran pescado un delfin ó una foca. Asi, luego que el supuesto animal se halló en jurisdiccion, le echaron del barco una cuerda larga con un gancho. El gancho dió en el cinturon de su trage é introduciéndose en él, le desgarró desde la espalda hasta la nuca.

Sun, no estando ya sostenido por el aire contenido en la doble envoltura, cayó cabeza abajo en el agua haciendo salir las piernas al aire.

Kin-Fo, Craig y Fry llegaron entonces y tuvieron la precaucion de interpelar á los pescadores en lengua china.

Los pescadores se asustaron mucho al ver focas que hablaban, é iban á dar las velas al viento y á huir á toda prisa, cuando Kin-Fo les tranquilizó dándoles á conocer que eran hombres, compañeros suyos y chinos como ellos.

Un instante despues los tres mamíferos terrestres estaban á bordo.

Faltaba Sun. Le atrajeron con una espadilla, le levantaron la cabeza por cima del agua y uno de los pescadores, cogiéndole por el estremo de la coleta, le levantó.

Pero la coleta de Sun se quedó toda entera en las manos del pescador, y el pobre diablo tomó un nuevo chapuzon.

Los pescadores entonces le ataron una cuerda y lograron, no sin trabajo, subirle á la barca.

Apenas estuvo sobre cubierta y hubo devuelto el agua del mar que habia tragado, Kin-Fo se acercó á él y con tono severo exclamó:

—¡Es decir, que tu coleta era postiza!

—Sin eso, respondió Sun, yo, que conocia las costumbres de usted, ¿habria entrado nunca á su servicio?

Esta salida hizo soltar la carcajada á todos.

Los pescadores eran de Fu-Ning cuyo puerto se hallaba á menos de dos leguas de distancia.

Por consiguiente, aquella noche hácia las ocho desembarcaron Kin-Fo y sus compañeros, y quitándose los aparatos del capitan Boyton, volvieron á tomar la apariencia de criaturas humanas.

La coleta de Sun se quedó en las manos del pescador, y el pobre diablo se dió un nuevo chapuzon.

CAPITULO XXI.

EN EL CUAL CRAIG Y FRY VEN CON GRAN SATISFACCION SALIR LA LUNA.

—Ahora en busca del tai-ping.

Tales fueron las primeras palabras que pronunció Kin-Fo al dia siguiente, 30 de junio, por la mañana despues de una noche de descanso que tenian bien merecido los héroes de tan singulares aventuras.

Se hallaban en fin en el teatro de las hazañas de Lao-Sen é iba á empeñarse la lucha definitiva.

¿Saldria Kin-Fo vencedor?

Sí, sin duda alguna, con tal que pudiera sorprender al tai-ping porque le pagaria su carta al precio que quisiera pedirle. No ciertamente si Kin-Fo se dejaba sorprender y recibia una puñalada en el corazon antes de haber podido entrar en tratos con el feroz mandatario de Wang.

—En busca del tai-ping, respondieron Fry y Craig despues de haberse consultado mútuamente con una mirada.

La llegada de Kin-Fo, de Fry, Craig y Sun en tan singular atavío, la manera con que los pescadores les habian recogido en el mar, todo era muy á propósito para escitar cierta emocion en el puerto de Fu-Ning. Difícil hubiera sido librarse de la curiosidad pública, por lo cual no es de estrañar que fueran escoltados hasta la posada donde, gracias al dinero que Kin-Fo habia conservado en su cinturon, y Fry y Craig en el saco, se habian proporcionado vestidos mas convenientes. Si Kin-Fo y sus compañeros hubiesen ido á la posada menos acompañados habrian notado cierto chino que les seguia los pasos muy de cerca; y su sorpresa se habria aumentado si le hubieran visto hacer centinela durante toda la noche á la puerta de la posada, y aparecer en el mismo sitio á la mañana siguiente.

Pero nada vieron, nada sospecharon y no estrañaron por tanto que el mismo personaje sospechoso les ofreciera sus servicios como guía, en el momento en que salian de la casa.

Era un hombre de unos treinta años, y que parecia muy honrado. Sin embargo, los recelosos Craig y Fry le interrogaron diciendo:

—¿Por qué se ofrece usted á servirnos de guía, y á dónde pretende guiarnos?

Nada mas natural que estas dos preguntas; pero tampoco habia nada mas natural que las dos respuestas que dió el chino.

—Supongo, dijo, que tienen ustedes la intencion de visitar la Gran Muralla, porque eso quieren hacer todos los viajeros que llegan á Fu-Ning. Conozco el país y me ofrezco á llevar á ustedes allá.

—Amigo mio, dijo Kin-Fo tomando parte en la conversacion; ante todo, quisiera saber si la provincia es segura.

—Muy segura, respondió el guía.

—¿No se habla en el país de un tal Lao-Sen? preguntó Kin-Fo.

—¿Lao-Sen el tai-ping? Sí, en efecto, respondió el guía; pero no hay nada que temer de él en la parte de acá, de la Gran muralla, porque no se atreveria á penetrar en el territorio imperial. A la parte de allá, es donde está, recorriendo las provincias mogolas.

—¿Se sabe dónde reside actualmente? preguntó Kin-Fo.

—En estos últimos dias le han visto en Chin-Tang-Ro, á pocos lis de la Gran Muralla.

—¿Y qué distantancia hay desde Fu-Ning á Chin-Tang-Ro?

—Unos 50 lis (1).

—Pues bien, acepto los servicios de usted.

—¿Para llevarles á la Gran Muralla?...

—Para llevarnos hasta el campamento de Lao-Sen.

El guía no pudo contener cierto movimiento de sorpresa.

—Se le pagará á usted bien, añadió Kin-Fo.

El guía movió la cabeza, como hombre que no tenia gana de pasar la frontera, y despues dijo:

—Hasta la Gran Muralla serviré á ustedes; pero mas allá no, porque seria arriesgar la vida.

—Ponga usted el precio que quiera por la suya. La pagaré.

—Entonces adelante, respondió el guía.

Kin-Fo volviéndose hácia los dos agentes, añadió:

—Señores, ustedes son libres, y si no quieren acompañarme, pueden volverse.

—A donde usted vaya... dijo Craig.

—Iremos nosotros, añadió Fry.

El cliente de la *Centenaria* no habia dejado de valer para ellos 200,000 duros.

Por lo demás, despues de esta conversacion, los agentes quedaron tranquilos al parecer, respecto de las indicaciones del guía. Segun éste, sin embargo, al otro lado de la barrera que los chinos levantaron contra las escursiones de las hordas mogolas, era de temer cualquier suceso desagradable.

Inmediatamente se hicieron los preparativos de marcha, sin preguntar á Sun si le convenia ó no hacer el viaje.

Faltaban absolutamente medios de trasporte, tales como coches ó carros, en Fu-Ning; tampoco habia caballos ni mulas; pero habia cierto número de esos camellos que sirven para el comercio de los mogoles, traficantes aventureros que marchan por caravanas camino de Peking á Kiatak, llevando delante de sí innumerables rebaños de carneros de larga cola, y que han establecido comunicaciones entre la Rusia Asiática y el Celeste Imperio.

Sin embargo, estos traficantes no se aventuran por aquellas largas estepas sino muy bien armados y acompañados. Son gente feroz y cruel, dice Mr. de Beauvoir, que desprecian soberanamente á los chinos.

Cinco camellos, con sus jaeces muy primitivos, fueron comprados y cargados de provisiones. Se compraron tambien armas, y la caravana se puso en marcha bajo la direccion del guía.

Pero estos preparativos habian exigido algun tiempo, y la marcha no pudo emprenderse hasta la una de la tarde, á pesar de cuyo retraso el guía creia poder llegar antes de las doce de la noche al pie de la Gran Muralla. Allí se organizaria el campamento; y al dia siguiente, si Kin-Fo perseveraba en su imprudente resolucion, pasarian la frontera.

El país, en los alrededores de Fu-Ning, era bastante accidentado. Nubes de arena amarilla se levantaban en espesos remolinos por cima del camino que pasaba entre campos cultivados; conocíase que caminaban todavía por territorio del Celeste Imperio. El guía precedia a Kin Fo y á sus compañeros encajonados entre las dos jorobas de su cabalgadura. Sun aprobaba tal modo de viajar, y en tales condiciones, hubiera ido hasta el fin del mundo. Si el camino no era fatigoso, en cambio el calor era grande. Al través de las capas atmosféricas, muy caldeadas por la reverberacion del suelo, solo se presentaban los mas curiosos efectos de espejismo: vastas llanuras líquidas, grandes como un mar, aparecian al estremo del horizonte, y desaparecian en seguida con gran satisfaccion de Sun, que todavía se creia amenazado de nueva navegacion.

Aunque la provincia estaba situada en los límites de la China, no hay que pensar que estuviese desierta. El Celeste Imperio, aunque muy vasto, es todavía pequeño para la poblacion densa que cubre su superficie. Así, hasta en los límites del desierto asiático, hay muchos habitantes.

Los hombres trabajaban en los campos. Las mujeres tártaras, que podian conocerse por los colores rosados y azules de sus vestidos, trabajaban tambien en la agricultura. Rebaños de carneros amarillos de larga cola (cola que Sun miraba no sin envidia), pacian acá y allá bajo las ávidas miradas del águila negra. ¡Desdichado el rumiante que se apartaba del rebaño! Estas águilas son, en efecto, muy temibles y hacen una guerra terrible á los carneros, á los gamos y á los jóvenes antílopes, y hasta sirven como si fueran perros de caza á los kirguicios de las estepas del Asia Central.

Bandadas de aves se levantaban tambien de todas partes, y un fusil no habria permanecido inactivo en aquella parte del territorio; pero el verdadero cazador no habria mirado con buenos ojos las redes, los lazos y otras máquinas de destruccion, dignas á lo mas de un cazador furtivo, que cubrian el suelo entre los surcos de trigo, de mijo ó de maíz.

Entre aquellos campos y entre aquellos torbellinos de polvo mogol, caminaban Kin Fo y sus compañeros sin detenerse ni á la sombra del camino, ni en las granjas aisladas de la provincia, ni en las aldeas que de distancia en distancia anunciaban las torres funerarias levantadas á la memoria de algunos heroes de la leyenda budística. Caminaban en fila dejándose guiar por los camellos, que tienen la costumbre de ir unos detrás de otros, y cuyo paso lento se regula por un cencerro encarnado que llevan al cuello.

En estas condiciones no era posible conversacion ninguna. El guía, poco hablador de suyo, iba siempre á la cabeza de la caravana observando la campiña segun podia, en medio del polvo espeso que disminuia considerablemente el círculo de observacion. Pero no vacilaba jamás acerca del camino que debia seguir, ni siquiera cuando llegaba á ciertos cruces que no tenian poste indicador. Fry y Craig, no sospechando nada de aquel guía, concentraban toda su vigilancia en el precioso cliente de la *Centenaria*, y por un sentimiento muy natural se aumentaba su inquietud á medida que se acercaban al objeto del viaje. A cada instante y sin estar prevenidos, podrian

(1) Diez leguas.

encontrarse en presencia de un hombre que de una puñalada bien dirigida podria hacerles perder 200,000 duros.

Por su parte Kin-Fo se hallaba en esa disposicion de ánimo en la cual el recuerdo de lo pasado domina la ansiedad de lo presente y de lo porvenir. Recordaba su vida durante los dos últimos meses; la constancia de la mala suerte no dejaba de alarmarle sériamente, porque desde el dia en que su corresponsal de San Francisco le habia enviado la noticia de su supuesta ruina, habia entrado en un período de desgracias verdaderamente estraordinario. ¿No se estableceria una compensacion entre la segunda parte de su vida y la primera, cuyas ventajas habia tenido la locura de desconocer? Aquella série de circunstancias adversas, ¿concluiria con el recobro de la carta que estaba en manos de Lao-Sen, supuesto que pudiera llegar hasta él sin lucha? La amable Le-u con su presencia, cuidados y ternura, ¿conseguiria conjurar á los malos espíritus que contra él se habian encarnizado? Toda su vida pasada se le presentaba entonces á la memoria y caminaba pensativo é inquieto. ¿Y Wang? No podia acusarle de no haber querido cumplir la promesa que le habia hecho; pero Wang, el filósofo, el huésped asíduo del yamen de Shang-Hai, no estaria allí para enseñarle filosofía...

—¡Se va usted á caer! gritó en aquel momento el guía, con cuyo camello habia tropezado el de Kin-Fo, que absorto en sus pensamientos no habia cuidado de él.

—¿Hemos llegado? preguntó Kin-Fo.

—Son las ocho, respondió el guía, y propongo que hagamos alto para comer.

—¿Y despues?

—Despues nos volveremos á poner en camino.

—¿Ya será bien de noche?

—No teman ustedes que les pierda. La Gran Muralla está á 20 lis de aquí, y conviene dar descanso á nuestras cabalgaduras.

—¡Sea! respondió Kin-Fo.

A un lado del camino se levantaba un edificio abandonado, cerca del cual corria un arroyuelo por un sinuoso barranco, donde los camellos acudieron á apagar la sed.

Entre tanto, antes que se hiciera de noche, Kin-Fo y sus compañeros se instalaron en aquel edificio, y allí comieron con buen apetito, porque lo largo del camino les habia abierto las ganas.

La conversacion no fue, sin embargo, animada. Una ó dos veces Kin-Fo habló de Lao-Sen, preguntando al guía quién era el tai-ping, y si le conocia; pero el guía volvió la cabeza con temor y evitó en lo posible dar respuestas concretas.

—¿Viene alguna vez á esta provincia? preguntó Kin-Fo.

—No, respondió el guía; pero los tai-ping de su partida han pasado muchas veces la Gran Muralla, y no seria bueno encontrarles. ¡Buda nos guarde de los tai-ping!

Al oir estas respuestas que daba el guía sin comprender la importancia que tenian para Kin-Fo, Craig y Fry se miraban frunciendo el entrecejo, sacaban sus relojes, los consultaban y por último movian la cabeza de arriba á bajo.

—¿Por qué no nos quedamos aquí tranquilamente hasta que venga el dia? preguntaron al fin los dos agentes.

—¡En estas ruinas! esclamó el guía. Prefiero estar á campo raso, porque allí se corren menos peligros de ser sorprendidos.

—Hemos convenido en que llegaremos esta noche á la Gran Muralla, respondió Kin-Fo. Quiero llegar esta noche y llegaré.

Estas palabras fueron pronunciadas en tono que no admitia discusion; y Sun mismo, á pesar del mucho miedo que tenia, no se atrevió á protestar.

Concluida la comida, y siendo cerca de las nueve, el guía se levantó y dió la señal de la partida.

Kin-Fo se dirigió hácia su camello, y Craig y Fry corrieron tras él.

—Señor, dijeron, ¿está usted decidido á ponerse en manos de Lao-Sen?

—Absolutamente decidido, respondió Kin-Fo. Quiero recobrar mi carta á cualquier precio.

—Juega usted una partida peligrosa, respondieron, yendo al campamento del tai-ping.

—No he venido hasta aquí para retroceder, contestó Kin-Fo. Ustedes pueden seguirme ó dejarme.

El guía habia encendido una linterna de bolsillo y á ella se acercaron los agentes y consultaron por segunda vez sus relojes.

—Seria mucho mas prudente esperar á mañana, dijeron al fin.

—¿Por qué? preguntó Kin-Fo. Lao-Sen será tan peligroso mañana ó pasado mañana como puede serlo hoy. En marcha.

—En marcha, repitieron Craig y Fry.

El guía habia oido aquella conversacion. Muchas veces ya durante el viaje, cuando los dos agentes habian querido disuadir á Kin-Fo de pasar mas adelante, se habia notado en su rostro un movimiento de despecho; y en aquel mismo instante no pudo contener otro de impaciencia, cuando les vió volver á la carga.

Kin-Fo lo habia notado; sin embargo, estaba decidido á no retroceder un punto. Su sorpresa fue grande cuando en el momento en que el guía le ayudaba á subir sobre el camello, le dijo al oido estas palabras:

—Desconfie usted de esos dos hombres.

Kin-Fo iba á pedir la esplicacion de aquellas palabras; pero el guía, haciéndole señas de que callase, dió la señal de la marcha, y la caravana comenzó á caminar por el campo.

¿Habia penetrado un poco de desconfianza en el ánimo del cliente respecto de Fry y Craig? Las palabras inesperadas é inesplicables del guía, ¿podian contrabalancear los dos meses de adhesion que los agentes le habian mostrado? No, en verdad. Sin embargo, se preguntaba por qué razon Fry y Craig le habian aconsejado que aplazase su presentacion en el campamento del tai-ping ó renunciase completamente á ella. ¿No habian salido de Peking precisamente para buscar á Lao-Sen? ¿No estaba en el interés mismo de los agentes de la *Centenaria* que su cliente recobrase su absurda carta, que le comprometia? Su insistencia parecia incomprensible.

Kin-Fo no manifestó los sentimientos que le agitaban. Habia vuelto á tomar su sitio detrás del guía; Craig y Fry le siguieron y asi caminaron durante dos horas largas.

Debian ser cerca de las doce de la noche cuando el guía, deteniéndose, señaló al Norte una larga línea negra, que se dibujaba vagamente sobre el fondo un poco mas claro del cielo. Detrás de aquella línea blanqueaban algunas cimas ya iluminadas por los primeros rayos de la luna, próxima á asomar por el horizonte.

—¡La Gran Muralla! dijo el guía.

—¿Podemos atravesarla esta misma noche? preguntó Kin-Fo.

—Sí, si usted lo quiere.

—Lo quiero.

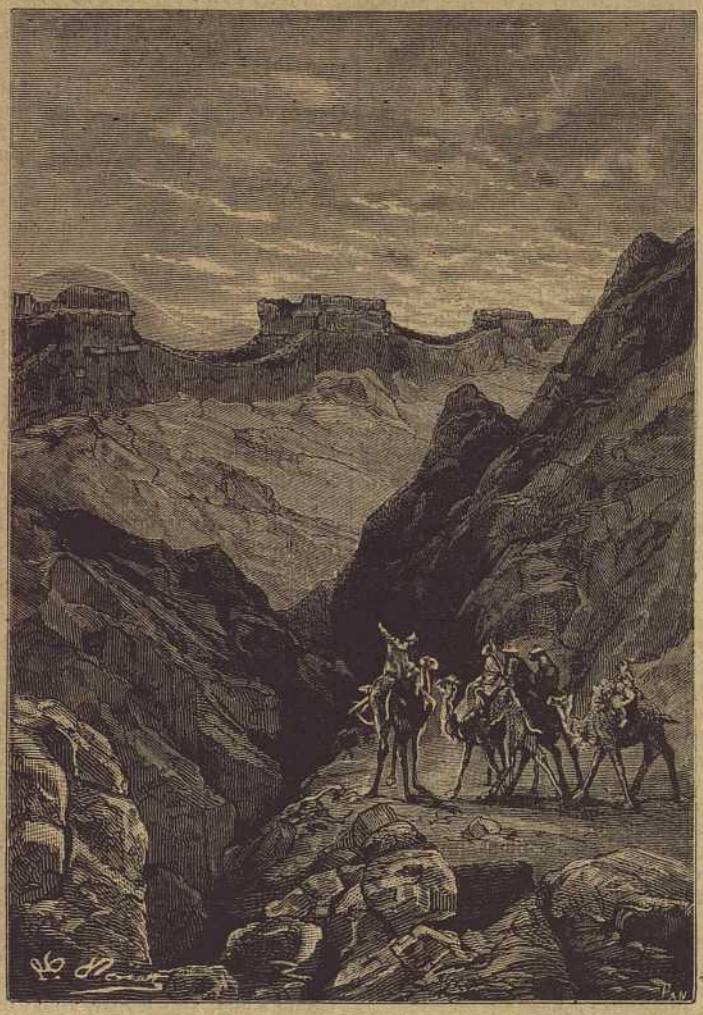
Los camellos se habian detenido.

—Voy á reconocer el paso, dijo entonces el guía. Quédense ustedes quí, que pronto vuelvo.

Diciendo esto, se alejó.

En aquel momento Craig y Fry se aproximaron á Kin-Fo.

—Señor Kin-Fo... dijo Craig.



¡La gran muralla! dijo el guía deteniéndose.

—Señor Kin-Fo... dijo Fry.

Y ambos añadieron:

—¿Está usted satisfecho de nuestros servicios durante los dos meses que han transcurrido desde que el ilustre Willian J. Bidulph nos agregó á su persona?

—Muy satisfecho.

—¿Tendria usted la bondad de firmarnos este papelito, en el cual certificará que no tiene mas que elogios que darnos por nuestros buenos servicios?

—¡Ese papel! dijo Kin-Fo bastante sorprendido á la vista de una hoja que le presentaba Craig.

—Es un certificado, añadió Craig, que quizá nos valdrá algun elogio de parte de nuestro director...

—Y sin duda, alguna gratificacion estraordinaria, prosiguió Fry.

—Mi espalda servirá á usted de pupitre, dijo Craig encorvándose.

—Y aquí tengo la tinta necesaria para que pueda usted darnos esa prueba de bondad, dijo Fry.

Kin-Fo se echó á reir y firmó. Despues preguntó:

—¿A qué viene esa ceremonia en este sitio y á esta hora?

—En este sitio, respondió Fry, porque nuestra intencion es no acompañar á usted más lejos...

—Y á esta hora, añadió Craig, porque dentro de algunos minutos serán las doce de la noche.

—¿Y qué les importa á ustedes la hora?

—Señor Kin-Fo, dijo Craig, el interés que tenia por usted nuestra compañia de seguros...

—Va á concluir dentro de algunos instantes..... añadió Fry.

—Y puede usted matarse...

—O hacerse matar...

—Cuando guste.

Kin-Fo miraba sin comprender á los dos agentes, que le hablaban en el tono mas amable. En aquel momento la luna se presentó hácia el Oriente, lanzando hasta ellos sus primeros rayos.

—¡La luna... esclamó Fry.

—Y estamos á 30 de junio... añadió Craig.

—Hoy sale la luna á las doce de la noche...

—Y no estando renovada su póliza de usted..

—No es usted ya cliente de la *Centenaria*.

—Buenas noches, señor Kin-Fo, dijo Craig.

Sun tuvo que ser empujado por la espalda para que pasase.

—Buenas noches, señor Kin-Fo, dijo Fry.

Y los dos agentes, volviendo la cabeza de su caballgadura, desaparecieron en breve, dejando á su cliente estupefacto.

Apenas habia cesado de oirse el ruido de los pasos de los dos camellos que se llevaban á los dos americanos, quizá hombres demasiado prácticos, una multitud de soldados, conducidos por el guia, se arrojó sobre Kin-Fo, que en vano trató de defenderse, y sobre Sun, que trató en vano de huir.

Un instante despues el amo y el criado fueron llevados á una sala baja de uno de los torreones abandonados de la gran muralla, cuya puerta se cerró cuidadosamente detras de ellos.

CAPITULO XXII.

QUE HUBIERA PODIDO SER ESCRITO POR EL MISMO LECTOR, TAL ES LA MANERA INESPERADA CON QUE CONCLUYE.

La gran muralla, especie de biombo chino, de 400 leguas de longitud, construida en el siglo tercero por el emperador Tsi-Chi-Wang-Ti, se estiende desde el golfo de Leao-Tong, que baña dos de sus torres, hasta el Kan-Su, donde se reduce á las proporciones de una simple tapia. Es una sucesion interrumpida de dobles parapetos defendidos por bastiones y torres de 50 pies de altura y de 20 de anchura, con base de granito y ladrillo en el revestimiento superior, y que siguen audazmente el perfil caprichoso de las montañas de la frontera ruso-china.

Del lado del Celeste Imperio el muro se encuentra en muy mal estado; pero del lado de la Manchuria presenta un aspecto mas tranquilizador, y sus almenas le forman una magnífica orla de piedras. No hay defensores en esta larga línea de fortificaciones, ni tampoco existen cañones. El ruso como el tártaro, el kirghicio como el Hijo del Cielo pueden pasar libremente al través de sus puertas. La mampara no preserva ya la frontera septentrional del Imperio, ni siquiera del polvo fino mogol que el viento del Sur lleva en ocasiones hasta la misma capital.

Bajo la poterna de uno de aquellos bastiones desiertos, despues de una noche muy mala pasada so-

bre la paja, tuvieron que entrar al dia siguiente Kin-Fo y Sun, escoltados por una docena de hombres que no podian pertenecer mas que á la partida de Lao Sen.

El guia habia desaparecido; pero Kin-Fo no podia ya hacerse ilusion ninguna. No era la casualidad la que habia puesto al traidor en su camino; sin duda aquel miserable le habia espiado; su vacilacion al proponerle pasar la Gran Muralla no era mas que un medio astuto de evitar sospechas; pertenecia sin duda á la partida del tai-ping y habia obedecido sus órdenes.

Por lo demás, Kin-Fo se cercioró de todo cuando interrogó á uno de los hombres que parecia dirigir la escolta.

—¿Me conducen ustedes al campamento de Lao-Sen, su jefe? preguntó.

—Allí estaremos antes de una hora, contestó el hombre.

En suma, ¿qué habia ido á buscar el discípulo de Wang? Buscaba al mandatario del filósofo, y por consiguiente le conducian adonde él mismo queria ir. Que fuese por su voluntad ó por fuerza importaba poco. De esto solamente se cuidaba Sun, cuyos dientes chocaban unos con otros, sintiendo vacilar su cabeza sobre los hombros.

Kin-Fo, sin perder su flema, habia tomado su partido y se dejaba conducir. Iba á tratar del negocio del rescate de su carta, que era precisamente lo que deseaba. No podia, por consiguiente, quejarse.

Despues de haber pasado la Gran Muralla siguieron, no el camino general de la Mogolia, sino senderos escarpados que penetraban hácia la derecha en la parte montañosa de la provincia. Así marcharon durante una hora con toda la celeridad que permitia la inclinacion del suelo. Kin-Fo y Sun, estrechamente vigilados, no hubieran podido huir, y por otra parte no pensaban en hacerlo.

Hora y media despues, los presos y sus guardias, al dar vuelta á un contrafuerte, observaron un edificio medio arruinado.

Era un antiguo convento de bonzos levantado en un cerro; curioso monumento de la arquitectura budística. En aquel sitio perdido de la frontera rusochina, y en aquel país desierto, no era posible figurarse qué especie de fieles se atreverian á frecuentar aquel templo, pues que aventurándose en tales desfiladeros, muy propios para los asaltos y emboscadas, no podrian menos de arriesgar sus vidas.

Si el tai-ping Lao-Sen habia establecido su campamento en aquella parte montañosa de la provincia, indudablemente habia sabido escoger una posicion digna de sus hazañas.

El jefe de la escolta, preguntado por Kin-Fo, respondió que, en efecto, Lao-Sen residia en aquel edificio que habia sido convento de bonzos.

—Deseo verle al instante, dijo Kin-Fo.

—Al momento, respondió el jefe.

Kin-Fo y Sun, á quienes préviamente se habia desarmado, fueron introducidos en un gran vestíbulo que formaba el atrio del templo. Allí habia unos veinte hombres armados, con sus trages pintorescos de salteadores de caminos, y cuyas caras feroces no eran muy á propósito para tranquilizar á nadie.

Kin-Fo pasó resueltamente entre las dos filas de los tai-ping. Pero Sun tuvo que ser empujado con vigor por la espalda para que pasase.

El vestíbulo conducia á una escalera abierta entre dos espesas paredes, cuyos escalones bajaban introduciéndose profundamente en las entrañas del monte.

Aquello indicaba que bajo el edificio principal habia una especie de cripta á la cual habria sido difícil, por no decir imposible, que llegase el que no tuviera el hilo de aquel laberinto subterráneo.

Despues de haber bajado unos treinta escalones y de haber andado unos cien pasos al resplandor fuliginoso de las antorchas que llevaban los hombres de la escolta, llegaron los dos presos al centro de una gran sala iluminada á medias por otras antorchas de la misma especie. Era aquella, en efecto, una cripta. Pilares macizos adornados de cabezas feísimas de mónstruos que pertenecen á la fauna grotesca de la mitología china, sostenian arcos cuyas molduras se unian á la clave de pesadas bóvedas.

A la llegada de los dos presos se oyó un sordo murmullo en aquella sala subterránea.

La sala no estaba desierta. Hasta en sus sombrías profundidades se encontraba llena de multitud de gente.

Allí estaba toda la partida de los tai-ping reunida para alguna ceremonia sospechosa.

Al estremo de la cripta, sobre un ancho estrado de piedra, se hallaba en pie un hombre de alta estatura que parecia el presidente de un tribunal secreto. Tres ó cuatro de sus compañeros, inmóviles á su lado, parecian servirle de asesores.

Aquel hombre hizo una seña, y entonces la multitud abrió paso á los dos prisioneros.

—Lao-Sen, dijo el jefe de la escolta á Kin-Fo, señalándole el personaje que estaba en pie.

Kin-Fo dió un paso hácia él, y entrando en materia, como hombre decidido á terminar pronto su negocio, le dijo.

—Lao-Sen, tienes en tu poder una carta que te ha enviado tu antiguo compañero Wang. Esa carta es ya inútil y vengo á pedirte que me la devuelvas.

Kin-Fo pronunció estas palabras con voz firme; pero el tai-ping no hizo movimiento ninguno, ni siquiera con la cabeza. Hubiérase dicho que era de bronce.

—¿Qué exiges por la devolucion de esa carta? preguntó Kin-Fo.

Esperó algun rato la respuesta, pero no la obtuvo.

—Lao-Sen, dijo Kin-Fo, te daré una letra á cargo del banquero que te convenga, en la ciudad que tú elijas. Esa letra será pagada íntegramente y á la vista, sin que el hombre de confianza á quien envíes para cobrarla pueda ser molestado bajo este concepto.

Continuó el mismo silencio glacial del tai-ping, silencio que no era de buen agüero.

Kin-Fo continuó, recalcando sus palabras.

—¿De qué suma quieres que te firme la letra? Te ofrezco 5.000 taeles.

No obtuvo respuesta.

—Diez mil taeles.

Lao-Sen y sus compañeros continuaban tan mudos como las estátuas del estraño convento.

Kin-Fo empezó á sentir los impulsos de la cólera y de la impaciencia. Sus ofertas merecian que se les diera una contestacion, cualquiera que fuese.

—¿No me oyes? dijo al tai-ping.

Lao-Sen entonces, dignándose bajar la cabeza, indicó que lo habia oido todo perfectamente.

—¡Veinte mil taeles! ¡Treinta mil taeles! esclamó Kin-Fo. Te ofrezco lo que te pagaria la *Centenaria* si yo hubiese muerto; te ofrezco el doble... el triple. Habla. ¿No te parece bastante?

Continuando el mismo silencio, Kin-Fo, á quien el mutismo de Lao-Sen ponia fuera de sí, se acercó al grupo taciturno, y cruzando los brazos esclamó:

—¿A qué precio quieres, en fin, venderme esa carta?

—A ninguno, respondió al fin el tai-ping. Has ofendido á Buda despreciando la vida que te habia dado, y Buda pide venganza. Ante la muerte conocerás al cabo lo que valia el favor de existir en el mundo, favor que por tan largo tiempo has desconocido.

Dicho esto en tono que no admitia réplica, Lao-Sen hizo un ademan, á inmediatamente Kin-Fo fué

sujetado sin que pudiera defenderse, atado, llevado fuera de aquel sitio y encerrado en una especie de jaula herméticamente cerrada, que podia servir tambien de silla de mano.

Sun, el desgraciado Sun, á pesar de sus gritos y de sus súplicas, tuvo que someterse al mismo tratamiento.

—Me llevan á la muerte, dijo para sí Kin-Fo. No importa: el que ha despreciado la vida merece, en efecto, morir.

Sin embargo, la muerte, si le parecia inevitable, no estaba tan cercana como lo suponia. No era posible imaginar á qué espantoso suplicio le reservaba el cruel tai-ping. Pasaron asi algunas horas, al cabo de las cuales Kin-Fo sintió que le levantaban con la jaula en que le habian encerrado y que le llevaban en un vehículo cualquiera. Los tumbos que el vehículo hacia dar á la jaula por el camino, el ruido de los caballos y el de las armas de su escolta, no le dejaron duda ninguna de que le llevaban lejos, pero en vano hubiera tratado de averiguar á dónde.

Siete ú ocho horas despues de su encierro, sintió que la silla se detenia y que le llevaban á brazos de hombres. En breve observó un movimiento de su jaula menos brusco que sucedió á las sacudidas del camino terrestre.

—Estoy sin duda en un buque, dijo para sí.

Los movimientos notables de cabeceo y de balanceo y el ruido de la hélice le confirmaron en la idea de que iba en un vapor.

—Me van á matar tirándome al agua, pensó ¡Bueno! Así me evitarán nuevos tormentos. ¡Gracias, Lao-Sen!

Sin embargo, trascurrieron todavía dos dias, y cada dia por una pequeña trampa que tenia la jaula le introducian un poco de alimento, sin que el preso pudiera ver la mano de quien se lo llevaba, ni pudiera obtener ninguna respuesta á sus preguntas.

Kin-Fo, antes de abandonar la existencia que el cielo le habia proporcionado tan felizmente, habia querido recibir emociones. Habia deseado no morir sin que su corazon latiese siquiera una vez. Pues bien, sus votos se habian cumplido, y mas allá de lo que podia desear.

Aunque habia hecho el sacrificio de su vida, habria preferido morir á la luz del dia. Parecíale horrible el pensamiento de que pudiera ser precipitado de un momento á otro en las olas dentro de aquella jaula en que le llevaban encerrado. Morir sin haber vuelto á ver la luz ni á la pobre Le-u, cuyo recuerdo ocupaba enteramente su imaginacion, le parecia espantoso.

En fin, despues de cierto tiempo, cuya estension no pudo calcular, le pareció que cesaba de repente aquella larga navegacion. Ya no se sentia el ruido de la hélice; el buque que llevaba su jaula se detenia y la jaula misma era levantada y trasportada de nuevo á otro sitio.

Sin duda habia llegado el momento supremo y el sentenciado no tenia que hacer otra cosa mas que pedir perdon por los errores de su vida.

Trascurrieron algunos minutos, que para Kin-Fo fueron años y aun siglos. Con gran admiracion observó desde luego que la jaula descansaba otra vez sobre terreno sólido.

De repente se abrió su prision, se sintió asido por brazos vigorosos; cayó inmediatamente sobre sus ojos una venda y se sintió sacado bruscamente de la jaula y obligado á dar algunos pasos, al cabo de los cuales sus guardias le hicieron detener.

—Sí, al fin voy á morir, esclamó, no os pido que me dejeis una vida de la cual no he sabido qué hacer, sino á lo menos que me concedais la gracia de morir á la luz del dia, como hombre que no teme mirar á la muerte cara á cara.

—Sea, dijo una voz muy grave. Hágase lo que pide el reo.

Entonces le quitaron súbitamente la venda de los ojos.

Kin-Fo dirigió una mirada ávida en torno suyo.

¿Era juguete de un sueño? Lo primero que vió fué una mesa suntuosamente servida y sentadas á ella cinco personas que con aire risueño parecian esperarle para comenzar el banquete.

—¡Son ustedes, amigos mios, mis queridos amigos! ¡Son ustedes los que veo! esclamó Kin-Fo con acento imposible de describir.

Pero no, no se engañaba. El uno era Wang el filósofo y los otros eran Yin-Pang, Hual, Pao-Sen-Tsin, sus amigos de Canton, aquellos mismos á quienes dos meses antes habia dado una comida en uno de los barcos-flores del rio de las Perlas, sus compañeros de juventud, los testigos de su despedida de la vida de soltero.

No podia creer á sus ojos. Estaba en su casa, en el comedor de su yamen de Shang-Hai.

—¿Eres tú, esclamó dirigiéndose á Wang, ó eres tu sombra? Habla.

—Soy yo mismo, respondió el filósofo. ¿Perdonarás á tu antiguo maestro la última leccion, un poco dura, de filosofía que ha tenido que darte?

—¡Cómo? esclamó Kin-Fo. ¿Serias tú, Wang?...

—Yo, respondió Wang; yo, que me encargué de quitarte la vida, para que otro menos escrupuloso no se encargase de ello. Yo, que supe antes que tú que no estabas arruinado y que llegaria un momento en que no querrias morir. Mi antiguo compañero Lao-Sen, que acaba de someterse al imperio y que será en adelante su mas firme columna, ha tenido la bondad de ayudarme á hacerte comprender en presencia de la muerte lo que vale la vida. Si te he abandonado en medio de terribles angustias, y lo que es peor, si á pesar de la compasion que sentia hácia tí te he hecho correr aun mas de lo que debia, es porque tenia la certidumbre de que corrias en pos de la felicidad y de que acabarias por alcanzarla en la carrera.

Kin-Fo estaba en los brazos de Wang, que le estrechaba fuertemente contra su pecho.

—¡Mi pobre Wang! decia Kin-Fo muy conmovido. ¡Si al fin hubiera corrido yo solo! Pero ¡qué trabajos te he hecho pasar! Tambien tú has tenido mucho que correr. ¡Y qué baño te obligué á tomar en el puente de Palikao!

—¡Ah! respondió Wang; mucho miedo me causó aquel baño, porque era demasiado para un filósofo de cincuenta y cinco años. Tenia mucho calor y el agua estaba muy fria. Pero al fin escapé del peligro. Nunca se corre ni se nada mejor que cuando se hacen estas cosas por el bien de los demás.

—Sí, por los demás, dijo Kin-Fo con aire grave. Es preciso saber hacerlo todo en beneficio de los demás. Ahí está el secreto de la felicidad.

Sun entró entonces, pálido, como hombre que ha sufrido el mareo durante cuarenta y ocho horas mortales. Lo mismo que su amo, el desgraciado criado habia tenido que hacer la travesía de Fu-Ning, á Shang-Hai; y en qué condiciones la habia hecho podia juzgarse por su cuerpo.

Kin-Fo, despues de haberse separado de los brazos de Wang, estrechó la mano de sus amigos.

—Decididamente, dijo, es preferible vivir. He sido un loco hasta ahora.

—Y puedes de aquí en adelante ser un hombre juicioso, respondió el filósofo.

—Trataré de serlo, dijo Kin-Fo, y para empezar quiero poner en órden mis asuntos. Corre todavía por el mundo el papelucho que ha sido para mí la causa de grandes tribulaciones y por consiguiente no le puedo olvidar. ¿Qué ha sido al fin de esa carta

Le-u se presentó llevando en su mano la famosa carta y agitándola en señal de desafío.

maldita que te dí, mi querido Wang? ¿Salió verdaderamente de tus manos? Me alegraria mucho volverla á ver, porque al fin, ¡si se perdiese de nuevo! Lao-Sen, si la tiene todavia, no puede dar gran importancia á ese pedazo de papel, y yo sentiria que cayese en manos... poco delicadas.

Todos los circunstantes se echaron á reir.

—Amigos mios, dijo Wang: Kin-Fo se ha mejorado mucho en sus desgracias y se ha convertido en un hombre ordenado y metódico. Ya no es el indiferente de otro tiempo, piensa vivir como hombre arreglado.

—Todo eso no me vuelve mi carta, dijo Kim-Fo, mi absurda carta. Confieso sin rubor que no estaré tranquilo hasta que la haya quemado y haya visto sus cenizas esparcidas á todos los vientos.

—¿De veras quieres recobrar tu carta?... preguntó Wang.

—Sin duda ninguna, respondió Kin-Fo. ¿Tendrias la crueldad de querer conservarla como garantía contra algun acceso de locura por mi parte?

—No.

—¿Y entonces?

—Es, mi querido discípulo, que hay un obstáculo á tu deseo, obstáculo que desgraciadamente no procede de mí. Ni Lao-Sen ni yo tenemos ya tu carta.

—¡Que no la teneis!

—¡No!

—¿La habeis destruido?

—¡No!

—¡Ah, no! ¿Habeis tenido la imprudencia de confiarla á otras manos?

—Sí.

—¿A quién, á quién? preguntó vivamente Kin-Fo, cuya paciencia se iba concluyendo Sí, ¿á quién?

—A una persona que se ha obligado á no entregarla á nadie mas que á tí.

En aquel momento la hermosa Le-u, que estaba oculta detrás de una mampara y no habia perdido una palabra de la escena, se presentó llevando en su pequeñita mano la famosa carta y agitándola en señal de desafío.

Kin-Fo le abrió los brazos.

—No, todavía no, un poco de paciencia; dijo la

amable jóven, haciendo ademan de retirarse detrás de la mampara. Los negocios antes que todo, mi sabio marido.

Y poniendo la carta á la vista preguntó:

—¡Mi hermanito mayor reconoce su obra?

—Sí, la reconozco, dijo Kin-Fo. ¿Quién otro podría haber escrito esa carta tan absurda?

—Pues bien, respondió Le-u, ante todo satisface el legítimo deseo que tenias. Rasga, quema y aniquila esa carta imprudente. Que no quede nada del Kim-Fo que la escribió.

—Así lo hare, dijo Kin-Fo acercando á la luz de la bugía el ligero papel; pero ahora, corazon mio, permite á tu marido que abrace tiernamente á su mujer y la suplique que presida este dichoso banquete. Me siento en disposicion de hacer honor á los manjares.

—Y nosotros tambien, esclamaron los cinco convidados. La alegría abre el apetito.

Pocos dias despues, habiendo terminado ol entredicho imperial, se verificó el matrimonio.

Los dos esposos se amaban y debian amarse siempre. Mil y diez mil felicidades les esperaban en la vida.

Para ver eso es preciso ir á China.

FIN.

INDICE.

PAGINAS.

CAP. I. — Donde se van conociendo poco á poco la fisonomía y la patria de los personajes. 5
II. — En el cual se presentan de un modo mas claro los caracteres de Kin-Fo y del filósofo Wang.. 8
III. — Donde el lector, sin cansarse, podrá dirigir una ojeada á la ciudad de Shang-Hai. 11
IV. — En el cual Kin-Fo recibe una carta importante que tiene ya ocho dias de retraso. 14
V. — En el cual Le-u recibe una carta que hubiera preferido no recibir. 16
VI. — El cual dará quizá al lector gana de hacer una visita á las oficinas de la «Centenaria.». 19
VII. — Que seria muy triste si no se tratara de usos y costumbres particulares del celeste imperio. 22
VIII. — Donde Kin-Fo hace á Wang una proposicion séria y Wang la acepta no menos sériamente. 26
IX. — Cuya conclusion, por singular que sea, no sorprenderá quizá al lector.. 27
X. — En el cual Craig y Fry son presentados oficialmente al nuevo cliente de la «Centenaria ».. 31
XI. — En el cual se ve á Kin-Fo convertido en el hombre mas célebre del Celeste Imperio. 33
XII. — En el cual Kin-Fo, sus dos acólitos y su criado se van por esos mundos.. 35
XIII. — En el cual se oye el célebre romance de las Cinco Vísperas del «Centenario.». 39
XIV. — Donde el lector podrá, sin fatigarse, recorrer cuatro ciudades en una sola. 43
XV. — El cual reserva ciertamente una sorpresa á Kin-Fo y quizá al lector. 47
XVI. — En el cual Kin-Fo, todavía soltero, comienza á correr de nuevo á toda prisa. 50
XVII. — En el cual se compromete de nuevo el valor mercantil de Kin-Fo. 54
XVIII. — En el cual, craig y Fri, impulsados por la curiosidad, visitan la bodega del *Sam-Yep*. 57
XIX. — Que no concluye bien para el capitan Yin, comandante del *Sam-Yep*, ni para su tripulacion. 61
XX. — Donde se verá á lo que se exponen los que emplean los aparatos Boyton. 64
XXI. — En el cual Craig y Fry ven con gran satisfaccion salir la luna.. 69
XXII. — Que hubiera podido ser escrito por el mismo lector, tal es la manera inesperada con que concluye.. . . . 73